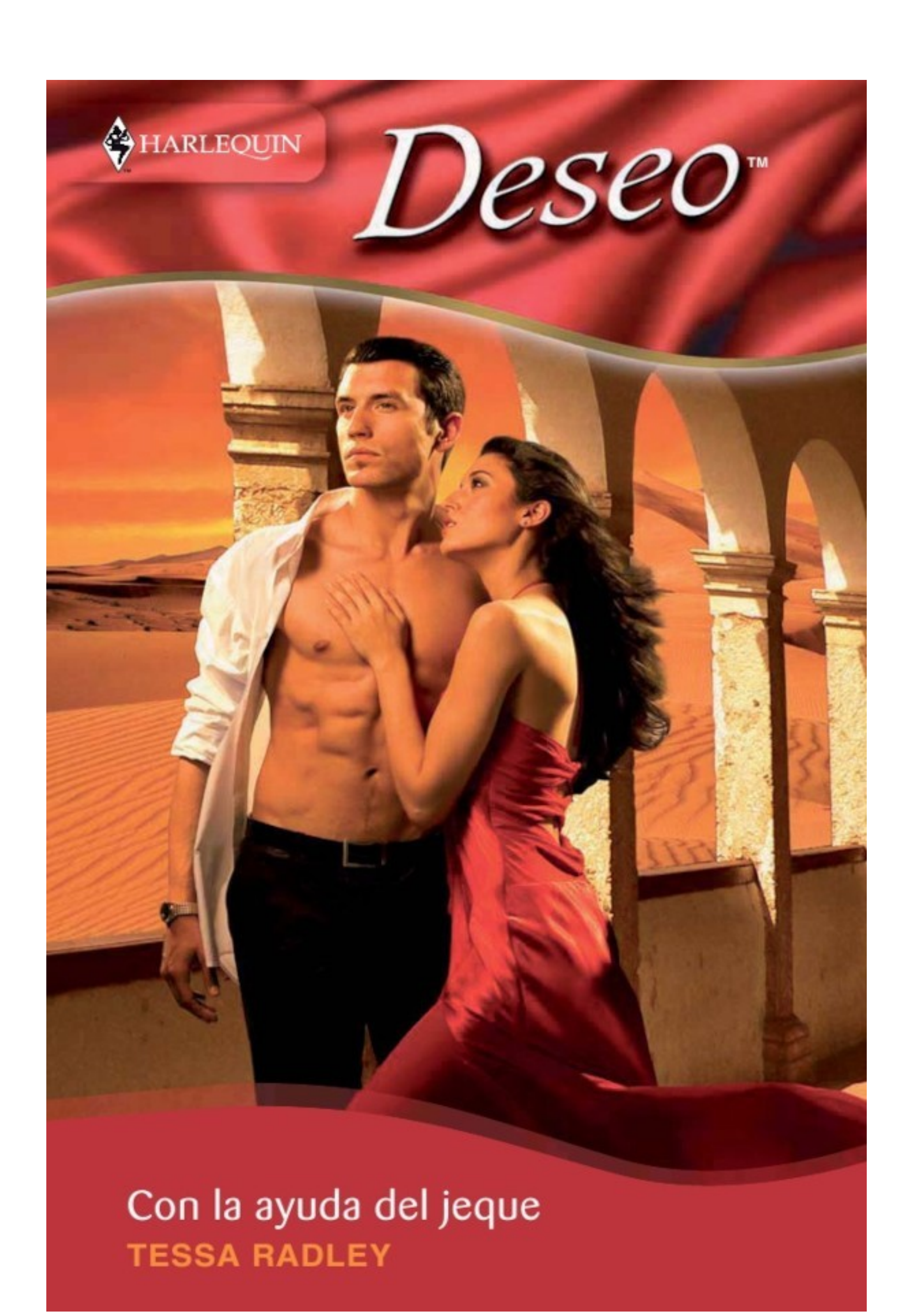

HARLEQUIN
Deseo™
Con la ayuda del jeque
TESSA RADLEY

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

CON LA AYUDA DEL JEQUE, N.º 1757 - diciembre 2010
Título original: Saved by the Sheikh!
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9315-2
Editor responsable: Luis Pugni
ePub X Publidisa



Con la ayuda del jeque

Tessa Radley



Capítulo 1

Tiffany Smith aguzó la vista para buscar a Renate en el oscuro local, lleno de humo. Y cuando la encontró apoyada en la barra, flanqueada por dos hombres, suspiró, aliviada.

Le Club, la discoteca más elegante de Hong Kong, estaba abarrotada de gente, mucho más de lo que había esperado. La música a todo volumen y las luces parpadeantes la tenían un poco desorientada y, de nuevo, volvió a experimentar la sensación de angustia que había experimentado el día anterior, cuando le robaron el bolso con el pasaporte, el dinero y las tarjetas de crédito.

Tomando dos cartas de cócteles, Tiffany se dirigió al trío. El hombre mayor le resultaba vagamente familiar, pero era el más joven de los dos quien la miraba con ojos fríos, especuladores, incluso críticos.

Llevaba un elegante traje oscuro y los pómulos altos y la nariz recta le daban a su rostro un gesto arrogante.

–Hola, Renate. ¿Qué queréis tomar?

–No sé lo que quiere Rafiq, pero sir Julian quiere un gin-tonic –Renate sonrió al hombre, que debía medir al menos quince centímetros menos que ella–. Y yo quiero un cóctel de champán… Sexo en la playa.

Sir Julian. ¡Por supuesto! Sir Julian Carling, propietario del los hoteles Carling, pensó Tiffany. Si ésa era la clientela de Le Club, las propinas serían buenísimas.

–¿No quiere algo más… original, sir Julian? –le preguntó con su mejor sonrisa mientras le ofrecía una de las cartas. Original era, por supuesto, sinónimo de «caro».

Había sido una suerte conocer a Renate en el hostal cuando volvió de la comisaría y la embajada porque después de pagar por la habitación se había quedado sin un céntimo.

Aquella mañana, Renate había compartido generosamente con ella el desayuno y le había ofrecido ir a Le Club por la noche para que ganase algo de dinero como camarera.

Y había sido ella quien le habló de los «cócteles de champán». Limonada. Limonada barata para las camareras, que bebían para animar a los clientes a pedir los caros cócteles de nombre seductor por los que Le Club era famoso. Y, por supuesto, cobrando esas limonadas como si fueran champán de verdad.

Tiffany había tenido que olvidarse de sus escrúpulos porque Renate le había hecho un gran favor. Además, a sir Julian no le importaría porque era millonario. Y, al fin y al cabo, ella sólo estaba allí por las propinas y para eso tenía que sonreír hasta que le doliese la cara.

Entonces miró al hombre más joven. Estaba a punto de sonreírle, pero su expresión heló la sonrisa en sus labios. Incluso en aquel sitio lleno de gente parecía crear un círculo de espacio vacío a su alrededor. Un sitio en el que no se podía entrar.

Aun así, Tiffany consiguió sonreír.

–¿Qué quiere tomar?

–Una cocacola, por favor. Con mucho hielo… si no se ha derretido todo –el hombre al que Renate había llamado Rafiq sonrió y ese gesto iluminó sus duras facciones dándole un encanto tan arrebatador que Tiffany tuvo que contener el aliento durante un segundo.

Era guapísimo.

–Yo sigo queriendo un gintonic –dijo sir Julian mientras le devolvía la carta.

–Sí, claro. Vuelvo enseguida.

–Estaremos en una de las mesas del fondo –le indicó Renate.

Más tarde, después de darles a Renate y a sir Julian sus copas, Tiffany se volvió hacia el otro lado de la mesa, donde estaba el segundo hombre.

Rafiq, lo había llamado Renate. Y el nombre le iba bien. Un nombre extranjero, exótico, esencialmente masculino. Sin decir nada, Tiffany le pasó el refresco y el hielo que había pedido chocó contra el vaso.

–Gracias –murmuró él, inclinando la cabeza.

Y, por un momento, Tiffany tuvo la impresión de que esperaba que le hiciera una genuflexión.

Renate tocó su brazo entonces, interrumpiendo sus pensamientos.

–Toma –le dijo, ofreciéndole un móvil y pidiéndole con gestos que hiciese una fotografía.

Tiffany estudió un momento el aparato para comprobar cómo funcionaba y cuando levantó la mirada Renate estaba prácticamente tumbada encima de sir Julian.

Cortada, les hizo un par de fotografías, pero al notar el flash sir Julian empezó a mover las manos delante de su cara…

–¡Fotos no, por favor!

–Lo siento –Tiffany, nerviosa, empezó a tocar botones, pero no conocía bien el móvil de Renate.

–¿Las has borrado? –le preguntó Rafiq.

–Sí, sí, ya están borradas –Tiffany guardó el teléfono en el cinturón, pensando que tendría tiempo de borrarlas más tarde.

–Buena chica –dijo sir Julian.

–Siéntate al lado de Rafiq, Tiff.

El hombre estaba sentado al otro lado de la mesa, ese círculo invisible que parecía rodearlo claramente definido en ese momento. Una pena que fuera tan serio porque, en realidad, era muy guapo.

–No… tengo que ir a ver si alguien más quiere una copa.

–Siéntate, Tiffany –esta vez, el tono de Renate no admitía discusión alguna.

Ella miró alrededor. Las demás camareras estaban charlando con clientes mientras tomaban una copa del falso cóctel de champán y nadie parecía necesitar ayuda.

De modo que se sentó en el sofá, al lado de Rafiq, e intentó convencerse a sí misma de que era sólo la oscuridad lo que lo hacía parecer tan… imponente. No tenía razón alguna para mirarla por encima del hombro.

–Deberían poner más luces en la zona de las mesas –comentó.

Rafiq enarcó una ceja.

–¿Más luces? Ése no es el objetivo que se persigue.

–¿Qué objetivo?

–Que la gente pueda hablar, por supuesto –contestó Renate, riendo–. Nadie habla cuando todas las luces están encendidas, sería como un interrogatorio.

–Sí, es verdad. Además, la música está demasiado alta –asintió Tiffany.

Rafiq estaba estudiándola y ella carraspeó, incómoda, bajo el

escrutinio.

–Creo que voy a tomar algo.

–Toma un cóctel de champán, son buenísimos –sugirió Renate–. Y sir Julian quiere otro gintonic.

Rafiq esbozó una sonrisa ligeramente torcida y claramente cínica.

Lo sabía. Tiffany estaba convencida de que sabía algo. Tal vez lo de los cócteles falsos… o que los clientes pagaban por la limonada como si fuera el mejor champán. Pero algo en su expresión le advertía que debía tener cuidado con él.

Diez minutos después, Tiffany volvía con otra bandeja de copas.

–¿Por qué has tardado tanto? –le preguntó Renate–. Jules está seco.

¿Jules?

¿En diez minutos había pasado de sir Julian a Jules? Además, estaba prácticamente tirada encima de él. Tiffany se sentó de nuevo al lado de Rafiq, agradeciendo el círculo de hielo que lo rodeaba. Nadie se echaría encima de aquel hombre.

–¿Eso no será un cóctel de champán? –le preguntó.

–No, es agua.

Él enarcó de nuevo una ceja.

–¿Y dónde está la botella de Perrier?

–Es agua del grifo –dijo Tiffany. Aunque tal vez hubiera sido más sensato beber agua mineral–. Tengo sed.

–¿Y vas a beber agua del grifo?

Ella tragó saliva, incómoda. Tenía la impresión de que aquel hombre intuía de alguna forma todo lo que ocurría a su alrededor.

–Pues sí.

–¿Y por qué no bebes champán?

Tiffany no podía confesarle que no le hacía gracia el engaño del establecimiento, de modo que de nuevo contestó de manera evasiva:

–Yo no bebo champán.

–¿Ah, no?

–No, no me gusta.

En realidad, había perdido el gusto por esa bebida debido a que sus padres solían servir champán a toneladas en sus fiestas. Aunque

el dolor de cabeza que llegaba después era más bien provocado por las discusiones entre ellos después de las fiestas.

Una inexplicable ola de soledad la envolvió entonces.

Esas fiestas eran cosa del pasado…

El día anterior había tenido que controlar la furia después de hablar con su madre. Esta vez, Taylor Smith le había roto el corazón. Llevaba años arrancando tiras de ese órgano mutilado, pero marcharse con Imogen era la gota que colmaba el vaso. Imogen no era una actriz principiante en busca de un papel en una película de Taylor Smith; Imogen había sido la representante de su padre durante años.

Pero no había manera de encontrar a Taylor Smith. Nadie sabía dónde estaba. Seguramente en algún lujoso hotel, disfrutando de una falsa luna de miel. Tiffany había dejado de intentar ponerse en contacto con él.

–¿Qué más cosas no te gustan? –le preguntó Rafiq. Por primera vez parecía amable, incluso divertido.

¿Qué diría si respondiera que no le gustaban los hombres arrogantes ni los donjuanes de pacotilla?

Su mirada le advirtió que no agradecería el comentario, de modo que sonrió y respondió con su tono más dulce:

–No hay muchas cosas que no me gusten.

–Debería haberlo imaginado –murmuró él.

Sin apartarse, Rafiq consiguió dar la impresión de que se hubiera ido a otro sitio.

¿Había una segunda intención en esa frase que a ella le había pasado desapercibida? Tiffany tomó un sorbo de agua y lo pensó un momento. «No hay muchas cosas que no me gusten». Había dicho lo primero que se le pasó por la cabeza, de modo que tal vez había imaginado su reacción.

Al otro lado de la mesa, Renate le dijo al oído algo a sir Julian quien, riendo, la sentó sobre sus rodillas.

Colorada hasta la raíz del pelo, Tiffany miró a Rafiq de soslayo. También él estaba mirando a la pareja con cara de pocos amigos.

¿Qué demonios estaba haciendo Renate?

Verla encima de sir Julian hacía que Tiffany se sintiera incómoda… sucia.

Nerviosa, tomó otro sorbo de agua.

–Tengo que ir al lavabo –murmuró.

En la relativa seguridad del lavabo, Tiffany abrió el grifo del agua fría y se echó un poco en la cara y el cuello.

–No hagas eso –la regañó Renate, que acababa de entrar tras ella–. Te vas a estropear el maquillaje.

–Tengo mucho calor –murmuró Tiffany. Y empezaba a pensar que aquél no era su elemento.

–Ahora tendrás que volver a maquillarte –Renate suspiró, enfadada.

Pero Tiffany levantó las manos. No quería otra capa de pintura en la cara.

–Hace demasiado calor. Además, da igual. No estoy aquí para ligar con nadie.

–Pero necesitas dinero, ¿no? Jules dice que Rafiq es un conocido suyo, de modo que también debe tener la cartera llena.

–¿La cartera llena? ¿Es que piensas robarle?

¿Estaba loca aquella chica? ¿Cómo se le ocurría algo así?

Renate puso los ojos en blanco.

–No seas tonta, yo no les robo la cartera. No quiero que me detengan por robo, especialmente en Hong Kong.

–¡Ni aquí ni en ningún sitio! –exclamó Tiffany, asustada. La idea de ir a la cárcel le daba pánico–. La visita de ayer a la comisaría fue más que suficiente.

Estaba harta de burocracia después de pasar el día entero informando sobre el robo de su bolso a la policía, seguido de horas de cola en la embajada para conseguir un pasaporte temporal… y algo de dinero para el fin de semana. Pero cualquier esperanza de recibir dinero de la embajada se había esfumado cuando el empleado descubrió quién era su padre. Un padre que había desaparecido sin dejar rastro.

Afortunadamente, el lunes le llegaría una nueva tarjeta de crédito y su pasaporte también estaría listo.

Por primera vez desde que se marchó de casa Tiffany casi desearía tener acceso a la asignación mensual que le pasaba su padre y que había cortado cuando decidió hacer aquel viaje con una amiga en contra de sus deseos. Porque lo que había empezado como una aventura emocionante estaba convirtiéndose en una pesadilla.

Pero comprar un billete de vuelta a casa era algo de lo que se preocuparía el lunes. Por el momento, sólo le quedaba aguantar aquellos dos días.

Menos mal que había encontrado a Renate.

A pesar de sus «acrobacias» con sir Julian, le había salvado el pellejo ofreciéndole la oportunidad de ganar algo de dinero y estaba en deuda con ella.

–Renate, ¿tú crees que tontear con ese hombre es buena idea? Podría ser tu padre.

–Pero es rico.

–¿Eso es lo que buscas, un hombre rico? ¿Crees que se casará contigo? Por favor, seguramente estará casado.

Renate, que estaba pintándose los labios frente al espejo, se echó hacia atrás para admirar el efecto en contraste con su pálida piel y su pelo teñido de rubio platino.

–Pues claro que está casado.

–¿Ah, sí? –Tiffany se quedó sorprendida por la despreocupación de su amiga–. ¿Y por qué pierdes el tiempo con él?

–Es millonario… incluso tal vez multimillonario. Lo reconocí en cuanto llegó. Ha estado aquí antes, pero nunca había… –Renate no terminó la frase, mirándola de soslayo–. No lo había conocido hasta hoy. Y ha prometido llevarme con él a las carreras la semana que viene.

Tiffany pensó en la pena de su madre el día anterior, cuando le contó que su padre se había marchado con Imogen.

–¿Y su mujer? ¿No se te ha ocurrido pensar en ella?

Renate se encogió de hombros.

–Seguramente estará ocupada en el club de campo con sus amigas y no se dará cuenta. Tenis, desayunos con champán, elegantes cenas benéficas. ¿Por qué iba a importarle?

Tiffany estaba segura de que a su mujer le importaba.

–Pero Renate…

–Una vez le regaló a una chica un viaje a Phuket y un vestuario lleno de ropa de diseño. Y a mí me encantaría conseguir lo mismo. Oye, a lo mejor Rafiq también es millonario. Puede que merezca la pena.

Tiffany no estaba de acuerdo. Rafiq no era su tipo; demasiado arrogante y engreído. Ella no necesitaba un millonario y mucho

menos uno que tuviera a su mujer en el desierto en algún sitio.

Lo único que ella quería era una vida normal, un hombre con el que pudiera ser ella misma. Alguien que la quisiera sin dramas, sin histrionismos. Alguien con una familia normal, no disfuncional como la suya.

–Tiff, necesitas dinero –le recordó Renate mientras se lavaba las manos–. ¿Qué hay de malo en conocer a Rafiq un poco mejor?

¿Conocer a Rafiq un poco mejor? ¿Quería decir acostarse con él? No, no podía ser.

–Toma –dijo la joven entonces, poniendo algo en su mano.

Y cuando Tiffany vio que era un preservativo se quedó helada.

–¿Para qué quiero yo un preservativo?

Pero lo sabía. Lo sabía perfectamente.

–Tiffany, Tiffany… no puedes ser tan inocente. Mírate: enormes ojos aterciopelados, piel de porcelana, largas piernas. Eres guapísima y seguro que Rafiq también se ha dado cuenta.

–Pero yo no…

Renate tomó su mano.

–Cariño, escúchame: la manera más rápida de ganar dinero es siendo amable con Rafiq. Seguro que te recompensará. A juzgar por el traje que lleva es un hombre rico. Ha venido aquí esta noche, a Le Club, de modo que sabe a lo que viene.

–¿Qué estás diciendo? –exclamó Tiffany, horrorizada.

–Los hombres que vienen a Le Club buscan compañía para una noche.

–Oh, no, no… –Tiffany tiró el preservativo y se cubrió la cara con las manos.

Pero debería haberse dado cuenta de lo que había bajo la supuesta simpatía de Renate: «puedes ponerte esa minifalda, Tiff, te queda genial. Tienes una boca tan sexy, un carmín rojo la destacaría. Sé amable, Tiff, así conseguirás más propinas».

¿Cómo podía no haberse dado cuenta?

Qué tonta había sido. Estaba tan agradecida por lo que había creído la amistad de Renate…

Tiffany apartó las manos de la cara.

–Yo no voy a hacer nada de eso.

–Tiff, la primera vez es la peor. Pero la próxima no será para tanto.

–¿La próxima? –Tiffany estaba absoluta, totalmente perpleja. Renate no era la buena amiga que había creído; la había engañado. A propósito, además. Y se sentía traicionada–. No habrá una próxima vez.

Renate se inclinó para tomar el preservativo del suelo y lo guardó en el bolsito de pedrería que Tiffany había dejado sobre el lavabo.

–No estés tan segura.

Furiosa, Tiffany le quitó el bolso y se lo colgó de la muñeca.

–Me marcho.

–Tu turno termina a las once –le recordó Renate–. Si te marchas antes no te pagarán las horas que hayas trabajado.

Tiffany miró su reloj: las diez y media. Tenía que aguantar media hora más y necesitaba el dinero para pagar la habitación del hostal.

–Me quedaré hasta las once, pero no quiero saber nada de… todo eso que me has dicho.

–Piénsalo. Después de la primera vez ya no importa tanto, te lo prometo –por un momento, algo muy parecido a un brillo de vulnerabilidad apareció en los ojos de Renate–. Aquí todo el mundo lo hace. Hay mucha demanda de turistas extranjeras –dijo luego, encogiéndose de hombros–. Rafiq es guapo, no será tan horrible estar con él. ¿Prefieres quedarte en la calle?

–¡Sí! –exclamó Tiffany. Pero, de repente, entendía el desdén de Rafiq.

No podía haber pensado… no, no había mostrado el menor interés por ella. Sólo le había servido una copa y no había habido la menor señal de que esperase algo más.

–Al menos él no espera acostarse conmigo.

–Pues claro que sí –dijo Renate–. Y, sin duda, te pagaría bien.

–¡Prefiero morirme de hambre!

–No te morirás de hambre si haces lo que quiere.

–¡Cállate! –Tiffany apretó los puños, decidida–. Sólo he venido para trabajar de camarera esta noche y aún me debe una propina. Eso es lo único que quiero.

En aquel momento esa propina significaba la comida del día siguiente y cuando se marchase de allí, a las once en punto, se iría

Rafiq intentaba prestar atención a la aburrida charla de Julian Carling mientras miraba hacia el arco de la izquierda, por el que acababan de aparecer Tiffany y Renate.

Tiffany no era la clase de mujer que hubiera esperado encontrar en un sitio como Le Club. Su rostro tenía una engañosa frescura, una inocencia que contrastaba con el carmín rojo de los labios y el vestido negro muy por encima de la rodilla. Claro que eso sólo servía para demostrar que la fachada de ingenua era sólo eso, una fachada.

Sin embargo, cuando se acercó a la mesa casi podría jurar que parecía asustada y él no estaba acostumbrado a despertar ese tipo de emoción en una mujer. Normalmente veía admiración, anhelo por las cosas que podía regalarle. Y una generosa dosis de deseo también.

Pero en el rostro de Tiffany no veía esa expresión.

Las pupilas ligeramente dilatadas transformaban sus ojos en dos pozos oscuros y estaba pálida.

Aprensión. Era eso y un toque de miedo. Como si alguien le hubiera dicho que se dedicaba a la trata de blancas. O algo peor.

Entonces miró a Renate. ¿Le habría contado algo para dar lugar a esa expresión?

Mientras la rubia había identificado inmediatamente a sir Julian, que era una celebridad en Hong Kong, afortunadamente a él no lo había reconocido. Seguramente porque los jeques árabes no tenían el mismo caché que los empresarios hoteleros, pensó, irónico. De hecho, había estado a punto de marcharse cuando se dio cuenta de qué clase de sitio era Le Club. Una copa con Julian para celebrar la próxima construcción de un hotel en su país, Dhahara y pensaba marcharse.

Pero Tiffany lo intrigaba y quería descubrir a qué estaba jugando.

Parecía tensa en aquel momento y sólo en la postura erguida de sus hombros veía a la mujer que había visto antes, la que había pedido más luz en aquel sitio reservado para la seducción.

Rafiq pensaba averiguar qué la había molestado y, apartándose un poco para dejarle sitio, tocó el asiento a su lado. Pero ella lo miró como lo habría mirado un conejillo cegado por los faros de un coche.

–Siéntate –le dijo–. Al contrario de lo que piensa todo el mundo, no muerdo.

Ella miró hacia el otro lado de la mesa y, al hacerlo, se puso aún más pálida. Cuando siguió la dirección de su mirada vio que Renate estaba pasando un dedo por los labios de sir Julian y él se lo metía en la boca para chuparlo lascivamente…

Rafiq apretó los labios. El día anterior sir Julian le había presentado orgullosamente a su mujer, con la que llevaba treinta años casado y con quien había tenido una hija con la que intentaba emparejarlo.

–Y tampoco devoro dedos –murmuró.

Entonces vio un brillo de alivio en los ojos de Tiffany. Aunque el gesto de Renate y Julian seguramente no era escandaloso para un sitio como Le Club.

Por primera vez se dio cuenta de que tenía los ojos castaños, con puntitos dorados. Hasta aquel momento habían sido su pelo y su piel lo que más llamaba su atención. Aunque tampoco había mirado particularmente porque no estaba interesado en una mujer que se ganaba la vida como ella.

–¿Por qué decidiste trabajar aquí? –le preguntó abruptamente.

–Esta noche es la primera vez. Renate me dijo que era un buen sitio para ganar dinero en metálico.

Rafiq se retiró de manera imperceptible ante esa confesión. ¿Había ido dispuesta a vender su cuerpo a cambio de dinero en metálico?

–¿Tanto lo necesitas? –le preguntó. Y cuando ella se quedó callada se llevó una decepción–. Deberías marcharte de aquí.

Al otro lado de la mesa, la mano de Julian había desaparecido en el escote de Renate y podía ver cómo los dedos del hombre levantaban la tela azul mientras acariciaba sus pechos…

¿Eso era lo que Tiffany pensaba hacer?

–¿Merecería la pena? –le preguntó.

Ella no contestó. Estaba mirando a la pareja y parecía asqueada.

–¿Dejarías que un hombre te tocase por dinero? –insistió Rafiq–. ¿En un sitio lleno de gente?

–Creo que tengo que ir al baño otra vez.

Tiffany se levantó de un salto. Su deliberada crudeza la había sobresaltado, evidentemente.

Pero había dicho que aquélla era su primera vez y tal vez podría hacerla entrar en razón. Tal vez aún había una oportunidad de convencerla para que dejase una vida tan destructiva.

Rafiq hizo un gesto de desdén mientras tiraba unos billetes sobre la mesa y se levantó para seguir a Tiffany.

Capítulo 2

Rafiq estaba apoyado en la pared, una figura alta y fuerte con el traje oscuro, pero se dirigió hacia ella como una pantera en cuanto salió del lavabo.

Y Tiffany esperaba no ser ella la presa que intentaba cazar. Había algo peligroso en aquel hombre, algo que no querría explorar en absoluto.

–Voy a llamar a un taxi.

–¿Ahora? –exclamó ella, asustada–. No puedo marcharme. Mi turno no ha terminado todavía.

–Le diré al propietario que te marchas conmigo y no pondrá ningún problema.

Tiffany lo miró. La expresión seria, las facciones de un halcón, esa manera suya de hacerse dueño del espacio. Sí, tenía razón. Nadie discutiría con él.

Salvo ella.

–No pienso ir a ningún sitio contigo.

Algo brilló en esos ojos indescifrables entonces.

–No pensaba llevarte a ningún sitio, sólo iba a llamar a un taxi.

–No puedo pagar un taxi.

–Yo pagaré el maldito taxi, no te preocupes.

Tiffany iba a protestar, pero vaciló. ¿Por qué no iba a dejar que pagara el taxi si prácticamente la estaba obligando a marcharse antes de tiempo? Aunque la discusión con Renate había dejado claro que para recibir propinas en aquel sitio hacía falta algo más que servir copas.

Estaba claro que Renate iba a terminar en la cama de sir Julian esa noche. ¿Para qué? ¿Para ir a las carreras al día siguiente… para recibir un fajo de billetes?

Tiffany no tenía intención de hacer lo mismo y, sin embargo, no podía permitirse el lujo de ser orgullosa. Si Rafiq le daba dinero para el taxi podría marcharse mientras él hablaba con el propietario y volver al hostal a pie. No sería un engaño, se dijo a sí misma. Al

fin y al cabo se había ganado la propina.

–Gracias.

De repente, Rafiq estaba inesperadamente cerca. Demasiado cerca. Tiffany se apartó, conteniendo el deseo de decirle que se guardase su dinero. Pero no podía hacerlo. Con el dinero del taxi y el que había ganado esa noche podría pagar el hostal y la comida durante el fin de semana.

Y todos sus problemas estarían resueltos.

Hasta el lunes…

Durante el fin de semana seguiría intentando localizar a su padre. En algún momento tendría que comprobar su correo o los mensajes del móvil. Por supuesto, eso significaría tener que escuchar que él había tenido razón desde el principio, que no sabía cuidar de sí misma… pero al menos le enviaría dinero para volver a casa.

–Vamos –Rafiq puso una mano en su espalda y el contacto provocó una especie de descarga eléctrica. Debía ser la humedad del club o los suelos de moqueta, no el roce de su mano, se dijo a sí misma, intentando controlar tan desordenados pensamientos.

«Mi dinero».

–Espera…

Pero antes de que pudiese terminar la frase, Rafiq la empujó hacia la puerta donde, por supuesto, ya había un taxi esperando. Para un hombre como Rafiq, siempre había alguien.

–Sube.

–Espera un momento, tengo que…

Rafiq la empujó hacia el interior y se sentó a su lado.

No había pensado darle el dinero y Tiffany no había podido pedirle al propietario lo que le correspondía por su turno.

–No he pedido mi dinero –protestó–. Y has dicho que no vendrías conmigo.

–He cambiado de opinión.

Rafiq cerró la puerta del taxi y Tiffany se escurrió hacia la puerta, lo más lejos posible de él, intentando ignorar su abrumadora presencia y concentrándose en lo que necesitaba: comida y dinero para pagar el hostal. Sobrevivir.

Podía sobrevivir sin comida hasta el lunes, pensó. No se moriría de hambre. O volvería a la embajada y les suplicaría que le diesen

algo de comer. Pero necesitaba un sitio en el que dormir.

–No he pedido mi dinero y mañana no podré volver a trabajar –le dijo, enfadada. Había reglas estrictas sobre decirle al propietario cuándo te marchabas y con quién. Tiffany había pensado que era para protección de la camarera, pero ahora se daba cuenta de que servía un propósito totalmente diferente…

–No deberías trabajar en Le Club. Busca otro sitio –Rafiq le dijo algo al taxista y el vehículo empezó a moverse.

Tiffany no se molestó en explicarle que no tenía visa para trabajar en Hong Kong y que sólo había ido a Le Club esa noche.

–Necesito el dinero por las horas que he trabajado hoy.

–Eso es calderilla.

–Puede que sea calderilla para ti, pero es mi dinero. Y lo necesito.

–¿Y para qué lo necesitas tan desesperadamente? ¿Has sobrecargado la tarjeta de crédito yendo de compras?

Su cinismo hizo que Tiffany deseara darle una bofetada. Pero, en lugar de hacerlo, se alejó todo lo que pudo hacia la puerta del taxi.

Habría que ser muy tonta para casarse con aquel dictador, pensó. Claro que tal vez ya estaba casado.

¿Pero qué le importaba a ella si estaba casado o no?

–Estoy esperando –dijo él.

–¿Qué?

–Quiero saber por qué necesitas el dinero tan desesperadamente.

Tiffany hizo una mueca.

–Vas a pensar que es una tontería.

Rafiq enarcó una ceja.

–¿Peor que trabajar en Le Club?

En realidad tenía razón, de modo que Tiffany respiró profundamente y se irguió en el asiento.

–Ayer me robaron el bolso y dentro llevaba el pasaporte, las tarjetas de crédito y todo mi dinero.

¿Cuántas veces le habían dicho que debía guardar una tarjeta de crédito separada de todas lo demás? Ojalá lo hubiera hecho, se habría ahorrado muchos disgustos. Y muchos «ya te dije que no podrías sobrevivir sola» de su padre cuando por fin consiguiera localizarlo.

–Lo único que me quedó fueron veinte dólares que tuve que usar

anoche para pagar la habitación del hostal.

–Ah, claro, qué conveniente.

El tono sarcástico dejaba claro lo que pensaba.

–No me crees.

Rafiq se encogió de hombros.

–No es una historia muy original. Aunque la prefiero a una mentira sobre un abuelo enfermo o un hermano con leucemia.

Tiffany lo miró, incrédula.

–Qué cínico eres. Espero no ser nunca como tú.

–Y yo espero, por tu bien, que no seas tan ingenua como pretendes.

–No soy ingenua –replicó ella, irritada porque de repente hablaba como su padre.

–Entonces cuéntame una historia mejor.

–Pero es que es verdad. ¿Crees que me gusta quedar como una tonta?

–Lo de la turista a la que han robado ya está muy visto, pero tal vez el tonto soy yo porque estoy empezando a creerlo… contra mi buen juicio.

–Vaya, gracias –dijo ella, enfadada.

De repente, Rafiq soltó una carcajada.

–De nada.

Cuando el taxi se detuvo en un semáforo, Tiffany pudo ver sus facciones con claridad y le sorprendió lo encantador que parecía de repente, como si fuera otro hombre. Y durante un segundo estuvo a punto de reírse de la ridícula situación en la que se encontraba.

Pero enseguida recuperó el sentido común.

–No es gracioso –le dijo.

Rafiq se movió un poco en el asiento.

–No, supongo que no lo es. Si tu historia es cierta.

La mirada de Rafiq se clavó en la mujer que iba pegada a la puerta del taxi. Si se movía un poco más corría el riesgo de acabar en la calle. ¿Estaba diciendo la verdad o era una elaborada mentira?, se preguntó.

El semáforo se puso verde y el taxista arrancó de nuevo.

–¿No conoces a nadie a quien puedas pedirle dinero prestado?

–No –contestó ella, mirando por la ventanilla.

–¿Y tu amiga Renate? ¿Ella no puede ayudarte?

–No es mi amiga –respondió Tiffany–. La he conocido esta mañana porque nos alojamos en el mismo hostal.

–¿Y no tienes a nadie más?

–No conozco a nadie en Hong Kong que pueda prestarme dinero.

Rafiq esperó un segundo, dos, tres. Pero la petición no llegó.

–Viajas sola –dijo entonces. No era una pregunta, era una afirmación. Y explicaba muchas cosas.

Tiffany no dijo nada. En realidad, sería una tonta si lo hiciera. O tal vez era parte del teatrillo que tenía preparado para que se compadeciera de una joven sola y desesperada.

¿Estaría siendo engañado por una experta timadora? Rafiq no estaba seguro y no estaba acostumbrado a sentirse inseguro. Particularmente con una mujer joven y atractiva. Él no era un crío, había estado enamorado tres veces. Tres veces había estado a punto de proponer matrimonio y en cada ocasión, para disgusto de su padre, se había echado atrás.

En el último momento había descubierto que el deseo y la atracción habían desaparecido bajo el peso de las expectativas familiares.

Él mismo no entendía que algo que empezaba con tantas esperanzas y tantas promesas pudiera esfumarse en cuanto su padre empezaba a hablar de acuerdos matrimoniales.

–¿Cuánto dinero necesitas? –le preguntó entonces.

Así sabría si estaba siendo engañado o no. Si le pedía una modesta cantidad para pagar el hostal hasta que recibiera fondos sería más fácil creer su historia.

–Lo suficiente para pagar el hostal y poder comer de aquí al lunes –contestó Tiffany.

Rafiq dejó escapar un suspiro que no sabía que estuviera conteniendo.

Como director del Banco Central de Dhahara conocía todo tipo de trampa, desde las estafas más simples a complejos fraudes por Internet. Tiffany no volvería a verlo, de modo que aquélla era su oportunidad de sacarle una buena cantidad de dinero. Y, sin embargo, no parecía el caso.

De repente, empezó a preocuparse de verdad por la situación en la que se encontraba aquella chica. Él tenía una prima a la que

prácticamente consideraba una hermana y no quería ni imaginar a Zara en aquella situación, sola y sin ayuda de nadie.

–Aunque la verdad es que…

Rafiq apretó los labios, rezando para que su instinto no lo hubiera engañado.

–¿Qué?

En la oscuridad vio cómo tiraba del bajo de su falda, nerviosa.

–No sé si voy a tener suficiente en mi tarjeta de crédito para comprar otro billete de avión.

–¿Cuánto necesitas?

Ni siquiera podía ver su cara o leer sus ojos mientras la esperanza de que estuviera diciendo la verdad se esfumaba. Y la rabia que sintió en ese momento fue totalmente inesperada.

No debería importarle que fuese una guapísima timadora. Pero le importaba.

Se dijo a sí mismo que era porque no solía equivocarse con la gente; se consideraba demasiado maduro como para dejarse engañar por una cara bonita. Por eso era por lo que estaba enfadado.

No porque hubiera esperado que…

Ella giró la cabeza y sus ojos se encontraron en la oscuridad del interior del taxi. Y Rafiq casi se convenció a sí mismo de que lo que veía en ellos era un brillo de desesperación.

Maldita fuese, era una experta. Tanto que debería estar en Hollywood. Y mucho más inteligente que Renate. Él nunca se hubiera tragado la promesa de una noche de sexo con la rubia platino, pero aquella mujer… había estado a punto de creerla. Lo había engañado con sus ojos inocentes y su sonrisa cándida. Como Sherezade, era una consumada contadora de historias.

Pero ahora lo sabía y no volvería a dejarse engañar.

Nadie lo tomaba por tonto. Nadie. Había sido afortunado por darse cuenta antes de que fuera demasiado tarde. No, no había sido afortunado, tuvo que admitir. Había estado a punto de engañarlo. Aquella chica había demostrado que no era tan inteligente como le gustaría creer, que aún podía ser engañado por un par de ojos bonitos.

–¿Dónde estamos? –preguntó ella cuando el taxi se detuvo.

Rafiq apartó la mirada de su perfil para mirar una imponente

fachada de mármol.

–En mi hotel.

–¿En tu hotel? Pero yo no he aceptado venir a tu hotel –dijo ella, con tono vacilante.

Unos minutos antes hubiera creído que era inseguridad, incluso aprensión. Ahora sabía que no era más que un engaño.

–No me has dado ninguna dirección –Rafiq abrió la puerta del taxi, escondiendo su enfado bajo una sonrisa–. Vamos, me contarás tus problemas y te invitaré a una copa. Y tal vez encuentre una forma de ayudarte.

Aquélla era la prueba final. Si le había estado contando la verdad se negaría a entrar con él en el hotel. Pero si sólo buscaba dinero, interpretaría esa sonrisa como un gesto de debilidad y aceptaría.

Aunque no sabía por qué era tan importante darle una última oportunidad cuando ya había revelado lo que era.

Ella vaciló durante unos segundos, regalándole una sonrisa trémula destinada a ablandar el corazón del más duro de los hombres. Pero cuando estaba a punto de cambiar de opinión, Tiffany salió del taxi y ese gesto le dejó un sabor amargo en la boca.

Una vez dentro del hotel, Rafiq se dirigió hacia los ascensores.

–Hay una terraza con piscina en la última planta desde la que se ve toda la ciudad –murmuró, activando el ascensor con la tarjeta magnética de la suite presidencial.

Mientras subían le llegaba su seductora fragancia, una mezcla de gardenia y jazmín, y aunque no quería, su cuerpo reaccionó.

Rafiq se dijo a sí mismo que no iba a aceptar lo que claramente le estaba ofreciendo; sólo quería saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

Cuando por fin el ascensor llegó a su destino, puso una mano en su espalda y la empujó suavemente.

El cálido aire de la noche recibió a Tiffany cuando atravesó la puerta de cristal que llevaba a la terraza. Sobre su cabeza, la luna colgaba en el cielo en cuarto creciente y abajo podía ver el puerto de Hong Kong, como una manta de satén negro con puntitos brillantes.

Había un grupo de sillones frente a una piscina pequeña, las

luces de la terraza reflejándose en su transparente superficie. Suspirando, se dejó caer sobre un sillón mientras Rafiq le daba la espalda, mirando el puerto con las manos en los bolsillos del pantalón y pensando… a saber qué porque había vuelto a ese sitio remoto en el que no podía entrar nadie más.

Cuando se quitó la chaqueta el pulso de Tiffany se aceleró. Y cuando se sentó a su lado, el aire se volvió sofocante de repente.

–¿Qué quieres tomar? –le preguntó cuando apareció un camarero.

Tiffany sabía que debía tener la cabeza despejada, pero no tenía intención de demostrar que la intimidaba, de modo que contestó:

–Vodka con naranja y mucho hielo.

Lo tomaría a sorbitos, decidió.

Rafiq pidió una botella de agua mineral para él y Tiffany deseó haber pedido lo mismo.

Como por arte de magia, el camarero volvió unos segundos después con las copas y Rafiq le hizo un gesto para que se marchase.

Estaban solos. ¿Cómo había ocurrido aquello? Había ofrecido invitarla a una copa y escuchar sus problemas y ella había imaginado que la llevaría a un bar lleno de gente.

Pero se dijo a sí misma que Rafiq sólo era un hombre. Nada más. Su padre era un famoso director de cine, de modo que Tiffany había conocido a algunos de los hombres más guapos del mundo; hombres que aparecían en las portadas de todas las revistas y estaban en las listas de los hombres más deseados. ¿Entonces por qué Rafiq la intimidaba?

La única explicación lógica era que perder su pasaporte y su dinero le había robado su identidad, colocándola en desventaja. Ya no era la princesita de sus padres, estaba luchando para sobrevivir… y aquel inesperado cambio de fortuna la tenía desorientada.

Por supuesto, no era él. No tenía nada que ver con él. O con ese aire de reserva que invitaba a romperlo.

Era lógico que quisiera estar con aquel inesperado pilar de fuerza en un mundo que se había vuelto loco.

La racionalidad de esa conclusión la consoló.

–Lo siento, lo único que he hecho es hablar de mí. Pero no te he

preguntado qué haces en Hong Kong.

–Negocios –respondió él.

–¿Con sir Julian?

Rafiq asintió, de nuevo con esa actitud de «no pasar» que se le daba tan bien. Era como si llevara un enorme cartel en la cabeza que dijera: *Peligro, no acercarse*.

–¿Eres empresario hotelero?

–¿Por qué crees eso?

–Bueno, sir Julian es famoso por sus hoteles –Tiffany se encogió de hombros–. ¿Pensáis abrir uno aquí, en Hong Kong?

–¿Tengo aspecto de hotelero?

Tiffany miró los altos pómulos, destacados por la luz de la luna, y la camisa blanca con rayas oscuras. Aunque debería estar relajado, su tensión no le pasaba desapercibida.

–No sé qué aspecto debe tener un hotelero. No creo que todos tengan el mismo aspecto.

Rafiq la estudió durante unos segundos antes de preguntar:

–¿Y tú qué haces en Hong Kong?

–Pues… –Tiffany no tenía intención de confesar que en realidad no hacía mucho. Tenía un título en Literatura inglesa y francesa, pero aún no sabía qué hacer con su vida. Y tampoco tenía intención de contarle que había ido allí con su amiga de la infancia, Sally, que se había liado con un chico y había decidido seguir viaje sin ella. Ya le había contado demasiadas cosas y no quería que supiera lo ingenua que había sido. De modo que sonrió mientras tomaba un sorbo de su copa.

–Estoy de vacaciones, viajando de un lado a otro.

–¿Y tu familia aprueba que viajes sola?

–Mi familia sabe que puedo cuidar de mí misma.

En realidad, dudaba que su padre lo creyese algún día, pero sabía que debía ir con cuidado. No quería que Rafiq supiera lo sola que se encontraba en ese momento.

–Me mantengo en contacto con ellos.

–Por el móvil.

Tiffany no le dijo que su móvil estaba dentro del bolso robado o que ni siquiera sabía dónde estaba su padre. Y tampoco le habló de la desolación de su madre. Era más seguro hacerle creer que se comunicaba con su familia a diario.

–Sí, por teléfono.

–¿Entonces por qué no te envían ellos el dinero?

–No puedo pedírselo.

Era cierto… más o menos. Tiffany pensó en las lágrimas de su madre cuando la llamó el día anterior. Linda Smith había sido una actriz secundaria antes de su matrimonio con Taylor Smith, pero llevaba dos décadas sin trabajar. Según los términos del acuerdo de separación de bienes, después del divorcio le correspondería la casa de Auckland, pero necesitaba el consentimiento de su padre para hipotecarla. Mientras tanto, tenía muchas facturas que pagar: el servicio, la luz, el teléfono, la comida, la casa que tenían alquilada en Los Ángeles… y según su madre no había mucho dinero en la cuenta corriente conjunta. Si a eso se le añadía un marido que había desaparecido, el pánico de Linda era comprensible.

De modo que no, su madre no estaba en posición de ayudarla. Lo que necesitaba era un abogado y Tiffany estaba dispuesta a contratar al mejor en cuanto volviera a casa. El más caro, además. Su padre pagaría todas esas facturas cuando llegase el momento.

Pero Rafiq no estaría interesado en todo eso.

–¿Por qué hemos vuelto a hablar de mí? Yo no soy tan interesante.

–Eso es cuestión de opiniones –dijo él, con voz de terciopelo.

Tiffany se inclinó un poco más y, al ver el brillo de las estrellas en sus ojos, un escalofrío de miedo y anticipación recorrió su espina dorsal.

Debía estar loca…

–Sir Julian nació en Nueva Zelanda –dijo de repente–. Tiene una casa histórica en Auckland que suele aparecer en las revistas de arquitectura –el cambio de tema era muy repentino, pero al menos los devolvía a territorio neutral–. Su padre era inglés.

Inesperadamente, Rafiq no mordió el anzuelo.

–De modo que eres de Nueva Zelanda. No sabía de dónde era tu acento.

–Debido al trabajo de mi padre he vivido muchos años en Estados Unidos, de modo que imagino que es aún más difícil de identificar.

La habían llevado de un colegio a otro mientras intentaban conjugar la vida familiar con los rodajes de su padre, pero al final

Tiffany y su madre habían vuelto a Auckland. Aunque su madre solía viajar a Los Ángeles para actuar como anfitriona en las opulentas fiestas que organizaban en la mansión de Malibú… y para vigilar a su padre. Tiffany tenía diecisiete años la primera vez que leyó algo sobre las aventuras de Taylor Smith en una revista de cotilleo.

–¿Tu padre es militar?

–No, pero viajaba mucho.

–¿Es viajante de comercio o algo así?

–Algo así –Tiffany tomó otro sorbito de vodka y dejó el vaso sobre la mesa–. ¿Y tú? ¿Dónde vives?

Rafiq lo pensó un momento.

–En Dhahara. Es un país en el desierto, cerca de Omán.

–¿En serio? ¡Eso es fascinante!

–Ah, me encuentras fascinante.

Tiffany detectó un brillo burlón en sus ojos.

–¡No, a ti no! Me fascina el sitio en el que vives.

–Ah, vaya, ahora me has roto el corazón.

–¿Estás coqueteando conmigo?

–Si tienes que preguntar es que estoy perdiendo facultades –Rafiq estiró sus largas piernas y empezó a soltarse la corbata.

Ese gesto llamó la atención hacia sus manos. Tenía los dedos largos, muy masculinos y bronceados en contrate con la camisa blanca.

–Puede que tú pienses que no soy fascinante, pero la mayoría de las mujeres me encuentran encantador –murmuró, con los ojos medio cerrados, su expresión indescifrable.

Tiffany se echó un poco hacia atrás. ¿Por qué se había acelerado su pulso al mirar sus manos?

–¿Tú encantador? –intentó bromear.

–Por supuesto.

–Entonces la mayoría de las mujeres deben estar locas.

–¿Tú crees?

¡Peligro, peligro!, le decía una vocecita. Pero Tiffany no le hizo caso, mareada por el subidón de adrenalina que sentía al provocarlo.

–Estoy segura.

–¿No crees que pueda ser encantador? –insistió Rafiq. Estaba

sonriendo y tenía unos dientes blanquísimos, perfectos.

–¡Nunca! –contestó ella.

–Bueno, pues entonces tendré que convencerte de lo contrario.

Rafiq inclinó la cabeza, lenta, muy lentamente. El corazón de Tiffany empezó a palpitar como loco. Había tiempo para que se apartara, incluso para darle una bofetada, pero no lo hizo. En lugar de eso, esperó, conteniendo el aliento, mirando su boca…

¿Por qué no había visto antes lo atractiva que era? Y se acercaba cada vez más, hasta tocar la suya.

Al notar el roce de sus labios dejó escapar un suspiro.

La besaba con maestría, jugando con sus labios, tentándola pero sin exigir más de lo que ella estaba dispuesta a dar. Después de lo que le pareció una eternidad abrió los labios, pero él no se aprovechó. En lugar de eso, siguió dándole besos juguetones hasta que Tiffany dejó escapar un suspiro de ansiedad.

Y Rafiq, aprovechando la invitación, invadió su boca, buscando lugares secretos con la lengua mientras acariciaba suavemente su cuello.

Pero, por fin, levantó la cabeza y la miró con los ojos semicerrados.

–Y bien… –dijo, con cierta satisfacción–. Estarás de acuerdo ahora en que la mayoría de las mujeres tienen razón. Estás encantada.

Tiffany se enfadó.

–Creo que eres el playboy más arrogante y engreído que he conocido en toda mi vida.

Rafiq la miró durante unos segundos y, cuando ella creía que iba a replicar con otro insulto, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

–Gracias –dijo luego, cuando por fin dejó de reír–. Es un honor.

Y Tiffany deseó haberle dado esa bofetada cuando tuvo la oportunidad.

–No estoy encantada en absoluto –le aclaró, con los labios aún ardiendo de sus besos.

Capítulo 3

El brillo de burla en sus ojos desapareció.

Rafiq la estudió, intentando contenerse. Su hostilidad lo sorprendía porque estaba convencido de que quería seducirlo. ¿Se habría dado cuenta de que no era tan fácil engañarlo o sería una trampa para despertar su interés? ¿Sabría quién era?

No, podía ser astuta, pero no era nadie. Una insignificante turista que estaba trabajando de manera ilegal en un club de Hong Kong.

–No me mires así. Eres un idiota y un arrogante –dijo Tiffany entonces.

Nadie se atrevía a hablarle así y menos una mujer como ella. Rafiq tomó su mano y tiró de ella para sentarla en sus rodillas. Luego, inclinando la cabeza, acarició la suave piel de su cuello murmurando dulces palabras… y Tiffany dejó escapar un gemido de placer. Respondía como una flor abriéndose al amanecer, pensó, luchando contra el embriagador placer que despertaba el calor de su cuerpo. Se decía a sí mismo que no pasaba nada, después de todo sólo estaba tomándole el pelo, coqueteando con ella. La estaba besando para saber hasta dónde pensaba llevar el engaño.

Era una prueba.

Pero había fracasado, aunque lo besara como un ángel.

Cuando ella lo empujó, Rafiq parpadeó rápidamente, sorprendido.

–¿Qué?

Tiffany se levantó, la respiración agitada, los ojos brillantes.

–Me has engañado. Yo no he venido aquí para esto. No estoy tan desesperada por encontrar un sitio donde dormir.

Antes de que pudiera darse la vuelta, Rafiq la tomó del brazo.

–Espera un momento. Nos estás insultando a los dos. Puede que me creas un idiota y un arrogante, pero no creo que hayas venido aquí para buscar una cama.

Aunque tal vez la posibilidad se le hubiera ocurrido.

Quería creer que no era así, no sabía por qué. Tal vez por sus grandes ojos castaños, que parecían tan inocentes. O su piel, tan suave.

Pero tenía que dejar de pensar esas cosas. Era una mujer… pues claro que tenía la piel suave. No era diferente a las demás mujeres.

Era hora de librarse de ella, antes de que lo hiciera creer sus historias.

Rafiq sacó un billete de quinientos dólares de la cartera. Pero, para su sorpresa, le temblaba la mano después del beso.

–Toma, por servirme la copa. Espero que con esto puedas pagar tu alojamiento durante un par de días.

Si la historia era cierta.

–No puedo aceptarlo –murmuró Tiffany.

–¿Por qué no?

Aquella mujer lo volvía loco. ¿Qué quería de él?

Tiffany era una curiosa mezcla de sofisticación y espontaneidad. Por un lado, casi lo había convencido de que le habían robado el bolso… para luego decir que no sabía si tenía dinero para comprar un billete de avión, haciéndolo pensar que estaba siendo manipulado por una experta.

No sabía si era una simple víctima o una chica muy lista, pero su conciencia no le permitía darle la espalda porque el robo podría ser una realidad.

Rafiq pensó en su prima Zara, y en la mujer de su hermano, Megan. Si alguna de las mujeres de su familia se encontrase en tal predicamento esperaría que alguien la ayudase.

–Acepta el dinero, por favor.

Ella miró el billete.

–Es demasiado. Después de ese beso me parecería… mal –musitó.

Y Rafiq no pudo dejar de notar que le temblaba la voz.

–Muy bien –impaciente consigo mismo, volvió a abrir la cartera y sacó un billete de cincuenta dólares–. Acepta esto entonces. No es tan buena propia como mereces, pero al menos no sospecharás de mis motivos.

Tiffany echó la cabeza hacia atrás y lo miró durante largo rato.

–Gracias por ser tan comprensivo –le dijo, con lágrimas en los ojos.

–Por favor, no llores.

–No puedo evitarlo –dijo ella, secándose las lágrimas con la mano–. Y siento haberte insultado.

Rafiq tuvo que sonreír. Le encantaba aquella chica que parecía una timadora y al segundo siguiente tan inocente como su prima Zara.

Pero el deseo que sentía por ella no se parecía en absoluto al cariño fraternal que sentía por Zara y cuando se puso de puntillas para darle un beso en la cara tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse.

–Gracias, me has salvado la vida.

Olía tan bien, a gardenias, y el roce de su cuerpo era tan femenino que Rafiq rodeó su cintura con los brazos sin poder evitarlo.

–Tiffany, no sé qué pensar de ti.

–No soy tan complicada, lo que ves es lo que hay –murmuró ella.

La oía respirar sobre la pechera de su camisa, notaba los latidos de su corazón… y sintió que perdía la cabeza.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera apartarse de ella.

Cuando Tiffany levantó las manos para ponerlas sobre su pecho olvidó que había empezado aquello empujado por la curiosidad y el orgullo masculino, para ver si Tiffany lo besaba cuando decía no estar interesada en él.

Pero todo había cambiado.

Había perdido el control y en lo único que podía pensar era en besarla otra vez… y otra vez.

–¿Qué estás haciendo? Podría venir cualquiera.

–No, es una piscina privada, parte de la suite. Y la puerta sólo se activa con mi tarjeta.

Tiffany se había apartado, sus ojos oscurecidos y llenos de desconfianza. Y era lógico.

–El bar es muy ruidoso y a esta hora está lleno de hombres borrachos. No habríamos podido hablar de nada.

–Ah…

Incapaz de evitarlo, Rafiq pasó un dedo por la curva de su barbilla.

–Eres preciosa, ¿lo sabes?

–No soy preciosa –dijo Tiffany.

Él tomó su cara entre las manos.

–Eres preciosa.

–No, guapa quizá, pero… además, con esta luz no puedes saberlo.

Nadie podría decir que era una engreída, desde luego.

–La vista no es el único sentido que necesito para saber eso. Y no necesito luz para recordar que tus ojos son de color castaño claro con puntitos dorados, como la arena del desierto al atardecer. No necesito luz para sentir –Rafiq pasó un dedo por su labio inferior–. Tu boca es roja como los pétalos de una rosa de los jardines de Qasr AlWard. Tu piel tan suave como una flor de almendro, tus pómulos parecen esculpidos por una mano maestra.

Tiffany intentó volver a sentirse tan furiosa como cuando descubrió que la había llevado a su suite, pero la furia había desaparecido. Su mano, el calor de su cuerpo, la ternura de sus palabras la abrumaban. No se le ocurría nada que decir. Nunca había conocido a nadie como él.

Por fin, dejó de intentar entender sus emociones y le echó los brazos al cuello, acariciando su pelo, espeso y sedoso. Cuando el beso terminó, descubrió que su corazón latía a toda velocidad.

Le brillaban los ojos y ya no parecía el extraño distante y desdeñoso que había visto en Le Club. Y, de repente, sintió que estaba al borde de un precipicio. Pero antes de que pudiese decir nada, Rafiq tomó su mano.

–Ven.

La llevó por un pasillo a oscuras y cuando por fin encendió la luz Tiffany vio una habitación suntuosamente decorada, con una enorme cama de matrimonio en el centro.

Vaciló mientras él se quitaba la camisa, pero cuando la tomó entre sus brazos el momento de frío análisis terminó.

Rafiq puso las manos en los tirantes del vestido y tiró de ellos hacia abajo, quitándoselo, al igual que el bolsito que llevaba en la muñeca. No tuvo tiempo de sentirse expuesta o vulnerable. Lo único que sentía era alivio al librarse de él.

Rafiq la apretó contra su torso, suave y cálido, y Tiffany echó la cabeza hacia atrás, dejando escapar un gemido. El deseo la

abrumaba y sus pezones despertaron a la vida bajo el sujetador. Ni siquiera se dio cuenta de que se lo quitaba un segundo después para tirarlo sobre la cama.

Rafiq se puso de rodillas delante de ella para quitarle los zapatos y bajar las braguitas, el roce de sus dedos dejando un rastro de fuego en sus piernas. Y Tiffany empezó a temblar.

El explosivo deseo que la consumía no era algo familiar para ella. Era poderoso, increíble, una nueva experiencia. Cuando Rafiq enterró la cara entre sus piernas, sintió que se le ponía la piel de gallina.

–Voy a darte placer… pero no vamos a hacer el amor –murmuró.

–¿Por qué no?

¿Pensaba que era demasiado bueno para ella?

–No tengo… protección.

–Ah, claro.

Tiffany pensó entonces que si no llevaba preservativos era porque no solía tener aventuras de una noche. Y eso le gustaba.

Perversamente, tal vez por eso deseaba hacer el amor con él.

Sonriendo, se inclinó para tomar su bolso del suelo y sacar el preservativo que Renate había guardado allí.

–Yo sólo tengo uno.

–Eso es mejor que nada.

Rafiq la tumbó sobre la cama y Tiffany cerró los ojos cuando el roce de sus labios sobre uno de sus pezones despertó una sensación que no había experimentado nunca. Un grito escapó de su garganta al sentir sus dientes sobre la delicada piel. Sus manos estaban por todas partes…

Rafiq sabía qué hacer para excitarla y su cuerpo se convirtió en un río de lava. Parecía saber exactamente lo que quería, cómo iba a responder a cada caricia.

Por fin se puso encima y cuando abrió las piernas Rafiq se colocó entre ellas, su cuerpo tan masculino, tan poco familiar. Pero cuando empezó a mover las caderas Tiffany tuvo que luchar contra el instinto de resistirse.

Entonces sintió una presión entre las piernas. Era demasiado estrecha, pensó, mirando la boca que tanto placer le había dado. Pero, de repente, su cuerpo pareció ceder y la presión disminuyó.

Su corazón pareció ensancharse también al sentir que Rafiq se movía hacia delante. Tiffany pasó las manos por su espalda, experimentando una emoción primaria, básica…

Pensó que iba a llorar de alegría por la belleza de ese momento.

El calor que sentía se convirtió en un incendio a medida que aumentaba la fricción. Y ella misma estaba esforzándose por llegar a un sitio en el que no había estado nunca.

–Relájate –le dijo Rafiq al oído–. Déjate llevar.

No sabía de qué estaba hablando, pero el calor de su aliento despertó una nueva ola de escalofríos que empezaba en su espina dorsal y se extendía por todo su cuerpo.

Esta vez no luchó contra la sensación, dejó que ocurriera y el placer se convirtió en algo casi insoportable.

Rafiq se quedó muy quieto un momento y luego volvió a moverse, empujando rápidamente, jadeando.

Un grito de sorpresa escapó de su garganta mientras su cuerpo se convulsionaba, el placer explotando por todo su cuerpo y dejándola exhausta y saciada por completo.

Tiffany abrió los ojos y parpadeó varias veces al notar la luz del sol en la cara.

Y la desorientación pronto se convirtió en una sofocante sensación de miedo. ¿Qué había hecho?

Despacio, volvió la cabeza, pero al otro lado de la cama no había nadie. Rafiq ya estaba despierto… y fuera de la cama. Con un poco de suerte estaría en el baño hasta que ella pudiera marcharse, pero no oía nada. Tal vez había ido a desayunar o a darse un baño en la piscina.

Le daba igual mientras no tuviese que verlo.

Un movimiento llamó su atención hacia el ventanal, donde alguien estaba apartando las cortinas. Guiñando los ojos, Tiffany vio una figura recortada contra el sol.

Rafiq.

–Estás despierta.

–Sí –murmuró ella, con una sonrisa trémula.

–Me alegro.

¿Se alegraba? Tiffany no estaba tan segura. El apasionado amante de la noche anterior había desaparecido, reemplazado por

un hombre al que no conocía de nada.
–Ya estás vestido –le dijo.
–Tengo un día muy ajetreado por delante.
Y era hora de que ella se fuera.
No hacía falta que lo dijese en voz alta, era evidente.
Pero Tiffany no tenía intención de levantarse teniéndolo a él a unos metros porque estaba desnuda y Rafiq estaba impecablemente vestido. Pero no vería un centímetro más de su cuerpo, pensó, poniéndose colorada al recordar lo que había ocurrido por la noche.
–¿Y por qué sigues aquí? –le preguntó, levantando la barbilla.
–Estaba esperando que despertases.
Las facciones encendidas de deseo la noche anterior se habían vuelto frías y cualquier esperanza que hubiera podido tener desapareció por completo.
–¿Por qué?
Rafiq metió la mano en el bolsillo del pantalón y le mostró un móvil.
–¿Te importa explicarme qué es esto?
–Es el móvil de Renate, me lo puse en el cinturón anoche…
–Hiciste fotografías.
Ah, porras. Se le había olvidado.
–Sí, es verdad, quería borrarlas…
–Ya, claro –la interrumpió él–, seguro que sí. Pero no lo hiciste. Sin embargo, le aseguraste a sir Julian que ya lo habías hecho.
Había tenido intención de borrarlas, pero se olvidó del asunto después de su conversación con Renate. Tiffany iba a explicárselo, pero decidió que lo mejor sería guardar silencio para no estropearlo aún más.
–¿No tienes nada que decir?
–¿Por qué te importan tanto esas fotografías?
–Porque sí –contestó él, mostrándole el móvil–. En una de ellas estoy con sir Julian y se ve a Renate lo suficiente como para saber en qué clase de local estamos.
–Yo no quería…
–No, claro que no querías –volvió a interrumpirla Rafiq–. Pero anoche estabas muy interesada en hablar de sir Julian.
–Por hablar de algo –se defendió Tiffany, atónita.
–¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Tiffany se tapó con la sábana. ¿Qué hacía con aquel extraño? ¿Qué la había poseído para acostarse con él?

–Me parece bien que estés nerviosa.

–No estoy nerviosa, estoy desconcertada.

Pero la verdad era que empezaba a ponerse nerviosa y, sin darse cuenta, miró hacia la puerta. Aunque pudiera llegar hasta allí no iría muy lejos sin ropa y dudaba que tuviese tiempo para tomar el vestido del suelo.

–¿Por qué estás tan enfadado?

Rafiq levantó las cejas.

–¿Esperas que crea que no lo sabes? Venga, deja de fingir.

Tiffany decidió que lo mejor sería no decir nada porque eso parecía enfurecerlo aún más. De modo que esperó.

–Hay un mensaje de tu amiga preguntando cómo ha ido la noche.

Por su gesto de disgusto estaba bien claro qué conclusión había sacado.

Maldita fuese Renate.

–Lo has malinterpretado…

–No, déjalo, no quiero oír nada más. ¿Cuánto quieres?

–¿Qué?

–¿Cuánto dinero quieres por olvidarte de que me has visto con sir Julian Carling?

Tiffany lo miró, boquiabierta. Aquel hombre era un paranoico o tal vez un loco.

–Borra las fotografías. Eso es lo que yo iba a hacer anoche, pero lo olvidé. Y luego se me olvidó devolverle el teléfono a Renate.

–Sí, claro, qué conveniente. Pero como no has contestado al mensaje, tu amiga parece creer que le has robado el móvil –sonrió Rafiq, aunque en esa sonrisa no había simpatía alguna–. Por lo visto, cree que estás pensando vender tú misma las fotos.

–¿No acabo de decirte que las borres?

Rafiq emitió un bufido.

–Pensabais chantajearnos a sir Julian y a mí, pero tu amiga parece pensar que has decidido hacerlo tú sola. Y yo creo que tiene razón.

–¿Chantajear?

Aquel hombre estaba loco, definitivamente. De nuevo, Tiffany

miró hacia la puerta, más asustada que nunca.

–No vas a ir a ningún sitio –le advirtió Rafiq, sentándose sobre la cama–. Y no me mires con esa cara de inocente, no va a funcionar. ¿Qué pensabais hacer con las fotos?

–¡Nada!

–¿Me tomas por tonto? Tu amiga da a entender que tiene un cliente para las fotos y tú estabas de acuerdo con ella.

Tiffany decidió que lo mejor sería no discutir. No era posible hacerlo con él vestido y ella en la cama, desnuda.

–¡Apártate! –le dijo.

Pero Rafiq no se movió.

–Voy a borrar las fotografías y luego voy a comprarte el billete de avión que tanto deseabas anoche. Y después de eso no quiero volver a verte en toda mi vida. ¿Lo entiendes?

Tiffany asintió con la cabeza.

–No voy a darte dinero, voy a llevarte al aeropuerto directamente, así que espero que estés lista para volver a Auckland ahora mismo.

–Muy bien.

–Te espero abajo –dijo Rafiq entonces, levantándose.

Pero cuando se levantó de la cama, Tiffany recuperó el valor.

–No hace falta que me lleves al aeropuerto, no servirá de nada. Mi pasaporte temporal no estará listo hasta el lunes.

–Te quiero fuera de Hong Kong ahora mismo.

–No tengo intención de quedarme aquí más tiempo del que sea absolutamente necesario. Y tampoco te daré ningún problema, te lo prometo.

Él la fulminó con la mirada.

–Si descubro que…

–No voy a hacer nada. Y créeme, tengo intención de devolverte el dinero –insistió Tiffany.

–No sigas mintiendo, por favor.

–Te devolveré el dinero, pero para eso necesito que me des el número de tu cuenta.

–¿Para seguir engañándome? –Rafiq soltó una amarga carcajada.

El ambiente se volvió tenso, opresivo. Había algo entre ellos, una emoción tan intensa, tan poderosa que Tiffany no podía pensar.

Sin apartar la mirada, Rafiq sacó la cartera del bolsillo y de ella

una tarjeta.

–Puedes enviarme un cheque, pero no quiero volver a verte. Nunca.

Eso le dolió y, decidida a devolver la ofensa, Tiffany replicó:

–Tampoco yo tengo intención de volver a verte jamás.

Le temblaban los labios mientras lo veía dirigirse a la puerta y cuando se cerró tras él, leyó la tarjeta que tenía en la mano:

Rafiq Al Dhahara, presidente del banco Central de Dhahara.

No lo hubiera imaginado nunca. No era un simple banquero, era el jefazo.

Claro, el hombre que la había llevado al cielo no podía ser un hombre normal.

Capítulo 4

Rafiq estaba inquieto.

Llevaba semanas inquieto. Se decía a sí mismo que era el calor del desierto de Dhahara lo que lo mantenía despierto por las noches. Ni siquiera el aire acondicionado en la sala de juntas del banco lograba calmarlo.

–Deja de pasear –dijo Shafir, tras él–. Nos has llamado para hablar del nuevo hotel, pero vas a hacer un agujero en el kilim. Siéntate, vamos a hablar de una vez –añadió, golpeando su carpeta con un bolígrafo de oro–. Tengo cierta prisa.

Rafiq miró a su hermano, sentado en un sillón de cuero negro, la túnica blanca cayendo por los lados.

–¿No puedes esperar, Shafir?

–Podría, pero Megan se niega. Mi mujer está decidida a pasar todo el tiempo posible en Qasr AlWard –Shafir sonrió con la expresión de un hombre satisfecho en todos los sentidos–. Ven a pasar el fin de semana con nosotros. Celebraremos que los contratos del hotel Carling están firmados y podrás quitarte ese traje de chaqueta durante un par de días.

Rafiq negó con la cabeza.

–Tengo demasiadas cosas que hacer. Estoy intentando resistirme a la llamada del desierto. En realidad, envidiaba el lazo que su hermano tenía con Qasr AlWard, el palacio en el desierto que había pertenecido a su familia durante siglos. Desde su matrimonio con Megan, Shafir había convertido Qasr AlWard en su hogar.

–No te resistas durante demasiado tiempo o puede que no encuentres la manera de volver.

–¿Por qué no te llevas a nuestro padre? –para distraerlo, porque quería evitar una charla seria, Rafiq señaló al rey Selim, que intentaba hacer entrar en razón a su primogénito. Las palabras «deber» y «matrimonio» les llegaban desde el otro lado de la mesa–. De esa forma, puede que Khalid también pueda encontrar algo de paz.

–Parece que nuestro padre no está dispuesto a dejarlo en paz –dijo Shafir, riendo.

–¿Te das cuenta de que tu matrimonio ha aumentado la presión para él?

–Y para ti –contestó Shafir–. Todo el mundo esperaba que tú te casaras primero. Al contrario que Khalid, nuestro padre no tiene que elegir a tu esposa y al contrario que yo, las mujeres no te ven como un hombre casado con el desierto. Has pasado años en el extranjero, has tenido muchas posibilidades de enamorarte.

–No es tan sencillo –Rafiq dejó escapar un suspiro–. En tu caso no había expectativas ni presiones. Tú siempre has hecho lo que querías hacer.

Shafir había pasado gran parte de su vida en el desierto mientras que él siempre estuvo destinado a dirigir el banco. Educado en Eton y con varios cursos en Cambridge y Harvard, había mucha presión sobre su elección de esposa, que debía ser alguien que pudiera soportar el escrutinio de la prensa internacional.

Él había tenido tres relaciones serias, pero… ¿cómo podía explicar que unas relaciones que habían empezado como algo especial pudieran haberse deteriorado hasta no ser más que una obligación?

–Lee esto, Khalid –dijo su padre, poniendo un papel sobre la mesa–. Cualquiera de estas tres mujeres sería una buena elección. Yasmin es una joven rica que…

–¡No! –exclamó su hermano mayor.

–Y es guapa, además –dijo Shafir.

–No quiero una mujer guapa –protestó su hermano.

Guapa. Tiffany decía ser guapa, pensó Rafiq. No una belleza sino guapa. A él, en cambio, le había parecido preciosa.

–Quiero una mujer con carácter, me da igual el aspecto que tenga. Quiero alguien que esté a mi altura, no una cara bonita.

–Oye, mi mujer está a mi altura y, en mi opinión, es guapísima.

Felizmente casado, Shafir se había convertido en el aliado del rey para encontrarle esposa a sus hermanos. Aunque Rafiq sospechaba que sólo intentaba convencerlos de lo afortunado que era de haber encontrado a alguien como Megan.

Si él pudiese encontrar una mujer tan especial y tan encantadora como Megan también se casaría. Khalid fulminó a Shafir con la

mirada, pero su hermano se limitó a soltar una carcajada.

–No necesito una lista, yo me encargaré de encontrar a la mujer que necesito.

–¿Quién más está en la lista? –preguntó Rafiq.

–¿Farrah? Es demasiado joven, no quiero casarme con una niña.

–Leila Mummhar.

La sugerencia de Rafiq enfadó a su padre.

–No le des consejos. Yo estaba seguro de que te casarías antes que Shafir y ahora mírate, ninguna mujer a tu lado desde que rompiste con Shenilla.

–Teníamos nuestras diferencias –dijo él.

En realidad, el problema había sido la insistencia del padre de Shenilla en cuanto consideró que estaba interesado. Ella era una chica guapísima, universitaria y su familia era muy respetada en Dhahara. Sobre el papel, era la unión perfecta.

Y, sin embargo, había salido huyendo.

–¿Diferencias? –repitió su padre–. ¿Qué importan las diferencias? Tu madre y yo tuvimos diferencias incluso cuando éramos novios, pero logramos superarlas y…

–Pero todo el mundo esperaba que os casarais –lo interrumpió Rafiq–. Era un matrimonio acordado entre las dos familias desde que erais niños. No podías romper esa relación.

El rey sacudió la cabeza.

–Eso no hizo que el matrimonio fuera más fácil, pero nos esforzamos para llevarnos bien. La felicidad es algo por lo que uno lucha cada día, hijo. Y tú estabas enamorado, pensé que esta vez te casarías.

¿Cómo iba a confesarle Rafiq que en cuanto se involucraron las familias se dio cuenta de que no estaba enamorado?

Y no había sido la primera vez. Antes de eso había sido Rosa y antes de ella, Neela. Ambos noviazgos habían durado años, pero cuando empezaron las presiones para la boda el amor se marchitó, dejando sólo la necesidad de escapar.

–Khalid, puede que ahora pongas objeciones, pero tú sabes cuál es tu deber –el rey puso una mano sobre el brazo de su hijo–. Elige a cualquiera de estas mujeres y serás ampliamente recompensado.

Rafiq miró la lista y pensó en los requisitos que había exigido él en el pasado. Después de todo, era un hombre práctico y su mujer

tenía que encajar en su mundo. Debía ser rica, guapa, educada, con buenos contactos.

–Yasmin pertenece a una familia muy poderosa.

Khalid sacudió la cabeza de nuevo.

–No voy a casarme con su familia. Yo quiero algo más que poder, dinero y belleza en una esposa. Tiene que mantenerme interesado durante muchos años, mucho después de que su belleza se haya marchitado.

¿Interesado? Rafiq pensó entonces en la última mujer que había ocupado su cama.

Tiffany lo había mantenido interesado desde el momento que la conoció. Sí, le había dicho que era preciosa y lo decía en serio. Pero no se parecía nada a las otras mujeres con las que había tenido una relación. Sus facciones reflejaban sus emociones y su grácil manera de caminar lo había tenido encantado. Pero, aunque en ese aspecto tenía todo lo que hacía falta, nunca sería una candidata adecuada.

Lo avergonzaba que en una noche y sin el menor esfuerzo le hubiese robado el control del que tanto se enorgullecía. Lo había turbado profundamente que una mujer de la que no estaba enamorado, por la que no sentía nada, una mujer de la que sospechaba era una embaucadora y una chantajista pudiese tener ese poder sobre él.

Tiffany había insistido en que no tenía intención de acostarse con él y era tan deliciosamente estrecha como una virgen. Sin embargo, llevaba un preservativo en el bolso y había mentido sobre borrar las fotos del móvil. Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que era una experta.

Y le había dado su tarjeta.

«Idiota».

Shafir le quitó la lista de las manos y su sonora carcajada sacó a Rafiq del trance.

–No me puedo creer que Leila esté aquí… esa mujer es más difícil que todos los bandidos que se esconden en la frontera de Marulla.

–Sería una buena elección, de ese modo podría vigilar a sus parientes –opinó el rey.

–Padre, sus tíos serían un problema constante –dijo Rafiq–. Elige a alguien menos problemático.

Khalid miró a Shafir.

–Tal vez debería hacer lo que hiciste tú, elegir a una extranjera. De ese modo no habría problemas.

Rafiq esperó un discurso de su padre sobre la santidad de la familia, pero el rey miró a su primogénito con expresión pensativa antes de preguntar:

–¿No tiene sir Julian Carling una hija?

–Sí, así es. Elizabeth Carling.

A pesar de no sentir gran simpatía por sir Julian, su hija era un encanto. Elizabeth tenía todo lo que buscaba en una mujer: dinero, belleza, contactos. Y, sin embargo, no había habido chispa entre ellos. Nada que ver con lo que había experimentado con Tiffany… si tal locura podía llamarse chispa. Había sido más bien una conflagración.

Por fin, Rafiq asintió con la cabeza.

–Sí, ella sería una buena candidata para Khalid.

–Añádela a la lista –dijo su padre–. Sir Julian tiene que venir a Dhahara para inspeccionar la parcela donde se va a construir el hotel y tal vez deberíamos invitar también a su hija.

Una secretaria llamó entonces a la puerta.

–Está aquí el presidente de Pyramid Oil para la reunión. ¿Qué debo decirle?

Rafiq se volvió hacia ella.

–Déme cinco minutos, señorita Turner. Para entonces habremos terminado.

Tiffany salió del taxi bajo el seco y árido sol de Katar, la capital de Dhahara. Frente a ella estaba el Banco Central en el que trabajaba Rafiq y las mariposas que tenía en el estómago empezaron a revolotear locamente.

Sí, había sabido al ver su tarjeta que era un hombre importante, el presidente del Banco Central de Dhahara ni más menos. Pero el edificio era imponente.

Sin embargo, ir allí era lo que debía hacer. No lo había dudado ni un momento desde que el ginecólogo confirmó su mayor miedo. Pero saber que en unos minutos lo vería hacía que le sudasen las manos.

Poniéndose un pañuelo en la cabeza, Tiffany pasó frente al

conserje uniformado y se dirigió a unas puertas de cristal.

Detrás de un mostrador de mármol en forma circular había un joven bien afeitado con traje de chaqueta oscuro y turbante blanco.

Tiffany se acercó, intentando mostrarse segura de sí misma.

–Tengo una cita con Rafiq Al Dhahara.

El hombre miró en su ordenador y al no encontrar la cita, ya que no estaba programada ni para ese día ni para ningún otro, la miró, sorprendido.

–Llámelo por teléfono y dígale que está aquí Tiffany Smith. Se enfadaría si supiera que no le ha informado de mi visita.

No era cierto y Rafiq podría negarse a verla. Y aunque aceptase hablar con ella, con toda seguridad no se alegraría de verla en Dhahara.

Pero el empleado no sabía eso.

Tiffany esperó de brazos cruzados mientras el hombre descolgaba el teléfono y hablaba con alguien en árabe. Cuando terminó, su expresión había cambiado por completo.

–El jeque la verá enseguida.

¿El jeque?

Esta vez su estómago dio un vuelco.

–¿Jeque? –repitió–. Pensé que era… el presidente del banco.

–El banco pertenece a la familia real de Dhahara.

–¿Y qué tiene eso que ver con Rafiq?

El hombre parpadeó, seguramente porque lo había llamado por su nombre de pila.

–El jeque es parte de la familia real.

Antes de que pudiera repetir en voz baja «familia real» las puertas del ascensor se abrieron y el propio Rafiq salió de él.

Sus ojos eran más oscuros de lo que recordaba, sus pómulos más altos y aristocráticos. ¿Jeque? ¿Familia real? Desde luego, lo parecía con ese traje oscuro y la camisa blanca recién planchada. No llevaba turbante y su pelo brillaba como las alas de un halcón negro.

Pero después de haberse hecho tantas preguntas antes de ir allí, ahora que estaba a su lado no sabía qué decir.

–Hola.

–Tiffany.

Su mirada de esfinge no revelaba sorpresa alguna. Le había

dicho que no quería volver a verla nunca. Nunca. Pero no parecía contrariado, en realidad no mostraba emoción alguna.

–Ven conmigo, por favor.

Tiffany lo siguió hasta el ascensor sin decir nada. Pero no podía dejar de pensar en aquella noche…

El recuerdo de los catastróficos extremos, cielo e infierno, placer y vergüenza, aún podían hacerla temblar.

Había estado segura de que no volverían a verse en la vida, pero estaba equivocada.

Por su hijo, pensó, llevándose una mano al abdomen.

Rafiq pulsó el botón del ascensor, pero en lugar de ir hacia arriba notó que bajaban. Unos segundos después las puertas se abrieron en un garaje y Rafiq la llevó hasta un Mercedes negro.

–¿Dónde vamos?

–Aquí no podemos hablar a solas.

Se avergonzaba de ella, pensó Tiffany. Pero se tragó la protesta y subió al coche con la cabeza bien alta.

Había ido a Dhahara por su hijo, no por ella ni por Rafiq.

Y no podía dejar que el miedo la dominase.

Rafiq era un hombre educado en Inglaterra y Estados Unidos, el presidente de un banco. Aunque hubiera conseguido el puesto por nepotismo, ni él ni la familia real podrían permitirse el escándalo internacional de quitarle a su hijo. ¿Pero cuál sería su reacción?

El silencio era opresivo y, quince minutos después, el Mercedes se detuvo. Cuando Tiffany salió del coche, Rafiq la tomó del brazo. ¿Para acompañarla o para asegurarse de que no escapaba? No estaba segura.

Mientras subían por una escalera vio a dos guardias con boinas rojas frente a unos pilares de piedra que flanqueaban una enorme puerta de madera. La puerta se abrió entonces y entraron en un vestíbulo de techos muy altos.

Tiffany miró alrededor, sorprendida. A pesar de las mansiones que había visto, aquella casa llevaba la palabra «lujo» a otra dimensión.

–¿Dónde estamos?

–En mi casa.

Un rápido vistazo reveló suelos de madera oscura cubiertos de alfombras persas y obras de arte en las paredes. Pero Tiffany no

quería dejarse impresionar, de modo que concentró su atención en Rafiq.

–¿Hay algún sitio en el que podamos hablar?

–¿Hablar? –en sus ojos había un brillo diabólico–. Nosotros nos comunicamos mejor de otras maneras. Pensé que era para eso para lo que habías venido.

Maldito fuera por recordárselo.

–Necesito hablar contigo.

–Cada vez que hablamos me cuesta dinero –dijo él.

Sus palabras dejaban claro lo que Tiffany ya sabía: que la creía la peor clase de mujer. ¿Qué diría cuando descubriera que estaba embarazada?

–No he venido aquí por dinero, Rafiq.

–Me alegra oír eso –dijo él, llevándola por un pasillo en cuyas paredes colgaban antiguos tapices–. Pero tal vez puedas convencerme de eso cuando me digas qué has venido a hacer aquí.

–Te envié un cheque por el dinero que me prestaste –le recordó Tiffany.

–¿Ah, sí? –murmuró Rafiq, irónico–. Pues no lo he recibido.

–Lo envié la semana pasada, tal vez aún esté en el correo.

Había querido enviárselo antes, pero descubrir que estaba embarazada había hecho que se olvidase de todo lo demás. Y empezaba a pensar que debería haber llamado por teléfono en lugar de ir hasta allí para darle la noticia que de que iba a ser padre.

Sin embargo, le había parecido lo mejor. Había querido darle la noticia en persona y no por teléfono, separados por miles de kilómetros. Y tampoco a través de un correo electrónico que podría haberse perdido.

Aquello era demasiado importante. La vida de su hijo, la relación del niño con su padre, sería determinada por el curso de aquella conversación. Y no iba a dejar que Rafiq Al Dhahara la hiciese lamentar haber tomado esa decisión.

Rafiq empujó una puerta y le hizo un gesto para que lo precediese. Era una especie de estudio lleno de estanterías con libros; el territorio de un hombre, su territorio. Antes de perder el valor, Tiffany respiró profundamente y se dio la vuelta para mirarlo a los ojos.

–Estoy embarazada –anunció.

Rafiq se quedó inmóvil, mirándola con una expresión indescifrable.

De repente había vuelto a ser el hombre al que conoció en Hong Kong, el hombre desdeñoso y distante.

–Pero usamos preservativo –dijo por fin.

Ella hizo un gesto con las manos.

–No sé, debía estar roto o caducado…

–¿Y tú no lo sabías?

–¿Qué quieres decir con eso?

–¿Lo rompiste tú?

–¿Cómo? –exclamó Tiffany, indignada–. ¡Estaba dentro de un paquete cerrado!

–Podrías haberlo pinchado con un alfiler.

–¡Tú estás loco!

Rafiq apretó los labios, furioso.

–Cuidado con lo que dices –le advirtió–. ¿Cuánto quieres?

–¿Qué?

Tiffany estaba segura de haber oído mal. No podía ser… ¿pagaría dinero por no ver a su hijo?

¿Qué clase de hombre haría algo así?

Entonces se dio la vuelta, derrotada. Al menos lo había intentado, pensó. Y si su hija algún día quería saber quién era su padre, se lo diría. Rafiq podía ser un jeque y miembro de una familia real, pero era él quien se perdía la oportunidad de conocer a su hija.

Ella le había dado la oportunidad.

–He sido un tonto.

Tiffany se dio la vuelta, sorprendida. Rafiq estaba pasándose una mano por el pelo, liso y oscuro, brillante bajo la luz de la lámpara.

–¿Qué quieres decir?

–Y ni siquiera tengo una excusa –siguió él, como si no la hubiera oído–. Incluso sé cómo funcionan estos timos: primero se pide una pequeña cantidad de dinero y después se va aumentando.

–¿De verdad crees que he venido hasta aquí para chantajearte? ¿Que le haría eso al padre de mi hija?

Rafiq miró su estómago plano con expresión implacable, furiosa.

–¡Ya está bien! No esperarás que crea que estás embarazada.

Tiffany sacudió la cabeza, incrédula.

–De verdad crees que he venido a chantajearte.

–¿Y no es así?

–¡No!

–Mi experiencia contigo hace imposible que te crea.

¿Para qué iba a seguir discutiendo?, se preguntó. ¿Para qué iba a intentar convencerlo de que la primera vez su intención tampoco había sido sacarle dinero? ¿Y por qué se había convencido a sí misma de que estaba haciendo lo que debía al ir a Dhahara?

A Rafiq le daba igual el embarazo, lo único que quería era protegerse a sí mismo.

–¿Dónde vas? –le preguntó Rafiq al ver que se dirigía a la puerta.

–A mi hotel. Estoy embarazada y ha sido un vuelo muy largo. Estoy cansada, me duelen los pies y necesito dormir un rato.

En dos zancadas, él se colocó delante de la puerta.

–No, de eso nada. Vas a quedarte aquí.

Tiffany negó con la cabeza.

–No puedo quedarme aquí. Además, mis maletas están ya en el hotel.

–No voy a dejar que te alojes en la ciudad, sola. Quiero que te quedes aquí, donde pueda vigilarte. Dame el nombre de hotel y enviaré a alguien a buscar tus maletas.

–¿Para ser tu prisionera?

–No, mi prisionera no, mi invitada.

–No creo que sea muy apropiado que me aloje en tu casa…

–Mi tía Lily está pasando unos días aquí. Es la viuda del hermano de mi padre y una carabina perfecta. Zara, su hija, está estudiando fuera y Lily la echa de menos. Es australiana, así que os llevareis bien. Descansa esta noche y mañana yo mismo te llevaré al aeropuerto.

Tiffany apretó los labios, furiosa. Aunque se había molestado en ir hasta allí, él no creía que estuviera embarazada.

Pero en aquel momento estaba demasiado disgustada y cansada como para seguir discutiendo. Al día siguiente estaría preparada para plantarle cara.

Antes de que Rafiq la echase del país.

Capítulo 5

Tiffany no había mentido al decir que estaba cansada, comprobó Rafiq esa noche. Sentada frente a él en el comedor, junto con su tía Lily, que evidentemente estaba muerta de curiosidad por la presencia de la invitada, apenas había probado la comida.

Tenía unas ojeras que le daban un aspecto frágil y enternecedor, aunque no quería reconocerlo.

El suculento plato de cordero permanecía sin tocar, como el pan hecho al horno con gran cuidado en la cocina de la casa o las verduras a la plancha. Incluso su copa de vino estaba entera. Algo debería haberla tentado, pero no estaba comiendo en absoluto.

Por fin, su tía no pudo contenerse más.

–Mi hija está estudiando en Los Ángeles. ¿Tú conociste a Rafiq cuando estudiaba fuera?

Rafiq contestó antes de que pudiese hacerlo ella:

–Nos conocemos por cuestiones de trabajo. Tiffany estaba de viaje por la zona y ha decidido venir a visitarme.

Eso no satisfacía la curiosidad de su tía, pero no volvería a preguntar.

–Pareces cansada, querida.

–Sí, lo estoy –asintió Tiffany–. Estoy deseando irme a dormir.

–Después de cenar te llevaré a tu habitación.

–Gracias.

Rafiq no quería mirarla. Había sido muy brusco con ella, pensó. Incluso su tía se daba cuenta de que estaba agotada y se sintió un poco avergonzado. ¿Pero qué otra cosa podría haber hecho? ¿Aceptar la mentira de que estaba embarazada? ¿Pagar el dinero que le pidiera para silenciar su nuevo intento de extorsión?

Nunca.

Había hecho lo que debía: llevarla a su casa donde podía vigilarla, lejos del banco, lejos de cualquier contacto con su padre, sus hermanos o sus empleados.

¿Embarazada? ¡Ja! No la dejaría salirse con la suya. Ahora

estaba confinada en su casa y no pensaba dejarla a solas con su tía. Una de las criadas estaría con ellas todo el tiempo y Lily no haría preguntas inconvenientes delante de una criada.

Pero se marcharía al día siguiente. Él mismo la llevaría al aeropuerto y no lo lamentaría en absoluto. Tiffany no era la pobrecita víctima que quería hacerle creer.

Haciendo el amor con ella había cometido un tremendo error. Uno del que Tiffany intentaría aprovecharse… si él lo permitía.

Pero Rafiq no tenía la menor intención de verse atrapado en la prisión que ella había creado con sus caricias y sus embriagadores besos.

Se dio cuenta entonces de que Tiffany estaba hablando con su tía y prestó atención a la conversación.

–Imagino que echa de menos a su hija –estaba diciendo.

Lily asintió con la cabeza.

–Pero nos reuniremos cuando lleguen las vacaciones. Zara quería estar sola unos meses para ver cómo se las arreglaba en Los Ángeles.

–Es una suerte que usted respete su deseo de ser independiente.

–Pero sigo preocupada por ella. Hace algún tiempo tuvo una mala experiencia romántica…

Ya estaba bien, pensó Rafiq. No quería que Tiffany interrogase a su familia y descubriera cosas que estaban mejor guardadas.

–¿Vino? –le ofreció bruscamente.

Ella negó con la cabeza.

–No, gracias –respondió, volviéndose de nuevo hacia su tía–. ¿Tiene usted otros hijos?

–No, sólo Zara.

–Yo también soy hija única.

–Ah, qué pena que no hayas podido conocer a Zara. Os hubierais llevado de maravilla.

–Sí, a mí también me habría gustado conocerla.

Parecía sincera y su tía estaba encantada, claro.

–Rafiq, seguro que a tu padre y a tus hermanos les gustaría conocer a Tiffany.

–Tiffany no se quedará mucho tiempo en Katar –dijo él.

–Ah, vaya, qué pena.

La habitación que le mostró Lily era elegante y lujosa. Unas cortinas doradas rodeaban la cama con dosel y el suelo estaba cubierto por alfombras de intricado dibujo. Las cortinas de la ventana estaban apartadas y desde allí podía ver el jardín, con una piscina rodeada de hamacas. Al fondo del jardín había una fuente y el agradable sonido del agua hacía que se sintiera bienvenida.

Era como si hubiera sido transportada a otro mundo, mucho más exótico.

Una vez sola, Tiffany se quitó la ropa arrugada para ponerse el camisón. Se sentía mareada y un poco desorientada. El jet lag empezaba a hacer efecto seguramente.

Cuando entró en el cuarto de baño vio una inmensa bañera con grifos en forma de delfín, pero estaba demasiado cansada como para darse un baño, de modo que se limitó a cepillarse los dientes antes de meterse en la cama. Y se quedó dormida en cuanto apoyó la cabeza en la almohada…

Pero unos golpes en la puerta la despertaron y, unos segundos después, la puerta se abrió de golpe.

Tiffany se sentó en la cama, tapándose con la sábana hasta la barbilla, realmente asustada.

–¿Qué quieres? –exclamó al ver a Rafiq en la puerta.

–Ninguna de las criadas podía despertarte –dijo él.

–Estaba muy cansada –se defendió Tiffany–. Ya te lo dije anoche.

–Es tarde –Rafiq miró su reloj–. Son las once.

–No puede ser tan tarde.

Él se acercó a la cama para mostrarle el reloj.

–Mira.

La muñeca bajo el Cartier era morena, una mezcla de tendones y músculos masculinos. Oh, no, no podía sentirse atraída por él otra vez…

–Te creo –dijo a toda prisa, volviendo a taparse con la sábana, pero sintiendo una repentina ola de náuseas–. ¿Te importaría marcharte?

Pero era demasiado tarde. Tiffany se levantó de un salto y corrió al cuarto de baño para vomitar.

Cuando por fin levantó la cabeza encontró a Rafiq a su lado, con una toalla mojada en la mano que le pasó por la cara.

–Gracias –murmuró.

–Tienes un aspecto horrible.
–Vaya, gracias.
–No me gusta esto, deberíamos llamar a un médico.
–No, no hace falta. No me pasa nada.
–A lo mejor es algo que has comido –dijo él–. Tal vez necesites antibióticos.
–No, nada de antibióticos –protestó ella, sabiendo que los antibióticos podían ser perjudiciales para el bebé–. Te aseguro que todo esto es normal en una mujer embarazada.
–Por favor, no me cuentes esa historia otra vez.
–Es la verdad. Yo no puedo evitar que seas tan tonto como para no ver lo que tienes delante de las narices –replicó Tiffany, clavando un dedo en su torso.
Pero Rafiq no dio un paso atrás y ella notó el fuerte torso bajo la camisa bien planchada. Un torso que había tocado la noche que estuvieron juntos…
Tiffany apartó el dedo como si se hubiera quemado.
–No soy tonto –dijo él.
–Y yo no estoy embarazada –replicó ella, irónica.
–¡Sabía que lo habías inventado!
–¡Por el amor de Dios!
Tiffany entró en el dormitorio y sacó de su bolso una fotografía en blanco y negro que puso delante de su cara.
–Mira esto.
–¿Qué es?
¿No lo veía? Tenía que ser ciego o idiota para no saber lo que era.
–Es una foto de tu hijo.
–¿Una foto de mi hijo? Yo no tengo un hijo.
Tiffany puso la foto en sus manos.
–Es la ecografía que me hicieron la semana pasada. ¿Lo ves? Tiene una cabeza, dos brazos… lo que tienes en la mano es tu hijo.
La expresión de Rafiq cambió por completo y cuando levantó la mirada parecía en estado de shock.
–De verdad estás embarazada.

Capítulo 6

–No, estoy mintiendo. ¿Recuerdas?

Rafiq la fulminó con la mirada, nada divertido ni por la contestación ni por el tono. Pero apretó la imagen con fuerza, sabiendo que aquello lo cambiaba todo.

–Es mi hijo…

–En realidad, es tu hija.

–¿Y cómo sabes que es una niña? ¿Te lo han dicho?

Tiffany levantó una ceja.

–No, pero la intuición me dice que lo es.

¿La intuición? Tan ridícula respuesta lo devolvió a la realidad. Lo sorprendente era que hubiese caído en la trampa como un bobo.

–No pensarás que voy a creerlo, ¿verdad? –le espetó, devolviéndole la ecografía–. Podría ser el hijo de cualquiera.

Tiffany la guardó en el bolso con sumo cuidado y después lo dejó sobre la cómoda.

–Los médicos pueden estimar el momento de la concepción…

–No podrán decir que ocurrió esa noche exactamente. El niño podría haber sido concebido en cualquier otro momento –la interrumpió Rafiq–. No tiene por qué ser mi hijo. Y no te conocí en las mejores circunstancias, desde luego.

–Ya te dije que era la primera vez que iba a ese sitio.

–Yo no te conozco en absoluto –insistió él, encogiéndose de hombros–. Aunque fuera verdad, ¿quién sabe lo que habría detrás?

Tiffany lo miró, furiosa. Estaba enfadada, pero tan llena de energía, tan viva que Rafiq tuvo que apretar los puños para no abrazarla.

–Quiero una prueba de ADN antes de darte un céntimo.

–¿Te he pedido yo dinero? –le espetó ella, sus ojos brillantes de rabia. Una rabia incandescente que lo llenó de admiración.

–Seguro que estabas dispuesta a pedirlo.

–No eres capaz de confiar en nadie, ¿verdad?

–No, la verdad es que no –admitió él–. Cuando uno crece en una

familia como la mía siempre hay alguien que quiere aprovecharse.

–¿Todo el mundo quiere aprovecharse de ti?

Rafiq se encogió de hombros.

–Estoy acostumbrado.

Había una perturbadora percepción en sus ojos, como si entendiera exactamente lo que sentía, como si simpatizara con él. Pero no podía ser. La había encontrado en un club de mala fama en Hong Kong y no era un sitio al que fuesen las señoritas de la alta sociedad.

–Pediré que hagan la prueba de ADN lo antes posible.

Eso le daría la respuesta que buscaba y terminaría con aquella farsa.

–Pero ibas a llevarme al aeropuerto.

–No te quedarás en Dhahara durante mucho tiempo. Tomarás un avión en cuanto tenga la confirmación de que el niño no es mío y no dejaré que me amenaces con una demanda de paternidad durante el resto de mi vida.

Una vez a la semana, Rafiq veía a su hermano Khalid para desayunar. Como los dos dedicaban parte de su vida al bienestar político y económico del país, la charla era normalmente animada, pero aquel día Rafiq estaba distraído por la prueba de ADN que había pedido después de su discusión con Tiffany.

Y, sin que se diera cuenta, se encontró preguntando:

–Khalid, ¿has pensado alguna vez lo que pasaría si dejaras embarazada a una mujer?

Su hermano lo miró, perplejo.

–Yo tengo mucho cuidado para que eso no pase.

También lo había tenido Rafiq… o más bien había sido un idiota.

–¿Pero y si ocurriera de todas formas? ¿Qué harías?

Khalid parecía desconcertado.

–No lo sé. Un aborto está fuera de la cuestión, pero supongo que dependería de la situación… me refiero a que la mujer tendría que ser alguien con quien pudiera casarme. Una mujer apropiada.

Pensar en la noche que conoció a Tiffany hizo que Rafiq apretase los labios. Tiffany no podía ser menos «apropiada».

–Eso es verdad.

Y ahí estaba el problema.

–Por supuesto –dijo su hermano, mirándolo con extrañeza.

–En nuestra familia nunca ha habido un heredero ilegítimo y supongo que un matrimonio poco adecuado sería mejor que eso. Más tarde podría divorciarme y buscar una segunda esposa que pudiera cumplir con sus obligaciones.

Rafiq nunca había creído que casarse con Tiffany pudiera ser una opción, pero lo pensó mientras tomaba su aromático café.

–Podría ser una idea.

–Aunque nunca es popular que haya divorcios en la familia real.

Rafiq no era el heredero y no iba a ocupar el trono, de modo que su divorcio no atraería la misma censura.

Casarse para que el niño fuera legítimo y divorciarse después podría ser una idea… si el niño era suyo.

Rafiq dejó la taza sobre el plato y levantó la mano para mirar el reloj. Hora de irse. Tiffany estaría esperándolo en casa.

–Es más tarde de lo que pensaba y tengo una cita.

–Pero si yo me casara con ella para divorciarme luego me aseguraría de que el niño estuviese controlado –dijo Khalid entonces.

–Sí, claro. Hasta luego.

Mientras Khalid sacudía la cabeza, Rafiq se dirigió a la puerta del hotel. A veces las soluciones a problemas que parecían imposibles eran más simples de lo que uno creía.

La consulta del médico era sorprendentemente moderna. Las mesas de cristal y las fotografías de flores en las paredes le daban a la sala un aspecto muy contemporáneo. Nada que ver con los muebles antiguos que Tiffany había esperado. Y más sorprendente aún fue que la atendiese una mujer. Aunque eso no debería haberla sorprendido. Sin duda, muchos hombres de Dhahara preferían que a sus mujeres las atendiese una persona de su mismo sexo.

Pero fueron las palabras de la doctora lo que provocó la tensión. Sacudiendo la cabeza, Tiffany se volvió hacia Rafiq, desafiante.

–No estoy de acuerdo con eso.

Rafiq sonrió a la doctora Farouk.

–Perdónenos un momento, por favor.

–Sí, claro, alteza. Estaré en la otra habitación si me necesita.

¿Unas palabras y la doctora salía de su propia consulta? Tiffany se quedó sorprendida por esa demostración de poder.

Era lógico que Rafiq creyera que podía conseguir todo lo que quería.

–No pienso firmar el consentimiento para la prueba –le dijo, señalando el papel que había sobre la mesa.

Rafiq se pasó una mano por el pelo, alborotándolo sin querer.

–Si yo estoy dispuesto a pasar por la indignidad de una prueba, ¿por qué no puedes cooperar tú?

–¿Una prueba de saliva? –replicó ella, irónica–. Eso no es nada. Si fuera una simple prueba de saliva no me importaría, pero ya has oído a la doctora: conseguir el ADN del feto no va a ser tan fácil.

Lo había dejado bien claro: para conseguir el ADN del niño había que practicar una operación.

Como Tiffany sólo estaba embarazada de diez semanas, no podían hacerle una amniocentesis y, en lugar de eso, debían tomarle una muestra de vellosidades coriónicas.

–No vas a hacerme cambiar de opinión –le advirtió.

–Sé razonable, Tiffany…

–¿Razonable? Ya has oído a la doctora. El procedimiento es peligroso para el feto.

Rafiq hizo un gesto con la mano.

–El porcentaje es muy pequeño…

–Un aborto, sea el porcentaje que sea, es algo a lo que yo no me quiero arriesgar.

Rafiq frunció el ceño, mirándola con expresión sombría.

–¿Y cómo voy a averiguar si el niño es hijo mío?

Tiffany lo miró a los ojos, decidida a no dejarse amedrentar.

–¿Estás dispuesto a arriesgar su vida para evitar la responsabilidad de ser padre?

–Eso no es verdad…

–Pues claro que es verdad –lo interrumpió ella–. Podrías esperar a que naciera el niño y luego hacer la prueba pero no, eso no le parece bien al gran jeque. Estás dispuesto a arriesgar la vida del niño para conseguir la respuesta que esperas. ¡Pero yo no voy a dejar que eso ocurra!

–Tú no estás en posición de dar órdenes –le recordó él.

–Estoy en la mejor de las posiciones. No pienso firmar ese

documento.

–Entonces perderás la oportunidad de conseguir un acuerdo económico.

–No necesito tu dinero. Sólo quería que supieras… –Tiffany no terminó la frase.

¿Cómo podía explicárselo? Su infancia había sido menos que perfecta, siempre interrumpida por las aventuras de su padre y las discusiones entre su padre y su madre. Rafiq era un hombre distante, pero lo había creído honorable. Y ella quería que su hija tuviera un padre.

–Un día, mi hija querrá saber quién es su padre –le dijo, poniendo una mano sobre su abdomen– y yo quiero que lo sepa.

–Yo también. No estoy intentando evitar la responsabilidad.

Aparentemente, la acusación lo había molestado.

–Tiffany, si ese niño es hijo mío cuidaré de él.

–El niño será mío también, no lo olvides.

–Por eso no tienes más remedio que hacerte la prueba, para que yo pueda darle lo mejor –insistió Rafiq.

Pero no parecía tan seguro como antes.

–Podrías aceptar mi palabra –sugirió Tiffany. Pero él negó con la cabeza–. Pues entonces no te queda más remedio que esperar a que nazca el niño.

Rafiq se levantó y empezó a pasear por la consulta.

–Ninguna de las dos es una opción que esté dispuesto a aceptar. Yo quiero pruebas de que ese niño no es hijo mío para poder escoltarte fuera del país.

–No pienso arriesgarme a un aborto y tú no puedes obligarme a hacer esa prueba –insistió Tiffany.

¿O si podía? Aquél era su país, después de todo, y pertenecía a la familia real. Cuando llegó a Dhahara no sabía que tuviese tanto poder, que fuera el hijo del rey. Y cuando lo descubrió pensó que no estaría interesado en el niño.

Pero empezaba a asustarse. Su familia hacía las leyes en aquel país. Rafiq podría hacer lo que quisiera con ella. ¿Podría obligarla a hacer la prueba?, se preguntó. ¿La obligaría a seguir en Dhahara aunque quisiera marcharse?

Antes de que el miedo pudiera convertirse en pánico, Tiffany se volvió hacia él. El traje de chaqueta parecía hecho a medida, sus

zapatos eran brillantes, no tenía un pelo fuera de su sitio. Parecía recién salido de las páginas de una revista de moda.

–Te dije que me habían robado el pasaporte y tú no me creíste, pero era cierto.

–Me chantajeaste.

–Ésa es tu interpretación –Tiffany se apartó el flequillo de la cara–. Imagino que pensarías que no ibas a ver ese dinero nunca más, pero te lo he devuelto. Ahora estoy embarazada y tú lo veías como otro engaño, pero estamos en la consulta del ginecólogo y ahora sabes que es verdad.

–Sí, claro –dijo él, irónico.

–Por mucho que te digas a ti mismo que me he acostado con todo Hong Kong, debes saber que existe una posibilidad de que seas el padre de mi hijo…

Nada de lo que decía parecía hacer mella en él.

–Usamos un preservativo –le recordó Rafiq.

–Y, por supuesto, tú quieres creer que los preservativos nunca fallan porque te conviene. Pues lo siento, pero esta vez falló. A veces pasa. Como algo podría fallar si la doctora me hiciese esa prueba y por eso no pienso arriesgarme.

Que fuese tan egoísta como para querer que pusiera en peligro la vida de su hija la había hecho pensar que tal vez Rafiq no era el hombre que ella había creído que era.

Rafiq no creía que fuera su hija, de modo que no había razones para esperar que quisiera retenerla. Y cuanto antes se marchase del país, mejor.

Después de tomar la decisión, la tensión empezó a desaparecer.

–Será mejor que me vaya de Dhahara. Hoy, en el primer vuelo que pueda encontrar. Cuando nazca la niña será muy fácil hacer una prueba de ADN. La solución es simple. Vamos a dejar esta discusión hasta entonces.

Pero en lugar de parecer contento, Rafiq arrugó el ceño.

–¿Y dónde irías?

Estaba preocupado por la posibilidad de un escándalo y lo comprendía porque ése había sido su mundo durante mucho tiempo.

–A casa de mis padres, en Nueva Zelanda –contestó. Pensó entonces contarle algo más sobre ellos, pero decidió que no era

relevante. Además, ni siquiera sabía dónde estaba su padre.

–Aunque seguramente mi madre tendrá que vender la casa.

–Tiffany…

–Hay un pueblecito en la costa al que solía ir de niña –siguió ella, emocionada al recordar esos tiempos en los que había sido tan feliz–. Podría ir allí.

Él no parecía más contento en absoluto.

–Pensé que querías conocer a mi familia.

–Sí, es verdad. Al fin y al cabo, también son la familia de mi hija. Pero tú has dejado bien claro que quieres librarte de mí. ¿Por qué de repente quieres que los conozca?

–¿Y por qué quieres marcharte tú después de venir hasta aquí? ¿Y si el niño fuera mío?

Su hija no merecía un padre que estaba dispuesto a arriesgar su vida para evitar una demanda de paternidad. No, Rafiq no sería un buen padre, de modo que ella haría todo lo posible para hacer los dos papeles.

–¿Te importa de verdad?

–Sí, me importa –contestó él.

–Cuando haya nacido y se haya confirmado la paternidad podrás decidir si quieres ser parte de su vida.

–Puedes apostar lo que quieras a que será así.

Parecía tan apasionado, tan convencido, que Tiffany ya no sabía qué pensar.

–Mi hijo no será ilegítimo –siguió él–. En mi familia nunca ha habido hijos ilegítimos, por eso necesito saber si es mío o no.

No le importaba el niño en absoluto, sólo la cuestión legal.

–Da igual que sea ilegítimo o no. Yo lo querré por encima de todo –replicó Tiffany–. Y nunca lo obligaría a vivir con unos padres que no se quieren.

Sus padres habían estado locamente enamorados cuando se casaron, pero el matrimonio se había convertido en un campo de batalla porque él era incapaz de serle fiel.

Cuando ella se casara elegiría con mucho cuidado. Buscaría un hombre normal, alguien que quisiera formar una familia.

–Sí importa –insistió Rafiq, apretando los puños.

–Pues lo siento, pero la cita ha terminado. No voy a hacerme esa prueba, así que la discusión es irrelevante.

–Entonces tendré que aceptar tu palabra –dijo Rafiq–. Pero si me estás mintiendo, lo lamentarás.

–No estoy mintiendo…

–Muy bien, entonces no hay más que una solución: tenemos que casarnos –la interrumpió él.

–¿Casarnos?

Tiffany lo miraba como si hubiera perdido la cabeza.

Y tal vez así era. Rafiq contuvo el deseo de sonreír. Evidentemente, no entendía que le estaba ofreciendo algo que querrían muchas mujeres.

¿Pero qué otra cosa podía hacer? Usaría las ventajas que le daban las leyes de su país, se casaría con ella y si el niño era suyo se quedaría con la custodia.

–No voy a casarme contigo –anunció Tiffany.

Lo decía como si él fuera una variedad particularmente desagradable del sexo opuesto.

–En realidad es tu día de suerte –dijo Rafiq, tomando su mano–. Muchas mujeres querrían casarse conmigo.

Ella abrió la boca, pero ningún sonido salió de su garganta.

–Y no dirás que tú eres totalmente diferente a esas mujeres, ¿verdad, Tiffany?

Al ver el brillo de sus ojos supo que recordaba claramente lo que había pasado la última vez que juró no encontrarlo encantador. De hecho, su determinación de demostrar que sí lo encontraba atractivo era lo que había llevado a aquel intento de chantaje.

Eso debería enfurecerlo, pero no era así. Recordaba la suavidad de su piel, la pasión de sus besos y todos los detalles de lo que había ocurrido aquella noche en Hong Kong.

Tiffany era irresistible.

Y, conteniendo una maldición, se dio cuenta de que quería besarla otra vez.

–Tiffany…

Rafiq se levantó para poner las manos sobre sus hombros, respirando su perfume, llenando sus sentidos de ella hasta que no podía esperar más.

Besar a Tiffany fue como redescubrir un secreto oasis lleno de palmeras y fragantes gardenias. Ni siquiera sabía que la echase

tanto de menos y, sin embargo, estaba ahogándose en ella.

Con los ojos cerrados, se tomó su tiempo para redescubrir la suavidad de su boca y cuando el beso terminó, el deseo de volver a hacerlo lo cegaba. Pero Tiffany se apartó.

–¡No quiero que me beses! –gritó, llevándose una mano a los labios.

Rafiq contuvo el impulso de demostrar que estaba mintiendo.

–No hay nada malo en darle un beso a mi futura esposa –le dijo.

–No –murmuró ella, negando con la cabeza–. No vamos a casarnos.

Rafiq sonrió para disimular su impaciencia. La deseaba y la tendría una vez que estuvieran casados. Se saciaría de ella antes de dejarla ir, pero Tiffany no tenía por qué saberlo.

–Casarte conmigo era lo que tú querías al venir aquí. Dices que no quieres dinero, de modo que lo único que queda es el matrimonio –Rafiq sonrió, sarcástico–. Bueno, pues ya has conseguido lo que querías.

–¡Yo no quiero casarme contigo!

–¿Has venido aquí porque querías casarte con otra persona? –replicó él.

Tiffany lo miró con expresión desafiante, pero un segundo después vio un brillo de tristeza en sus ojos.

Había otra persona.

Y, de repente, sintiendo el deseo de hacerla suya, la apretó contra su pecho, enredó los dedos en su pelo e invadió su boca.

Su embriagador aroma llenaba sus sentidos mientras sus lenguas bailaban el mismo baile.

Sólo pensaba en ella, en nada más. El resto del mundo había desaparecido. Había perdido la cabeza y le daba igual. No le importaba que la doctora Farouk volviese a la consulta y lo viera besándola. Sólo existía Tiffany.

Y Tiffany iba a casarse con él.

Sólo con él.

Rafiq se apartó, sujetando sus brazos con manos temblorosas.

–No puedes compartir eso con otro hombre.

–No, es verdad.

Desconcertado, Rafiq sacudió la cabeza. ¿Había imaginado su expresión? No, estaba allí; aquel brillo de anhelo en sus ojos… y no

era por él.

–¿Dónde está ese loco que te permite ir sola a bares de mala muerte? ¿Qué clase de hombre es?

–Aún no lo conozco.

–¿Qué? –Rafiq sintió como si el mundo se hubiera puesto patas arriba–. ¿Estamos discutiendo por un hombre que ni siquiera existe?

–Claro que existe –dijo ella, con expresión soñadora–. Yo sé que existe. Está ahí, en algún sitio –de repente, su rostro se ensombreció–. Pero te aseguro una cosa: no se parece nada a ti. No es desconfiado ni frío ni brusco como tú.

–¿Y cómo es entonces? –replicó Rafiq, sarcástico.

–Es normal, no es una persona famosa ni rica. No vive en una casa elegante ni parece un actor de cine y esas cosas le dan exactamente igual.

–Ah, gracias.

–No me refiero a ti –dijo Tiffany entonces–. Estoy intentando explicar qué clase de hombre es: un hombre que quiere formar una familia, nada más.

–¿Y qué lo hace tan especial?

–Que me quiere –contestó ella–. Y que yo soy la persona más importante del mundo para él. De hecho, yo soy todo su mundo. Nada de la pompa y la circunstancia que llena tu vida.

De repente, Rafiq empezó a verlo todo rojo. Pero no podían ser celos, se dijo. Ese hombre no existía siquiera. Pero cuando miró sus ojos, del color del desierto al atardecer, algo dentro de él se encogió.

Tiffany estaba diciendo la verdad. No lo deseaba. Quería a otro hombre… alguien que él nunca podría ser.

Capítulo 7

Tiffany había ganado la batalla sobre la prueba de ADN, pero la tensión que había en la limusina cuando salieron de la consulta le advertía que aún quedaban muchas batallas por delante.

Rafiq rompió el silencio inclinándose hacia delante para darle instrucciones en árabe al conductor.

–Vamos a seguir caminando –dijo, cuando el coche se detuvo.

Tiffany contuvo el aliento al ver el parque que había frente a ellos, lleno de árboles, zonas verdes y rosales.

–¿Dónde estamos?

–En el jardín botánico, entre el hospital y la universidad. Lo creó uno de mis antepasados a quien encantaban los jardines y las rosas.

–Es precioso, tan verde. No es algo que esperase encontrar en el desierto.

–Las sorpresas inesperadas a menudo superan nuestras expectativas.

–¿Es un proverbio? –le preguntó Tiffany. Y cuando sus ojos se encontraron hubo un segundo de intimidad entre los dos.

–No, se me acaba de ocurrir –respondió Rafiq, con una sonrisa en los labios.

La tensión empezó a desaparecer y Tiffany sonrió también.

–Es un sitio muy romántico.

–No esperarás encontrar al hombre de tus sueños aquí –el rostro de Rafiq se volvió tenso–. Tienes que aceptar de una vez que vas a casarte conmigo.

Tiffany se mordió los labios. Casarse con Rafiq haría que el desastroso matrimonio de sus padres pareciese cosa de niños por comparación. Pero su expresión le dijo que debía ir con cuidado. Podría no creer que el niño era suyo, pero temía el escándalo y estaba dispuesto a controlarlo como fuera.

Cuando llegaron a la rosaleda se sentó en un banco, bajo un macizo de rosas blancas, y Rafiq se detuvo a su lado.

–Rafiq, sé razonable…

–Estoy siendo razonable –la interrumpió él, mirándola con expresión arrogante.

–Ni siquiera crees que el niño sea hijo tuyo –Tiffany se llevó una mano al abdomen–, y sin embargo estás dispuesto a casarse. ¿Eso es razonable?

–Tú no has querido hacerte la prueba y yo no te he obligado. Estoy dispuesto a aceptar tu palabra y a casarme contigo para saber la verdad una vez que nazca el niño, como tú has sugerido ¿Cómo puedes acusarme de ser poco razonable?

¿Cómo era capaz de darle la vuelta a todo para que pareciese culpa suya?, se preguntó ella, enfadada. Pero intentó calmarse, dejando que la cálida brisa acariciase su cara.

–Lo único que quiero es que mi hija sepa quién es su padre. Y saber si tú estás dispuesto a portarte como tal.

Rafiq inclinó la cabeza.

–Ah, claro, debería haberlo imaginado. Has venido para hacerme firmar algún documento aceptando la paternidad del niño. Un documento con el que podrías pedirme una pensión, naturalmente.

–¡No he venido aquí por dinero! –exclamó Tiffany.

No era una cuestión de dinero y tampoco de ego, ni el suyo ni el de Rafiq. Era por su hija.

–Ya da igual –dijo él–. Cásate conmigo y en cuanto nazca el niño podremos hacer esa prueba. Si es mío, por supuesto que me encargaré de pagar todos sus gastos, es mi obligación.

Dinero, obligaciones. Ésas eran las razones por las que se casaba un hombre como Rafiq, pero no era la clase de matrimonio que ella quería.

–Casarnos sería un error –le dijo.

Rafiq era arrogante, incluso más que su padre. Taylor Smith había pisoteado los sentimientos de su madre sin ningún respeto. Y, como el hombre que estaba frente a ella había sido tratado como un príncipe desde el día que nació, podía esperar lo mismo de Rafiq.

Si era tan tonta como para casarse con él…

–¿Por qué sería un error? Podríamos esforzarnos. Para que un matrimonio funcione hay que esforzarse.

Tiffany lo miró, incrédula.

–¿Tú estás dispuesto a esforzarte?

Eso era más de lo que su padre había hecho nunca.

Rafiq vaciló un momento y luego sonrió, una sonrisa encantadora que, a pesar de las reservas de Tiffany, provocó un ligero cosquilleo en su interior.

–Sí, claro que me esforzaré.

–¿Lo dices en serio?

–No me crees, ¿verdad?

Tiffany se encogió de hombros.

–Imagino que tienes buenas intenciones.

–¿Por qué?

–¿Cómo?

–¿Por qué no me crees?

Muy bien, tal vez estaba equivocada. Tal vez casarse con él sería lo mejor para su hija, pero era una decisión muy difícil, seguramente la más difícil de su vida. Lo deseaba, era cierto, pero no podía dejarse llevar por sus sentidos.

Tiffany respiró profundamente, preguntándose si debía confiarle algo sobre el horrible matrimonio de sus padres… pero al final decidió no hacerlo. ¿Qué iba a importarle a Rafiq?

–Estoy dispuesto a casarme contigo. ¿Qué tienes que perder?

Lo decía como si debiera sentirse agradecida por su generosidad y eso la molestaba.

–No soy lo que tú crees. Mi padre es Taylor Smith.

–¿Y debo saber quién es Taylor Smith?

–En algunos círculos es muy conocido. Es director de cine.

–Un director de cine –Rafiq enarcó una ceja–. ¿Qué clase de películas hace?

–No son películas pornográficas, si eso es lo que estás pensando –replicó Tiffany. Las películas de Taylor Smith eran muy respetables, su vida privada era otra cosa. Y los escándalos no conseguirían la aprobación de alguien como Rafiq–. Es muy conocido, en realidad. Ha dirigido *El Legado* –Tiffany nombró una película que había sido un éxito en todo el mundo.

–Sí, creo que la vi en el avión… hace dos años. Pero si tu padre es un hombre rico, ¿qué hacías trabajando en Le Club?

–No estaba trabajando en Le Club, ya te lo expliqué. Sólo iba a hacerlo ese día porque me habían robado el bolso con el dinero y las tarjetas de crédito. Estaba sola en Hong Kong… y cuando llamé a mi casa descubrí que mi padre había dejado a mi madre por otra

mujer. Estaba destrozada, así que no podía contarle lo que me había pasado.

En el rostro de Rafiq vio emociones conflictivas.

–Imagino que fue una sorpresa para ti.

–Sí, lo fue –asintió ella, alargando una mano para tocar una rosa–. Pero yo no podía hacer nada y mi padre estaba en paradero desconocido. Y tampoco podía ponerme en contacto con su representante porque es con ella precisamente con quien se ha marchado.

–¿Y por eso…?

–¿Por eso qué?

Los ojos de color chocolate se habían vuelto negros.

–No tenías a nadie a quien pedirle dinero.

–No, no tenía a nadie. Ya te lo dije.

–Pero vender tu cuerpo…

–¡Yo no iba a vender mi cuerpo! Iba a trabajar allí un par de noches como camarera.

–Muy bien, no debería haber dicho eso. Pero ahora entiendo por qué no quieres casarte conmigo.

–¿Qué quieres decir?

–No confías en los hombres.

Tiffany frunció el ceño.

–Eso es una tontería. ¿Qué esperabas, que me echase en tus brazos al decir que querías casarte conmigo? Ah, eso es lo que esperabas –exclamó al ver su expresión–. ¿Cómo puedes ser tan arrogante?

–Cuando lo pienses te darás cuenta de que es la mejor solución para todos –Rafiq arrancó una rosa y se la ofreció–. Piensa en el niño. De esta forma, empezará su vida con un padre y una madre.

Tiffany inclinó la cabeza para oler la fragante rosa.

Sí, Rafiq tenía razón. Tenía que pensar en su hija, no en sí misma ni en lo que quería, sino en lo que era mejor para la niña. Había querido darle la oportunidad de tener una relación con su padre y Rafiq se la estaba ofreciendo.

–Necesito tiempo para tomar una decisión. Deja que lo piense.

–Yo tengo que acudir a un evento esta noche, así que puedes pensarlo hasta mañana –Rafiq sonrió entonces, una sonrisa suave y sexy que aceleró su pulso–. Pero te lo advierto: me cargaré todas tus

objeciones una por una.

El Mercedes salió en dirección al banco para las reuniones que le quedaban durante el resto del día. Pero en lugar de ponerse a trabajar en su ordenador como solía hacer, Rafiq se arrellanó en el suave asiento de cuero y miró por la ventanilla.

Tiffany pertenecía a una familia acomodada y que, seguramente, tendría muchos contactos. Eso debería alegrarlo. Desde luego, hacía que fuera más fácil presentársela a su padre como futura esposa porque seguramente al rey Selim le interesarían esos contactos. Sin embargo, Rafiq sentía como si alguien le hubiera robado un tesoro, uno que se enorgullecía de haber descubierto antes que nadie.

Por supuesto, esa revelación significaba que Tiffany no buscaba su dinero como había creído y que la única razón para casarse con él sería el niño. De hecho, no quería casarse con él.

Era algo sorprendente y que lo cambiaba todo. Porque la deseaba y no tenía intención de dejarla ir… al menos todavía no. Y menos por esos sueños fantásticos de encontrar el amor perfecto.

Tiffany había despertado un fuego, una pasión que no sabía que existiera en su interior. Y Rafiq pensaba atizar ese fuego y experimentar todo su calor.

Se casaría con él.

Esa determinación lo sorprendía. ¿Qué había sido de esa parte de él que se alejaba en cuanto su padre exigía una fecha para la boda? ¿Dónde estaba la voz de la razón que le advertía que diese un paso atrás antes de comprometerse de por vida?

Tal vez estaba callada porque esta vez tenía una vía de escape.

Rafiq miraba las calles pasar al otro lado de la ventanilla, sin fijarse en ellas. Tiffany lo había notado cuando expresó sus dudas sobre su promesa de esforzarse en el matrimonio y la solución, que tan obvia le había parecido después de su charla con Khalid, empezaba a enfangarse.

Por el deseo que Tiffany despertaba en él.

Intentaba decirse a sí mismo que aquello no iba a durar. Cuando naciese el niño, el deseo habría desaparecido y entonces haría lo que tenía pensado hacer. Si la prueba de ADN demostraba que era hijo suyo se quedaría con la custodia y se divorciaría de Tiffany. Habría cumplido con su deber, el niño sería legítimo y ella recibiría

una buena compensación económica.

Él se encargaría de su hijo y lo llevaría a los colegios adecuados para que recibiese la educación que le correspondía. El hecho de que el padre de Tiffany fuese un hombre rico era un inconveniente, pero Rafiq no tenía la menor duda de que él contaba con mayores recursos en caso de que hubiera una batalla legal por la custodia. Pero, por si acaso, haría que investigasen a Taylor Smith para descubrir con qué clase de recursos contaba ese hombre y si tenía algún talón de Aquiles.

Pero si el niño no era hijo suyo…

El Mercedes giró para entrar en el garaje del banco y Rafiq aún no había encendido su ordenador para comprobar la agenda del día. Las contradicciones de Tiffany no dejaban de dar vueltas en su cabeza y no quería ni pensar lo que sentiría si todo fuese una elaborada mentira, si el niño no fuera suyo.

Pero si Tiffany le había mentido, haría que lamentase haberlo conocido.

Tiffany no podía dormir.

¿Sí o no?

¿Qué respuesta debía darle a Rafiq?

Se tumbó de lado, sujetando su abdomen y mirando la oscuridad. Si se negaba a casarse con él y se iba de Dhahara, su hija crecería sin saber que tenía un padre. ¿Pero y si Rafiq no quería saber nada de la niña más adelante, cuando fuese mayor? Al menos para entonces estaría casada con él y Rafiq habría convivido con ella, se habría formado un lazo entre los dos. Era imposible que no fuera así.

¿De verdad tenía elección?

Suspirando, se tumbó de espaldas. El hombre al que había vuelto a ver en Dhahara no era el que había conocido en Hong Kong. Había ido allí para ponerse en contacto con un banquero y se había encontrado con un jeque. Un príncipe.

Rafiq era un hombre ocupado, un hombre importante. ¿Se tomaría su tiempo con una familia que no había deseado? ¿Una hija que no sería el heredero que él esperaba? ¿O sería una repetición de su propia infancia, con un padre que nunca estaba en casa?

Por la ventana podía ver las estrellas brillando en el cielo. Había

luna llena y recordó que la noche que hizo el amor con Rafiq estaba en cuarto creciente…

Si se casaba con él sería la luna para su sol. No se tocarían nunca, separados por un espacio infinito.

Eso era todo lo que podía esperar.

Pensar eso hizo que la decisión fuera más fácil. Ella no quería ese tipo de matrimonio, de modo que rechazaría su oferta y se arriesgaría sola. Y algún día le contaría a su hija quién era su padre.

Una vez tomada la decisión que había estado atormentándola, Tiffany por fin se quedó dormida.

La decisión de rechazar su propuesta de matrimonio se vio reforzada a la mañana siguiente, cuando bajó a desayunar y Lily cerró rápidamente el periódico que estaba leyendo. Pero no antes de que Tiffany viera una fotografía de Rafiq en primera página.

–¿Puedo? –sonrió, tomando el periódico.

Lily debió ver algo en su cara porque levantó las manos en un gesto de rendición.

–No es culpa de mi sobrino, las mujeres lo han buscado desde que era un adolescente.

Rafiq le había dicho que se habían conocido por cuestiones profesionales, pero Lily debía haber visto algo más en su relación, estaba claro.

Tiffany miró la fotografía de Rafiq en un evento social, con una guapísima morena a su lado. Ésa era la razón por la que no había ido a cenar, pensó. Le había dado tiempo para tomar una decisión mientras iba con otra mujer a esa cena.

«La mayoría de las mujeres me encuentran encantador».

Aparentemente, tenía razón.

–Es preciosa –dijo Tiffany, con el estómago encogido. De modo que ya había empezado. Era igual que su padre. Siempre habría otras mujeres y saber eso le dolió más de lo que hubiera creído.

–Era la inauguración de una nueva planta del hospital –le explicó Lily–. La familia de Shenilla es muy conocida en Dhahara y seguro que a Rafiq no le importó fotografiarse con ella. Al fin y al cabo, han hecho un donativo muy importante.

Pero la posesiva mano en el brazo de Rafiq era mucho más que un gesto amable, pensó Tiffany. La pose de la joven, su sonrisa,

anunciaban total confianza en el hombre que estaba a su lado.

Ella nunca había querido un hombre que atrajese a las mujeres como la miel y no tenía intención de soportar lo que había tenido que soportar su madre.

Casarse con Rafiq era su idea de lo que debía ser el infierno en la tierra.

Iba a decirle que no, pero no sólo porque su hija mereciese algo más que un padre ausente sino porque no estaba dispuesta a tolerar una larga lista de fotos con mujeres que la hicieran estar eternamente preocupada.

Sólo tenía que comunicarle su decisión a Rafiq que, sin duda, se alegraría de librarse de ella.

–Bueno, yo tengo que subir a mi habitación –se disculpó Lily con una sonrisa.

–Sí, claro.

Tiffany se sirvió dátiles y un yogur con miel, segura de que si intentaba comer algo más sólido su estómago no se lo permitiría.

Y cuando Rafiq entró en el comedor unos minutos después, dejó discretamente el periódico sobre una silla. Ni siquiera su brillante sonrisa podía hacer que cambiase de opinión pero, de repente, sintió una arcada…

Tiffany soltó la cucharilla y se levantó de un salto.

–No tan rápido –dijo él, tomándola del brazo–. Quédate, tenemos que hablar.

–No, ahora mismo tengo que… hacer una llamada. Llamaré desde tu estudio, si no te importa.

Tiffany quería alejarse de allí para evitar una discusión, pero tal vez no debería esperar.

Cuanto antes se lo dijera, mejor.

–Tengo que pedirte una cosa –dijo Rafiq entonces–. Tenemos que crear la historia de cómo empezó nuestra relación. Seguiremos con eso de que nos conocimos por motivos de trabajo… o que nos vimos por primera vez en la universidad.

–¿Quieres decir mentir?

Él pasó por alto la pregunta.

–Fuiste a la universidad, ¿no?

–Estudié Literatura francesa e inglesa, de modo que sería raro que nos hubiéramos encontrado.

–¿Hablas francés?

Tiffany asintió con la cabeza.

–Estupendo –murmuró Rafiq–. Diremos que me ayudabas con algunas traducciones.

Tiffany sabía que debía dejar clara su postura lo antes posible.

–No he dicho que vaya a casarme contigo.

–Pero los dos sabemos cuál será tu respuesta. Sólo quiero que nuestras familias no sepan cómo nos conocimos en realidad.

Iba a tener que hacer mucho más que eso. Su padre no era un ángel precisamente y cuando Rafiq descubriera las aventuras de Taylor Smith iba a llevarse una sorpresa.

–Ahora que sabes que mi familia tiene dinero no pareces pensar que quiera chantajearte a ti o a sir Julian –le dijo, con tono amargo, el recuerdo de la fotografía de esa mujer aún en carne viva.

–El trato con sir Julian ya ha sido anunciado a los medios de comunicación. Ya no está en peligro.

Le dolía que no admitiera que había estado equivocado sobre ella, pero seguramente no lo admitiría nunca.

–No voy a casarme contigo –anunció.

Él se quedó en silencio durante unos segundos.

–¿Perdona?

–No puedo casarme contigo.

Como hija de Taylor Smith era tan poco adecuada como la camarera de Le Club que había conocido en Hong Kong. Su padre era un famoso director de cine, pero Tiffany no tenía la menor duda de que su lista de romances no sería tolerada por la familia de Rafiq.

–Tienes que casarte conmigo.

–La única razón para casarnos es legitimar a nuestro hijo, pero tú aún no estás convencido de que sea tuyo –le recordó Tiffany. Le molestaba tener que hacerlo, pero necesitaba cualquier argumento.

–La prueba de ADN nos dirá la verdad cuando llegue el momento –Rafiq tomó su mano–. Pero te equivocas, Tiffany, el niño no es la única razón para casarme contigo –le dijo, en sus ojos un brillo que empezaba a reconocer.

Oh, no.

Tiffany intentó apartarse, pero cuando él deslizó un dedo por su cara sintió un cosquilleo inesperado.

–Rafiq, esto no va a funcionar.
–Esto siempre nos funciona.
No, aquel día no, pensó ella, intentando enfadarse.
–No has visto la fotografía del periódico.
–¿Qué, una foto con la hija de un hombre que donó dinero para una causa de la que yo soy socio de honor?
–A mí no me ha parecido una fotografía tan inocente.
–Tenía una mano sobre mi brazo, pero yo no la tocaba. Además, eso es cosa de los paparazzi, siempre buscando algún escándalo.
Parecía realmente impaciente, pero Tiffany había aprendido desde muy pequeña que donde había humo solía haber fuego. Una fotografía de su padre con una actriz que lo miraba con cara de adoración solía acabar siendo una aventura poco después.
Y Rafiq había admitido la noche que se conocieron que las mujeres lo encontraban encantador, de modo que estaba advertida.
Tiffany tomó el periódico de la silla y volvió a mirar la fotografía. Rafiq estaba mirando a la cámara, su expresión indescifrable. No sonreía a la mujer que estaba a su lado, ni la menor pista de que entre los dos hubiera un romance. ¿Sería diferente a su padre? Le gustaría pensar que era así, pero no tenía la menor intención de engañarse a sí misma.
Tal vez la mujer del periódico era de verdad la hija de un hombre que había hecho una donación importante para el hospital…
Tiffany dejó escapar un suspiro.
Rafiq no se había molestado en mirar el periódico porque, evidentemente, le daba igual lo que creyera. Y la angustia que sentía desde que vio la fotografía se intensificó. Era una angustia que empezaba a preocuparla seriamente.
–¿Has estado enamorado alguna vez? –le preguntó entonces.
–¿La clase de amor de la que hablan los poetas? –Rafiq hizo una mueca–. Probablemente no. Pero la clase de amor que te hace desear a una mujer… sí, varias veces.
De nuevo, el corazón de Tiffany dio un vuelco.
Pero ella había preguntado, ¿no? No podía quejarse si le respondía.
–Y, sin embargo, no te has casado nunca.
–Consideré la idea de casarme un par de veces.

Tiffany parpadeó.

–¿Y por qué no te casaste?

Rafiq se encogió de hombros, apartando la mirada. Su pelo brillaba bajo el sol que entraba por la ventana del comedor.

–Las presiones, las expectativas. Sólo tenía que mostrar cierto interés por una mujer y mi familia, la familia de ella y todos los periódicos empezaban a buscar fecha para la boda.

Su sinceridad la sorprendió.

–Te sentías atrapado.

–Sí.

–Y, sin embargo, me has pedido que me casara contigo… no, has exigido que me case contigo. Pero después de lo que acabas de contarme, ¿cómo voy a creer que no te echarás atrás en el último momento?

–Tengo que casarme contigo, Tiffany. Estás embarazada… o eso dices –Rafiq sonrió–. Y en este momento, tienes la ventaja de que tu padre no ha redactado ya un pliego de condiciones.

–¿Y se supone que eso debe ser un alivio?

Rafiq soltó una carcajada, pero ella permaneció seria.

Empezaba a pensar que el problema era mucho mayor de lo que había creído. El hombre que le había pedido que se casara con él se veía atrapado por el truco más antiguo del libro: un embarazo. Y estaba tan asustado de que intentasen atraparlo como ella de que la engañasen.

–¿Esperas un matrimonio de conveniencia? –le preguntó Rafiq.

–¿Quieres decir sin sexo?

Él era un hombre apasionado. La noche que pasaron juntos en Hong Kong había demostrado eso sin la menor sombra de duda. Y estaba segura de que no querría un matrimonio sin sexo. A menos que pensara buscar eso con otras mujeres, claro.

–No sé por qué he dicho eso, es irrelevante. Yo no quiero ese tipo de matrimonio.

–Entonces el nuestro puede ser un matrimonio normal –Rafiq tiró de su mano para apretarla contra su pecho–. Con mucho sexo.

–No, eso no es lo que yo…

Antes de que pudiera terminar la frase Rafiq buscó sus labios y Tiffany saboreó en ellos el deseo. Un deseo deliciosamente tentador.

Pero no podía hacer eso…

–¡No! –exclamó, apartándose–. Tampoco quiero esa clase de matrimonio.

–Puede que pienses que un matrimonio de conveniencia sería lo mejor para el niño. O puede que esperes un cuento de hadas –sus ojos castaños se oscurecieron aún más–. Pero lo que yo te ofrezco es la clase de matrimonio que tú quieres.

–Tú no sabes lo que yo quiero.

Rafiq sonrió.

–¿Entonces por qué no me lo dices? Te aseguro que haré todo lo posible por complacerte.

Tiffany sintió un escalofrío en la espina dorsal. Le molestaba que él pudiera controlarse tan fácilmente.

–Te lo he dicho antes, no te quiero a ti. Quiero casarme con otra clase de hombre, alguien…

–Normal –terminó Rafiq la frase por ella–. Estás buscando una quimera, Tiffany. Tal vez incluso te la crees, pero un día descubrirás lo que yo ya sé: que te has engañado a ti misma. Tú no quieres un hombre normal.

Tiffany se levantó de la silla con una risa forzada, como hacía su madre cuando intentaba convencer a todo el mundo de que los coqueteos de su marido no tenían importancia.

–Imagino que ahora vas a decirme qué clase de hombre estoy buscando, ¿no?

–Sí, me estás buscando a mí.

Capítulo 8

Sus palabras quedaron colgadas en el aire y Rafiq se dio cuenta de que había sido demasiado directo. Sentimientos edulcorados sobre el amor era lo que querían las mujeres, no escuchar la cruda verdad.

Tiffany, pálida, abrió la boca para decir algo, volvió a cerrarla y por fin encontró su voz:

–Tu arrogancia no tiene límites.

–¿Has olvidado cómo terminó la conversación la última vez que me llamaste arrogante? –le preguntó Rafiq, levantándose.

Por el fuego que había en sus ojos se dio cuenta de que lo recordaba perfectamente.

–No terminará de la misma forma esta vez.

Él enarcó una ceja, burlón.

–¿Estás segura?

–¡Por supuesto!

–Me gustan los retos –dijo Rafiq. Y vio, con satisfacción masculina, cómo ella se ponía pálida

–Espera... –Tiffany dio un paso atrás–. No quiero que lo interpretes como un reto para llevarme a la cama.

–¿Estás de acuerdo en que sería así de fácil?

–Definitivamente, no.

A pesar de estar excitado, Rafiq empezaba a pasarlo bien y tuvo que disimular una sonrisa.

–¿Y eso es un reto para que demuestre lo fácil que sería?

–¡No! Quiero decir... –Tiffany no terminó la frase, temiendo que tomase la negativa como otro reto.

–Calla –Rafiq puso un dedo sobre sus labios–. ¿No sabes que soy un gran negociador?

La réplica de Tiffany fue interrumpida por un carraspeo en la puerta.

–Alteza, han llamado de su oficina. Tiene que acudir a una reunión.

Rafiq miró su reloj. Pero no tenía intención de decirle a Tiffany que sir Julian había llegado a Dhahara.

–Por favor, dígale a la señorita Turner que llegaré en unos minutos.

Cuando el ayudante desapareció, también desapareció el humor de sus ojos.

–Tiffany, lo que pasó entre nosotros esa noche en Hong Kong… no debería haber pasado. No fue honesto.

–Yo no tengo la menor intención de contarle nada a los paparazzi, te lo aseguro.

–Me alegra oír eso. Esa noche no debió ocurrir nunca. En realidad, no sé por qué… –Rafiq sacudió la cabeza.

Aún no entendía qué le había ocurrido, cómo había podido perder el control de esa manera. O por qué sentía la tentación de repetir la experiencia. Tanto que estaba deseando casarse con Tiffany para tenerla en su cama.

–En cualquier caso, me hago responsable de mis actos.

Tiffany levantó la mirada.

–¿Quieres decir que estás dispuesto a admitir que el niño es tuyo?

Él negó con la cabeza.

–No he dicho eso, pero estoy dispuesto a admitir que es posible que lo sea. Y por esa razón quiero casarme contigo.

–¿Aunque te sientas atrapado?

Rafiq vaciló durante un segundo y, al final decidió no contestar. Ya le había dicho que la deseaba, no necesitaba saber el poder que tenía sobre él. Pensaba en ella a todas horas, algo que no le había ocurrido nunca. Pero no había nada de malo en hacerla creer que sólo se casaría con ella empujado por su sentido del deber.

–Descubriremos la verdad cuando nazca el niño. Hasta entonces, tal vez no deberíamos volver a hablar del asunto. Además, es hora de que conozcas a mi familia, ¿no te parece? –le preguntó, con una sonrisa en los labios–. Les pediré que vayan a Qasr AlWard, la casa de mi hermano, este fin de semana. Creo que te gustará.

Tiffany abrió mucho los ojos.

–Espera… no puedes soltar una bomba así y marcharte como si no pasara nada.

–Contestaré a tus preguntas más tarde.

Rafiq se llevó su mano a los labios y Tiffany contuvo un gemido.

–Pero…

–Si no me marcho ahora mismo llegaré tarde a la reunión. Enviaré un coche a buscarte a las cinco y esta noche haremos planes para la boda.

Rafiq tenía razón.

Tiffany estaba en la bañera de mármol, con sus grifos en forma de delfín, dándose un baño de espuma mientras intentaba admitir la verdad. Había estado engañándose a sí misma; lo deseaba a él, sólo a él. Sólo Rafiq había despertado en ella una emoción tan poderosa. Sólo Rafiq había provocado un incendio que la hacía derretirse cada vez que estaba a su lado.

Había ido a Dhahara pensando en el futuro de su hija y había descubierto a un hombre del que ya no estaba segura de poder apartarse.

¿Por qué no iba a casarse con él?, se preguntó.

Porque aún seguía aferrándose a sus sueños. Porque quería algo más que un amante para ella y un padre para su hija. Quería un hombre que se casara con ella no sólo porque estuviese embarazada, no sólo porque fuese a darle un heredero, sino porque la quisiera. Pero eso era sólo una fantasía.

La realidad era que cuando Rafiq descubriese las aventuras de su padre sería peor que un escándalo por un hijo ilegítimo. Y, casi con toda seguridad, en ese momento querría librarse de ella.

Sir Julian Carling tenía motivos ocultos.

Rafiq se dio cuenta en cuanto el hombre entró en la sala de juntas del banco. Y cuando terminó la conversación sobre el nuevo hotel, sir Julian le habló de lo que realmente le interesaba:

–Mi hija, Elizabeth, se quedó encantada contigo.

Rafiq apenas podía recordar a la chica que sir Julian le había presentado unos meses antes y, sonriendo, guardó su ordenador portátil en la funda.

–Seguro que cualquier hombre se sentiría halagado por sus atenciones.

–Va a venir a Dhahara –dijo sir Julian, arrellanándose en el

sillón–. La única razón por la que no ha venido conmigo ahora es que tenía trabajo. Ya sabes que trabaja en la empresa Carling, pero le gustaría conocerte mejor. Tal vez, cuando llegue, podríamos hablar de construir un segundo hotel en una de las ciudades del desierto.

Era un soborno.

Rafiq no había conseguido permanecer soltero durante más de tres décadas sin desarrollar un curioso sexto sentido sobre padres casamenteros. Pero esta vez tuvo la impresión de que estaba tratando con un experto manipulador.

–Julian, debo informarte de que voy a casarme. Mi esposa y yo seguramente estaremos fuera cuando llegue tu hija.

–¿Casarte? –repitió él, enojado–. Cuando hablé con tu padre hace un par de días, él mismo sugirió que Elizabeth viniera a Dhahara. No me dijo nada de que fueras a casarte.

Porque su padre no lo sabía, claro. Y Rafiq podría haberlo estrangulado. Había dicho de broma que Elizabeth Carling podría ser una buena esposa para Khalid, pero ahora estaba claro que el rey Selim tenía otras intenciones.

–Mi prometida y yo nos casaremos antes de que termine la semana –anunció, con total confianza. No le daría ni a Tiffany ni al rey elección en el asunto. Además, Tiffany se había convertido en una tentación a la que no podía resistirse.

–Pues entonces tendré que estar aquí para la boda.

–Mi prometida quiere una boda sencilla, sólo con la familia –dijo Rafiq entonces.

Tiffany no sabía lo que esperaba, pero desde luego no era la fortaleza de piedra quemada por el sol que apareció en medio del desierto.

–Dios mío –murmuró, asomando la cabeza por la ventanilla.

–Qasr AlWard –anunció Rafiq cuando el coche se detuvo en el patio.

–¿Tu hermano y tu cuñada viven aquí?

–Sí, pasan todo el tiempo posible en Qasr AlWard.

Cuando el chófer le abrió la puerta, Tiffany recibió un golpe de calor.

–Pues me parece que no voy vestida de manera adeudada –

murmuró, señalando su sencillo vestido blanco.

–No te preocupes por eso. En general, mi hermano Shafir está cubierto de arena, ni se fijará en lo que llevas puesto –había un brillo de humor en los ojos de Rafiq–. Pero si tu atuendo te preocupa, te aseguro que podremos encontrar algo que sea más de tu agrado.

Shafir Al Dhahara, que apareció en la puerta con una inmaculada túnica blanca, era un hombre alto que se parecía a Rafiq. Pero su mujer, Megan, fue una sorpresa. Era una chica encantadora.

–He oído hablar de ti –dijo un hombre alto y moreno con ojos como el oro líquido que apareció en lo alto de la escalera–. Rafiq, ¿no vas a presentarnos?

Rafiq hizo un gesto con la mano.

–Tiffany, te presento a mi otro hermano, Khalid.

Ella sonrió, preguntándose cuántos hermanos tenía.

Y, como si hubiera leído sus pensamientos, Khalid dijo entonces:

–Somos tres. Yo soy el mayor y Rafiq es el bebé de la familia.

Sí, menudo bebé.

Tiffany esperó que Rafiq objetase, pero en lugar de hacerlo abrazó cariñosamente a su hermano.

–Padre vendrá más tarde porque tenía una reunión con el consejo de ancianos. Venga, vamos dentro.

La idea de conocer al padre de Rafiq, el rey de Dhahara, hacía temblar a Tiffany. Pero antes de que pudiera seguir pensando en ello, la mujer de Shafir se acercó.

–¿Quieres beber algo? Las próximas horas van a ser moviditas.

–Sí, gracias, un refresco me vendría bien.

–Vuelvo enseguida.

Tiffany miró a Rafiq con cara de sorpresa.

–¿Qué ha querido decir con eso?

–Nada, nada…

–Contéstame –insistió ella, poniendo una mano en su brazo.

–Ah, mira los tortolitos –dijo Shafir, riendo.

–Déjalos en paz –intervino Megan–. Rafiq, tú puedes usar tu habitación de siempre. Tiffany, por el momento te he asignado una habitación en el antiguo harem, pero no te asustes.

La información la dejó asustada, sin embargo.

–¿Necesito una habitación? –preguntó. Rafiq no le había dicho que fuesen a dormir allí.

–Enviaré a una de las criadas para que te ayude a vestirte para la fiesta. ¿Para que la ayudase a vestirse? Tiffany supo entonces lo que debió sentir Alicia al caer por el agujero del conejo.

–¿Qué fiesta? No sabía que tuviera que venir arreglada para una fiesta.

–Megan –la llamó su marido, tomándola del brazo–, hablas demasiado.

Ella miró alrededor con expresión resignada.

–¿He vuelto a meter la pata?

–¿Se puede saber qué pasa? –preguntó Tiffany.

–¿Por qué nadie me ha dicho que no sabía nada? –exclamó Megan.

–¿Saber qué?

–Ven conmigo un momento –Rafiq intentó llevarla hacia la puerta, pero Tiffany permaneció inmóvil.

–¿Pero qué pasa?

–Mi familia, toda mi familia, vendrá aquí esta noche para celebrar nuestro compromiso.

Ella lo miró, boquiabierta.

–¿Nuestro compromiso?

–Deberías intentar seducirla, Rafiq –la voz masculina fue seguida de un coro de risotadas.

–¿Saben que estoy embarazada? –murmuró Tiffany, sintiendo que se ponía colorada hasta la raíz del pelo.

–No le hagas caso a mi hermano –dijo él–. Es una broma. Una vez le aconsejé que sedujera a Megan… sólo esta devolviéndome la pulla.

–¿Y la sedujo?

–No, en realidad la secuestró.

–¿Qué? –Tiffany lo miró, atónita–. ¿En serio?

–La trajo aquí y la encerró con llave.

–Lo dirás de broma…

Rafiq negó con la cabeza.

–No, lo digo en serio. Pregúntale a Megan.

–¿Qué va a pensar Tiffany de mí? –protestó la mujer de su hermano.

–Calla, esposa –dijo Shafir. Y todos rieron.

–¿Tu marido te secuestró? –Tiffany miró a la otra mujer, convencida de que estaban tomándole el pelo.

–Sí, bueno, es una larga historia. Pero entonces no era mi marido.

–¿Y te mantuvo encerrada con llave hasta que aceptaste casarte con él?

Megan negó con la cabeza, tomando la mano de su marido.

–No me obligó a casarme con él. En realidad, estaba intentando impedir que me casara con el prometido de Zara.

–¿El prometido de Zara? –Tiffany miraba de unos a otros sin entender una palabra–. Pero Zara es la hija de Lily… ¿no está en Los Ángeles?

Shafir rió de nuevo.

–No te preocupes. Como ha dicho mi mujer, es una historia muy larga.

–Pues parece una historia que yo debería conocer.

–No antes de casarte conmigo –dijo Rafiq–. Aunque tal vez voy a tener que encerrarte bajo llave como hizo Shafir.

–¿Cómo dices?

Rafiq vio que estaba enfadada de verdad y le hizo un gesto a sus hermanos.

–Perdonadnos un momento, por favor…

Y luego pasó un brazo por sus hombros y otro por detrás de sus rodillas y la tomó en brazos. Tiffany enterró la cara en su pecho para no oír las risas de los demás mientras salían de la habitación.

Cuando llegaron a una salita con cimitarras adornando las paredes, Rafiq la dejó en el suelo.

–¿Cómo has podido hacer eso delante de tu familia? ¿Y cómo has podido anunciar nuestro compromiso sin decirme nada? ¡Ni siquiera he aceptado casarme contigo!

–Claro que te casarás conmigo.

–Pero si aún no he dicho que sí.

Rafiq arqueó una ceja en un gesto que empezaba a resultarle familiar.

–Pues di que sí.

Después de ver el cariño con que Shafir trataba a Megan, Tiffany sentía la tentación de dejarse llevar. Cuando fue a Dhahara a

contarle que estaba embarazada, una proposición de matrimonio era lo último que había esperado. Y, sin embargo, la tentación empezaba a ser irresistible.

–No me mires con esa cara de desesperación.

–No estoy desesperada –dijo ella.

–Sólo el amor hace que uno se desespere –Rafiq sonrió, apretando su mano–. Y el nuestro no será un matrimonio por amor.

Se quedó callado después de eso y Tiffany se preguntó cómo esperaba que respondiera.

–Lamentarás haberte casado conmigo.

–¿Qué quieres decir?

–Los paparazzi adoran a mi padre. Siempre tienen algo interesante que contar sobre él.

–¿Quieres decir historias sobre Hollywood?

–No, nada de eso. Mi padre tiene aventuras con actrices y modelos –Tiffany apretó los puños–. No creo que eso le haga mucha gracia a tu familia.

–Tiffany… –Rafiq puso las manos sobre sus hombros y la apretó contra su pecho tan sólido, tan masculino–. Yo voy a casarme contigo, no con tu padre.

–Pero él podría avergonzar a tu familia.

–No sería culpa tuya.

El último bastión de su defensa había caído y, de repente, los ojos de Tiffany se llenaron de lágrimas. Sin pensar, levantó una mano para tocar la pechera de su camisa.

–Gracias –murmuró.

¿Qué podría perder? Apartándose un poco, lo miró a los ojos antes de decir:

–Muy bien, me casaré contigo.

Capítulo 9

El certificado de matrimonio había sido firmado. Una vez que Tiffany aceptó su proposición, Rafiq no perdió el tiempo.

Pensó entonces en su hijo. O su hija tal vez, como decía Tiffany…

¿Cómo se sentiría si su hija quedase embarazada después de un encuentro de una noche con un extraño? Se pondría furioso.

Le había preguntado si quería invitar a sus padres, pero Tiffany había decidido no hacerlo. Su madre no estaba pasando por un buen momento y no le apetecía nada ver a su padre.

Rafiq no estaba de acuerdo, pero aceptó de todas formas. Por ella.

Ahora, rodeado de gente, esperaba frente al antiguo pozo de Ain Farrin, un pueblo cercano a Qasr AlWard, donde nacía la fuente o *ain* original, mientras veía a Tiffany acercarse por el camino rodeado de tamariscos.

Su prometida.

Llevaba un vestido largo de seda beige bordado en oro y pedrería y un delicado velo de gasa azul ocultando su pelo.

Admirando el suave ondular de sus caderas, Rafiq no pensaba en su familia ni en la gente del pueblo que había alrededor. Sólo tenía ojos para ella.

Estaba sonriendo, trémula, cuando se detuvo a su lado bajo la sombra de un viejo olivo y alargó una mano para tomar la suya.

Su prometida estaba nerviosa y, de repente, Rafiq sintió un acceso de ternura, el deseo de protegerla de cualquiera que pudiese hacerle daño.

Cerró los ojos mientras escuchaba las palabras del celebrante y, después del intercambio de anillos, se pusieron de rodillas mientras los niños del pueblo lanzaban pétalos de rosa sobre ellos.

Tiffany apartó los pétalos de su cara, con los ojos empañados.

–Ya casi ha terminado –murmuró. Y su corazón se encogió al ver un esbozo de sonrisa.

No la decepcionaría, se prometió a sí mismo. Y tampoco abandonaría nunca a su hija.

Después del banquete, volvieron a Qasr AlWard. Rafiq le dijo que Megan y Shafir les habían prestado el palacio durante unos días y saber que, a excepción de unos cuantos empleados, estarían completamente solos la ponía un poco nerviosa.

Rafiq era su marido.

Estaban casados.

Y ella estaba esperando un hijo, de modo que aquélla no iba a ser la luna de miel romántica de dos recién casados.

Sin embargo, mientras el sol se escondía en el horizonte, dándole a la arena del desierto un brillo dorado, Tiffany no podía evitar sentirse afectada por aquel sitio tan exótico. Parecía una luna de miel y su corazón palpitaba mientras Rafiq la llevaba a la habitación.

Pero al ver docenas de velas iluminando una cama enorme en el centro dio un paso atrás.

–¿Qué ha sido del matrimonio de conveniencia?

Él se volvió para mirarla.

–Eso no va a ocurrir, Tiffany. Lo dejé bien claro cuando te pregunté si era eso lo que esperabas. Te conozco mejor de lo que crees, aunque sospechaba que tú misma podrías haberte convencido de eso.

–Pero tú sabes que no puede ser.

Rafiq seguía llevando el pantalón y la túnica blancos que había llevado durante la ceremonia y la luz de las velas le daba a sus facciones un aire más cálido, más afable.

–Sé lo que quieres. Me deseas a mí.

Tiffany sintió que las piernas no la sostenían.

–Te engañas a ti mismo.

–¿Porque nunca podré ser el caballero andante de tus sueños?

–Exactamente.

–Entonces, eres tú quien se engaña a sí misma. Tú no puedes vivir sin pasión. Estás hecha para el amor, lo supe la noche que nos conocimos.

–Sólo me acosté contigo por gratitud.

Rafiq no pudo disimular una sonrisa.

–¿En serio?

–Sí –contestó ella, aunque no era cierto.

–¿Por cincuenta dólares?

–No, yo…

–¿Y esta vez vas a hacerlo porque agradeces que me haya casado contigo?

–¡Claro que no!

Tiffany se mantuvo inmóvil cuando Rafiq dio un paso hacia ella.

–Entonces debe ser porque sabes que puedo darte placer, ¿no?

–No, Rafiq, nada de sexo –dijo Tiffany, con el estómago encogido.

–Será mucho más que sexo, ya lo verás –murmuró él, con voz ronca.

Cuando rozó sus labios, Tiffany abrió los suyos sin querer. Y no tardó mucho en despertar una respuesta, aunque luchaba consigo misma para resistir. Frustrada, vio cómo Rafiq se apartaba un poco después del primer beso.

–¿Te sientes agradecida por eso?

–Cállate –musitó, sintiendo que un escalofrío de deseo la recorría de arriba abajo.

Pero cuando la abrazó de nuevo, todas sus objeciones se habían evaporado.

–Tú sabes que no te lo perdonaré, ¿verdad? –murmuró mientras Rafiq la tumbaba sobre el edredón de satén.

Riendo, él le quitó los zapatos.

–Llevo todo el día deseando hacer esto.

Cuando despertó a la mañana siguiente, se encontró con un par de ojos oscuros clavados en ella y, sin saber por qué, sintió que le ardían las mejillas.

Rafiq se apoyó en un codo para mirarla.

–No tienes por qué ponerte colorada, no hemos hecho nada de lo que debas avergonzarte. Estamos casados.

Ella murmuró algo incoherente, pero cuando intentó apartar la sábana Tiffany la agarró con las dos manos.

–¿Qué haces?

–No seas tímida –Rafiq sonrió, acariciando su estómago por encima de la sábana–. Me resulta difícil creer que aquí dentro haya

un bebé. Eras tan estrecha… podrías incluso haber sido virgen.

El sonrojo de Tiffany aumentó aún más.

–Me estás avergonzando.

–¿Por qué? Es mejor que no haya secretos entre nosotros. Sé que no eras virgen.

–Pues si no quieres que haya secretos entre nosotros deberías saber que cuando hicimos el amor en Hong Kong… sí era virgen.

Él levantó las cejas.

–No tienes por qué preocuparte. Yo no esperaba encontrar una chica inocente la noche que nos conocimos. Además, yo no quería una virgen.

Tiffany levantó la mirada entonces, molesta.

–Esperaba que me conocieras un poco mejor. Yo no miento, Rafiq. Y esa noche en Hong Kong pensaste que…

–Lo sé.

–Estaba en una situación desesperada.

–Lo sé…

–Te he devuelto el dinero que me prestaste, te he contado la verdad sobre el niño…

–Déjalo –la interrumpió él, tomándola entre sus brazos–. No importa si eras virgen o no –dijo luego, besando su frente.

Tiffany abrió la boca para decir que sí importaba, que necesitaba que confiase en ella como ella había confiado en él contándole lo de su padre. Necesitaba que demostrase su fe en ella. Y, sobre todo, necesitaba que creyera que el niño era suyo. Porque ella lo decía, no después de una prueba de ADN.

Le dolía que no fuera así, pero Rafiq descubriría que no le había mentido y entonces se vería obligado a pedirle perdón.

–Deja de mirarme con esa cara –Rafiq alborotó su pelo, riendo–. Haremos el amor y te enseñaré el desierto que tanto ha amado siempre mi familia.

¿Qué era lo que buscaba Rafiq, sólo sexo? ¿Se interesaría alguna vez por algo más que la atracción que había entre ellos?

De repente, el corazón de Tiffany pareció detenerse durante una décima de segundo. ¿Era ésa la razón por la que necesitaba desesperadamente que confiase en ella? ¿Estaba enamorada del hombre que se había casado con ella sólo por su sentido del deber?

–¿Mamá? –Tiffany apretó el teléfono contra su oreja–. ¿Cómo estás?

–Aguantando –dijo Linda Smith–. He firmado los documentos del divorcio ayer… aunque tu padre no estaba allí. Pero todo ha ido bien, como tú dijiste que iría en cuanto contratásemos a un buen abogado.

–Me alegro –Tiffany dejó escapar un suspiro de alivio. Una vez solicitado el divorcio, por fin su madre podría seguir adelante con su vida–. ¿Has pensado vender la casa de Auckland y buscar un sitio más pequeño?

Linda no quería vender la casa que había compartido con su marido, aunque era la propiedad de más valor, y Tiffany sospechaba que, a pesar de todo, seguía esperando que Taylor volviera a su lado. Algo que ella nunca podría entender.

–No, no quiero venderla. Además, tú necesitas un sitio en el que alojarte cuando vengas de vacaciones. ¿Dónde has dicho que estabas?

–En Dhahara, mamá. Pero tengo algo que decirte –Tiffany se aclaró la garganta–. No voy a volver a casa en algún tiempo. Me he casado.

Tuvo que apartarse el teléfono de la oreja cuando su madre se puso a gritar y a hacer preguntas.

–Ya sé que ha sido algo repentino, pero era lo que debía hacer. Su nombre es Rafiq… y nos casamos en un pueblecito en el desierto hace tres días.

Esta vez su madre sonaba más cautelosa que contenta:

–¿Hace tres días? ¿En el desierto?

–Sí, Dhahara es un reino en medio del desierto. Rafiq es miembro de la familia real.

–Cariño, ¿y cuándo vendrás a verme?

A Tiffany se le encogió el corazón.

–Pronto, ya lo verás. Rafiq viaja mucho, es banquero. Hablaré con él y te llamaré en cuanto sepa la fecha.

–¿Seguro que estás bien, hija? Estás tan lejos…

–Estoy bien, de verdad.

Su madre suspiró.

–Me gustaría estar contigo.

Tiffany carraspéo, nerviosa.

–No le he dicho a papá que me he casado.
–Pero tienes que decírselo.
–Se lo contaré en otro momento. Ahora mismo sigo demasiado enfadada con él –replicó ella.
–Tiffany, ésta no es tu pelea. He empezado a visitar a un psicólogo… y estoy empezando a pensar que tal vez la culpa no es toda de tu padre.
–¿Qué? Papá no tiene ninguna excusa para irse con otras mujeres. ¿Cómo puedes pensar eso?
–De todas formas, tienes que decirle que te has casado. Sigues siendo su niña.
No, ya no lo era, pensó Tiffany.
–Cuando esté lista para hacerlo, pero aún no lo estoy.
–Cariño, ¿seguro que estás bien?
–Mamá… estoy esperando un hijo de Rafiq.
Al otro lado de la línea hubo un largo silencio y, para romperlo, Tiffany añadió rápidamente:
–Vine a Dhahara para decirle que estaba embarazada porque mi hijo necesitará un padre y una madre. Y, con el tiempo, también necesitará abuelos, así que no te preocupes. Sé que tengo que darle a papá la buena noticia.
Pero no en aquel momento, cuando aún no lo había perdonado.
–Cariño, deberías haberme dicho que estabas embarazada antes de irte.
–No te preocupes por mí, mamá, estoy bien. Necesitaba tomar esta decisión yo sola, nadie más podía tomarla por mí. Ni papá, ni tú, nadie. Sólo yo soy responsable de mis actos y me he metido en esto con los ojos bien abiertos.
Eso no era del todo verdad. Tenía ciertas ilusiones, aunque no había esperado que su matrimonio fuera tan… ardiente. Le daba pánico perder su identidad ante la pasión que sólo Rafiq había despertado en ella.
Y ahora era su marido…
El hombre que compartía su cama. Su cuerpo. Cada noche.
Al menos no estaba enamorada de él, ni él de ella. Era mejor así. Enamorarse de Rafiq sería una estupidez y no iba a dejar que le rompiera el corazón. Aunque estuviese esperando un hijo suyo. Pero no podía contarle nada de eso a su madre.

–Rafiq me llevó al desierto ayer, mamá. Es maravilloso… un día te lo enseñaré.

Y entonces, tal vez, su madre la entendería.

Capítulo 10

Rafiq miró a su mujer y sintió una ola de satisfacción masculina. Habían hecho el amor, habían dormido, habían vuelto a hacer el amor de nuevo cuando empezó a amanecer…

Debería estar saciado, pero no era así. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera decir que estaba saciado de su mujer.

Pero esperaría hasta la noche para hacerle el amor de nuevo. Dejaría que la anticipación fuese creciendo durante esas horas y la llevaría al desierto para ver el brillo de emoción en sus ojos. La llevaría donde ella quisiera. Era algo nuevo ver su mundo, Dhahara, a través de sus ojos. El deseo podía esperar.

Hasta la noche.

–¿Qué te gustaría hacer hoy? –le preguntó, acariciando sus brazos.

–No lo sé. ¿Va a hacer tanto calor como ayer?

–Seguramente.

–Entonces, tal vez deberíamos quedarnos aquí –Tiffany sonrió.

–Tal vez deberíamos –asintió él.

En realidad, no se le ocurría nada mejor que quedarse en el dormitorio, con las cortinas de seda blanca moviéndose con la brisa.

Tiffany estaba encajando sorprendentemente bien en su mundo. Su tía Lily parecía encantada con ella, probablemente porque echaba de menos a Zara. A sus hermanos les caía bien y estaba seguro de que también a su padre, aunque sólo habían hablado brevemente la noche del compromiso y el día de la boda.

En cuanto a él…

Tiffany era todo lo que quería. Alargando una mano, apartó el pelo de su cara para besar su mejilla. Fue un gesto impulsivo, pero Tiffany giró la cabeza para buscar sus labios en un beso tan dulce, tan lleno de ternura que se le encogió el corazón.

Había querido darle la noticia del embarazo a su familia, confesarles que cuando naciera el niño iba a divorciarse. Y, sin embargo, estaba dándole largas al asunto. No podía anunciar que

estaba embarazada y, un segundo después, pedirles que guardasen en secreto sus planes de divorcio.

De hecho, empezaba a pensar que si el niño era suyo podrían seguir casados.

La noche anterior sólo había servido para confirmar que Tiffany merecería ese sacrificio.

–No quería decir en la cama todo el día –murmuró ella, casi sin voz.

–¿Por qué no?

–¿Qué diría la gente si nos encerrásemos aquí?

Rafiq se encogió de hombros.

–¿Qué más da? Además, estamos recién casados, es lógico que no quiera apartarme de mi mujer –respondió, acariciando su pecho.

–Bueno, la verdad es que tampoco a mí se me ocurre ninguna razón.

–Me alegro –susurró él, buscando sus labios.

No hubo más palabras, sólo caricias tan excitantes, tan sensuales, que se olvidó de todo salvo de la mujer que estaba entre sus brazos.

La primera semana pasó como un torbellino.

Era jueves cuando volvieron a Katar, la capital. Pero esa noche, cuando entraron en el comedor, Tiffany se dio cuenta de algo: no había vuelto a llamar a su madre ni había hablado con Rafiq sobre la posibilidad de que fuera a visitarla. La pobre debía estar volviéndose loca.

–¿Qué te ocurre?

–Nada, es que acabo de recordar algo… ¿dónde está Lily?

–Estamos casados, ya no hay necesidad de que Lily haga de carabina.

–Ah, ya.

La presencia de su tía había sido reconfortante y sin ella, de repente había una extraña tensión en el aire.

–¿Quieres que comamos juntos mañana?

–Sí, estaría bien.

–He reservado una mesa en el mejor restaurante japonés de la ciudad.

–¿Japonés? –repitió Tiffany, sorprendida.

Cuando Hamal, el chef, entró con los primeros platos Rafiq soltó su mano y, de repente, Tiffany se encontró echando de menos su calor.

–Hay una gran comunidad japonesa en Dhahara. Y te gustará la comida, ya lo verás.

–Seguro que sí.

–Además, tenemos que hablar de una serie de eventos en los que debemos participar juntos.

De modo que no era una cita sino una reunión. Eso la deprimió un poco.

–¿Qué clase de eventos?

–El sábado por la noche hay un banquete a beneficio de la planta de pediatría del hospital.

Tiffany recordó a la chica del periódico, la que tocaba a Rafiq. Pero esta vez ella estaría a su lado.

Como su esposa.

–Lo sé, lo sé, debería habértelo dicho antes, pero se me había pasado –el brillo de sus ojos le decía bien claro en qué había estado pensando–. Pero soy el invitado de honor, no puedo negarme a ir.

Tiffany decidió aprovechar el momento.

–Tengo que pedirte algo.

–¿Quieres ir de compras?

–No, no, algo mucho más importante.

–¿Qué?

–Hablé con mi madre hace unos días…

–¿Tu madre? –la interrumpió él–. ¿Le has hablado de la boda?

Tiffany asintió con la cabeza.

–Sí, se lo he dicho.

–¿Y tu padre? ¿No te has puesto en contacto con él?

–No, aún no me apetece hablar con él. Pero no invité a mi madre a la boda porque no quería que se preocupase por mí.

–¿Por qué iba a preocuparse?

Tiffany se encogió de hombros.

–Era más fácil contárselo cuando ya estaba hecho –murmuró, cortando las verduras en su plato.

–¿Cuál es el problema?

–Le preocupa no verme tan a menudo como le gustaría, pero le he dicho que puede venir a visitarme cuando quiera. Y que estoy

embarazada.

Rafiq la miró entonces, con gesto de preocupación.

–¿Lamentas haberte casado conmigo?

–No, no… –Tiffany tomó un trozo de pan que mojó en aceite de oliva y luego en dukka, una fragante mezcla de frutos secos, sésamo tostado y cilantro.

¿Lamentaba Rafiq haberse casado con ella? ¿Se sentiría atrapado?

–¿Seguro?

–Claro que sí. ¿Por qué lo preguntas?

–Me alegra saber que no debo preocuparme. Nuestras noches son tan apasionadas que me resultaría difícil creer… aunque me mantienes alejado de tu corazón.

–Sería una tonta si te dejase entrar en mi corazón. Tú eres un príncipe en un reino del desierto. Rico, guapo, poderoso…

–Pero está claro que mis atributos no coinciden con tu lista de requisitos.

–¿Qué lista?

–La de tu príncipe azul. Tú querías un hombre normal, una casa con una verja blanca, un niño y una niña…

–¿Te acuerdas de eso?

–Recuerdo todo lo que me dijiste.

–En realidad, no tengo ninguna lista.

Al menos no una lista completa. Por encima de todo buscaba un hombre que la quisiera más que a nada en el mundo. Un hombre que fuera feliz con ella durante el resto de su vida. Y ese hombre no era el distante, inquieto y arrogante Rafiq Al Dhahara.

–Es sólo que…

–¿Una manera de mantenerme a distancia?

–No, no es eso. No eres tú.

–Eres tú, lo sé. No estás dispuesta a dejar que ningún hombre entre en tu corazón.

–Eso no es verdad –suspiró ella, frustrada–. Tú no me entiendes.

¿Pero cómo iba a explicárselo? No podía relajarse estando con él porque tenía miedo de bajar la guardia y dejarse seducir como todas esas mujeres que «lo encontraban encantador».

Sí, era encantador. Pero se cortaría la lengua antes de decírselo.

–¿Qué es lo que no entiendo?

–También tú mantienes a distancia a las mujeres.

Rafiq negó con la cabeza.

–Yo había tenido tres relaciones importantes, tú eras virgen cuando nos conocimos.

–¿Entonces me crees? –exclamó Tiffany, sorprendida.

Él se encogió de hombros.

–Si tú dices que lo eras debo concederte el beneficio de la duda.

Ella quería su confianza de manera incondicional pero Rafiq no estaba dispuesto a dársela.

Entristecida, decidió seguir con el tema que estaban discutiendo.

–Puede que hayas tenido tres relaciones serias, pero no te casaste nunca. Aunque seguro que cualquiera de ellas estaba más capacitada que yo para el puesto de princesa.

Rafiq apretó su mano entonces.

–Eso ya no importa. Tú eres mi princesa y, aunque dejas que me acerque a ti en la cama, sigue habiendo una gran distancia entre los dos. Y yo sé por qué. Es tu padre…

–¡Mi padre no tiene nada que ver!

¿No se daba cuenta Rafiq de que él hacía lo mismo? Aunque era muy apasionado en la cama, se mostraba distante fuera de ella. Y empezaba a odiar la máscara inexpresiva que usaba para apartarse del mundo.

–Yo creo que tu padre tiene mucho que ver.

–Tú no te pareces nada a mi padre. Además, no quiero hablar de él. Lo que quiero es ir a ver a mi madre. Parecía muy triste cuando la llamé por teléfono y está preocupada por mí. ¿Cuándo podremos ir?

Rafiq arrugó el ceño.

–¿Es sensato viajar en tu estado?

–Las mujeres embarazadas viajan todo el tiempo.

–Mi esposa no.

Tiffany parpadeó, sorprendía por el cambio de tono.

–¿Por qué no invitas a tu madre a venir a Dhahara? Además, ahora mismo tengo mucho trabajo, sería lo mejor.

Ella sintió una punzada de aprensión. ¿Se negaba a dejarla viajar? ¿Pensaba mantenerla prisionera en Dhahara hasta que naciese el niño o incluso después?

Cuanto más lo pensaba, más aprensiva se sentía.

–Si tú no puedes venir a Auckland, tendré que ir yo sola –dijo, levantándose–. Perdona, pero estoy cansada. Me voy a la cama.

A solas, Rafiq salió al oscuro patio en el centro de la casa, cuyo suelo de piedra retenía el calor del día.

Después de quitarse la ropa se lanzó a la piscina y nadó con todas sus fuerzas para aclarar su cabeza.

Sentía un vacío extraño cuando no estaba con Tiffany. La noche de placer que llevaba todo el día anticipando se había esfumado y lo más frustrante era no saber por qué se había estropeado todo en un momento.

Había tenido que hacer un esfuerzo para no seguirla. Tiffany estaba embarazada y necesitaba descansar. Y no confiaba en poder dejarla en paz una vez a solas en la habitación.

Cuando llegó al otro lado de la piscina se sentó en el borde de un salto y empezó a mover los pies, desdibujando el reflejo de la luna en la superficie, cambiando de forma. Como Tiffany, pensó. Cada vez que creía conocerla, Tiffany le mostraba otra faceta de su carácter.

Era más compleja de lo que había pensado esa primera noche, cuando la creyó capaz de vender su cuerpo por dinero.

En realidad era una inocente, aunque se negaba a aceptarlo del todo porque eso significaría sin lugar a dudas que el niño era hijo suyo, que se había equivocado por completo.

Y él no solía equivocarse.

Y seguía sin aceptar que así era. Pero cuando vio que el brillo desaparecía de sus ojos deseó haberlo admitido en voz alta.

No quería estudiar en detalle por qué le costaba tanto admitir que había estado equivocado sobre ella, que la había juzgado sin conocerla. Él, Rafiq ibn Selim Al Dhahara, que siempre había reinado sobre los números y la lógica, había cometido un error espectacular.

Y eso despertaba otra interesante pregunta…

Una que sólo Tiffany podría contestar.

Rafiq tomó una toalla y empezó a secarse el pelo. Si no se había acostado con él por dinero, ¿por qué lo había hecho? ¿Por qué había dejado que un extraño se llevara algo tan precioso? ¿Por qué se había acostado con él cuando había tan pocas posibilidades de

que volvieran a verse?

Ella quería un hombre normal, una casa en las afueras, un cuento de hadas común y corriente. Y los dos sabían que eso no tenía nada que ver con él.

La única respuesta que encontraba no le daba ningún consuelo. Tiffany había elegido un hombre tan diferente al que decía buscar porque en el fondo de su corazón no quería amar a nadie. Nunca.

Se había casado con él porque nunca podría ser ese hombre.

Y tendría que vivir con eso o hacer que lo aceptase por lo que era: un príncipe, un banquero, el padre de su hijo.

Y, sobre todo, su marido.

Capítulo 11

El restaurante japonés al que Rafiq la llevó al día siguiente estaba decorado con engañosa simplicidad: los techos bajos y los biombos de papel de arroz con marcos de laca negra le daban al espacio cierta intimidad, mientras las cañas de bambú en jarrones orientales añadían un toque de lujo.

Rafiq fue recibido muy cordialmente por la pareja de propietarios, a los que le presentó como Mei y Taeko Nakamura.

–He traído a mi mujer para que la conozcan.

Taeko inclinó amablemente la cabeza, pero Tiffany sospechó que eran los ojos de Mei los que no se perdían nada.

–No nos dijo nada de su boda la última vez que estuvo aquí y no hemos leído nada en los periódicos…

–Se anunciará mañana –dijo Rafiq.

–Ah, entonces nosotros conocemos su secreto –rió la señora Nakamura, mientras los llevaba a la mesa.

–¿Cómo está Keiko?

–Muy bien, muy bien –respondió la mujer, con los ojos brillantes–. Mi nieta está mejor que nunca y todo va de maravilla.

Tiffany estaba sorprendida por la familiaridad con la que Rafiq había saludado a la pareja. Parecía otro hombre cuando hablaba con ellos.

Y no tuvo que pedir nada porque Taeko les llevó inmediatamente un plato de sashimi de atún. Era evidente que Rafiq solía ir allí a menudo.

–El atún lo traen a diario. Nunca como otra cosa.

–Yo creo que prefiero algo de carne, me gusta más que el pescado crudo –dijo Tiffany, para no contar que estaba embarazada.

Pero cuando probó el plato de ternera tuvo que sonreír.

–Está deliciosa.

Él asintió con la cabeza.

–¿Cómo están Shafir y Megan? Hace días que no los vemos.

–Pasan todo el tiempo en Qasr AlWard. Es el precio del amor –

respondió Rafiq, sonriendo.

Y Tiffany pensó entonces que no era ninguna amenaza, ni para su hija ni para ella. No era un monstruo, sólo era un hombre. Un hombre muy ocupado, un banquero de fama internacional. Un príncipe del desierto con una familia a la que quería mucho.

¿Pero tendría tiempo para ocuparse de su hija?, se preguntó.

Rafiq estaba hablando en ese momento con Mei y Taeko y los dos rieron de algo que había dicho.

–¡Hablas japonés!

–Y alemán y español también –dijo Mei, mirándola con cara de sorpresa.

Tiffany se puso colorada. ¿Qué clase de esposa no sabía algo así sobre su marido?

Estaba tan concentrada en su situación, en el embarazo, en los problemas de sus padres y en su vertiginosa boda que apenas se había molestado en descubrir algo sobre su marido.

–¿Qué idiomas hablas tú, Tiffany?

–Francés e inglés.

–¿No lo sabía? –exclamó Mei–. ¿De qué han estado hablando?

–De cosas importantes –rió él, haciendo un guiño que hizo reír a Taeko.

Tiffany volvió a ponerse colorada. Rafiq sabía que hablaba francés, sólo lo había preguntado para que no quedase mal. Y podría haberlo besado por ello.

–Bueno, les dejamos solos para que sigan descubriendo cosas el uno del otro –dijo Mei, tomando a su marido del brazo.

Cuando la pareja se alejó, Tiffany le preguntó:

–¿Cómo los conociste?

–Fueron un día al banco a pedir un préstamo –contestó Rafiq. Pero sus ojos se habían ensombrecido–. Mei estaba tan disgustada que hubo que llamar a los de seguridad para calmarla. Yo escuché los gritos y fui a ver qué pasaba.

–¿Y por qué estaba tan disgustada?

–Su nieta necesitaba un trasplante de médula y era una operación que no podía hacerse en Dhahara en ese momento. Tenían que ir a Europa o Estados Unidos y habían contraído una deuda enorme debido a los gastos del hospital.

–Y tú los ayudaste.

–No he dicho eso.

No hacía falta que lo dijera, estaba claro.

–Fue muy generoso por tu parte.

–No fui sólo yo, otras personas ayudaron también. Es una de las razones por las que me involucré en el proyecto del hospital –Rafiq apartó la mirada–. Después de comer voy a llevarte de compras.

–¿Por qué? –tan repentino cambio de tema sorprendió a Tiffany.

–Mañana tenemos que dar una conferencia de prensa para anunciar nuestro matrimonio y luego habrá un banquete por la noche. Necesitarás algo adecuado.

–¿Una conferencia de prensa? –pensar en los paparazzi que había tenido que soportar desde niña la ponía enferma–. ¿No podemos enviar un comunicado?

Rafiq negó con la cabeza.

–Es uno de los deberes hacia mi pueblo.

Pensar en la rueda de prensa hacía que se le encogiera el estómago. Afortunadamente, hacía años que no la fotografiaban porque sus padres habían intentado protegerla. Además, era muy poco probable que alguien imaginase que había alguna conexión entre Tiffany Smith y Taylor Smith, el director de cine.

Pero sí sabía lo que pasaría si su padre viera las fotos: intentaría decirle lo que tenía que hacer, como siempre. Pero ella ya tenía suficientes dudas sobre sí misma y no necesitaba que nadie más interviniese.

–Rafiq, ¿y si descubren quién es mi padre?

–Tienes que reconciliarte con él, Tiffany –empezó a decir él–. Espera, déjame hablar –añadió cuando vio que iba a interrumpirlo–. No por él sino por ti, para que estés tranquila.

–Sí, bueno, ¿pero qué haremos si alguien me pregunta mañana?

–No te preocupes por eso, yo me encargo de todo. Tú sólo debes preocuparte de parecer una princesa.

No había llevado ropa elegante a Dhahara, de modo que tendría que hacer lo que le pedía.

–Muy bien, de acuerdo, iremos de compras.

Una discreta placa de bronce identificaba la lujosa tienda a la que Rafiq la llevó: *Madame Fleur*. No estaría fuera de lugar en Rodeo Drive, por ejemplo. El interior, con estanterías de cromo y

cristal y suelo de mármol negro, era muy sofisticado. Y, por supuesto, en las etiquetas no constaba el precio, pero el corte y la calidad de las prendas dejaban bien claro que debía ser exorbitante.

–Rafiq, no creo que…

–No te preocupes, *madame* y yo nos encargaremos de todo, ¿verdad que sí? –sentado en un sofá de terciopelo negro, Rafiq sonrió a la mujer que, por supuesto, se mostró encantada.

–No hace falta, yo puedo elegir mi propia ropa –protestó Tiffany, molesta.

Encontró un vestido precioso, en una mezcla de tonos dorados y ámbar, pero el corte la hizo pensar. Sólo una mujer muy segura de sí misma elegiría esa prenda.

–Yo estaba pensando en algo más oscuro, más formal –dijo Rafiq, levantándose del sofá para enseñarle un vestido negro de satén con volantes al bies desde la cadera–. Éste sería perfecto.

–El vestido negro es precioso, muy elegante –asintió *madame* Fleur.

Y muy caro, sin duda.

–No, prefiero éste –insistió Tiffany, señalando el vestido de color ámbar.

Rafiq puso las manos sobre sus hombros.

–¿Sabes una cosa? Tú estás guapísima con cualquier cosa que te pongas, pero quiero que la gente te vea como yo te veo y el negro te sienta muy bien.

–De acuerdo, me lo probaré –Tiffany dejó escapar un suspiro–. Pero prefiero el otro.

–Gracias –dijo él, dándole un beso en la frente.

Rafiq sabía que tenía razón. El vestido que Tiffany había elegido era demasiado llamativo. El negro era más seguro y encajaba más con la mujer de un príncipe de Dhahara.

Y cuando salió del probador tenía el aspecto que él había imaginado: elegante, intocable, perfecto.

–Maravilloso, nos lo llevamos.

–Un momento. Yo no suelo vestir de negro –objetó Tiffany.

–Ibas de negro la noche que te conocí.

–¡Y menudo error!

–Sí, es cierto.

Rafiq no podía negar que el vestido era demasiado corto y demasiado ajustado, pero entonces no había tenido la ayuda de *madame*. Aunque debía admitir que desde esa noche, siempre había llevado una ropa muy discreta.

–El vestido era de Renate, no mío –dijo Tiffany entonces–. Y ahora, si no te importa, voy a probarme el otro.

Cuando entró en el probador, Tiffany se dio cuenta de que estaba temblando. No de miedo sino de rabia. ¿Por qué se había acobardado de tal forma? ¿Por qué no le había dicho a Rafiq que quería elegir ella el vestido?

Durante toda su vida había dejado que otras personas dirigieran su vida, que tomasen decisiones por ella. Su padre, sus profesores, Imogen, Renate.

Pero eso no iba a volver a pasar.

Tiffany se miró al espejo del probador con nuevos ojos. Estaba embarazada, pronto sería madre, era ella quien llevaba las riendas de su vida… y la de su hija.

No tenía la menor intención de dejar que Rafiq le dijese lo que tenía que hacer. Aunque fuese un príncipe, aunque fuese un hombre rico, no iba a dejar que le robase su independencia. De hacer eso, lo mejor sería volver a casa y decirle a su padre que había ganado: había vuelto embarazada, sin dinero y necesitando que alguien se hiciera cargo de ella.

Aquello ya no era sólo un vestido, era su futuro.

Rafiq no tenía fe en su buen gusto, evidentemente. Pero debía demostrarle que, al contrario de lo que pasaba con las demás mujeres a las que conocía, no podía conseguir lo que quería de ella con una sonrisa o una falsa caricia.

Madame Fleur llamó discretamente a la puerta del probador y cuando asomó la cabeza la oyó exclamar:

–*Magnifique!*

Tiffany volvió a mirarse en el espejo. Era una mujer completamente diferente a la que había visto unos minutos antes, vestida de negro. Aquella mujer era joven, vibrante… llena de vida.

El vestido era perfecto.

Era ella.

Por un momento se sintió insegura, pero se dijo a sí misma que

debía permanecer firme.

No estaba avergonzada de quién era.

Sin pensarlo más, abrió la puerta del probador y salió con la cabeza alta.

Al verla, la primera reacción de Rafiq fue una punzada de deseo totalmente primario, básico. Tiffany era suya. Toda suya. Ningún hombre iba a robársela. El segundo pensamiento fue que ese color parecía haber sido creado expresamente para ella. Era difícil saber dónde terminaba la piel y empezaba el vestido… había tenido suerte con su impulsiva decisión.

–¿Qué te parece? –le preguntó ella.

Rafiq tragó saliva.

No se atrevía a decir lo que estaba pensando porque creería que estaba loco.

–Te queda muy bien –admitió. Pero estropeó el efecto clavando los ojos en las curvas que la tela parecía abrazar.

–¿Mejor que el negro? –preguntó ella.

Estaba retándolo, pensó Rafiq.

Y ninguna mujer lo había retado nunca.

Aunque fuera su mujer.

Esta vez se tomó su tiempo mirándola y cuando por fin llegó a sus ojos, el cuerpo de Rafiq despertó a la vida.

–Definitivamente, mejor que el negro –admitió, con voz ronca–. Nos llevamos este vestido, *madame* Fleur.

No tenía sentido perder el tiempo discutiendo sobre ropa cuando tenía tanta prisa por llegar a casa y quitarle a su mujer hasta la última prenda.

Capítulo 12

Rafiq cerró la puerta y se volvió hacia ella.

–Ven aquí, esposa.

¿Apenas habían hablado durante el viaje de vuelta y ahora esperaba que lo besara?

–Espera un momento…

Antes de que pudiera terminar la frase Rafiq la tomó entre sus brazos y, a pesar de su intención de resistirse, el deseo se apoderó de ella en cuanto notó el roce de sus labios.

Rafiq la empujó suavemente contra la pared y la besó hasta que apenas era capaz de respirar. Sin embargo, se sentía increíblemente segura entre sus brazos. Pero cuando levantó la cabeza se dio cuenta de que estaban a plena luz del día, en la entrada de su casa, con guardias al otro lado y empleados en el interior.

Era totalmente inapropiado y, haciendo un esfuerzo, Tiffany se apartó.

–Rafiq, ¿qué estás haciendo? Podría aparecer un empleado en cualquier momento.

–He llamado para darles el día libre –dijo él–. Y he puesto la alarma al entrar. Nadie va a interrumpirnos –añadió, con expresión satisfecha.

–¡Lo habías planeado! –lo acusó Tiffany.

–No, ha sido una reacción espontánea después de verte con ese vestido.

¡El maldito vestido seguía causando problemas!

–No digas nada –murmuró Rafiq, poniendo un dedo sobre sus labios–. Quiero besarte.

Incapaz de resistirse a la tentación, Tiffany pasó la legua por la yema del dedo. Sabía a hombre, a sal… y volvió a chuparlo, lenta, deliberadamente.

Y esta vez Rafiq tomó su boca dejando escapar un gruñido de deseo.

Tiffany le echó los brazos al cuello y, un segundo después, el

suelo se movió bajo sus pies. Lo único que podía ver eran las paredes estucadas de azul.

–¿Qué haces?

–Llevarte a un sitio donde podamos seguir –susurró él, su aliento haciéndola temblar–. ¿Has hecho el amor en una piscina?

–Tú sabes que no –contestó Tiffany–. ¿Y tú?

–Nunca.

–Entonces tendremos que aprender juntos cómo se hace.

Rafiq la dejó sobre una de las hamacas y se irguió para quitarse la corbata, que fue seguida rápidamente por la camisa y los pantalones. En unos segundos estaba desnudo delante de ella, su ropa sobre el suelo de mosaico.

Respirando agitadamente, Tiffany miró a su marido con admiración: hombros anchos, caderas estrechas, estómago plano… parecía una estatua griega.

Rafiq se puso de rodillas frente a ella para acariciar sus piernas.

–Tu piel es tan suave –murmuró–. Nunca me cansaré de ti.

Un día lo haría, pero ese día aún no había llegado. Por el momento, era todo suyo y no iba a dejar que lo olvidase.

Rafiq besó el interior de sus muslos, metiendo los dedos bajo la braguita de encaje para tirar de ella, y Tiffany contuvo el aliento mientras la tocaba, haciéndola suspirar, excitándola con sus dedos.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, concentrándose en las sensaciones que provocaba, en el placer…

–Más –murmuró, alargando las manos para acariciarlo. Cuando encontró su miembro cerró los dedos sobre él y sintió que palpitaba.

Rafiq se dejó caer en la tumbona, tras ella. La apretó contra su cuerpo con fuerza y se perdió dentro de ella.

Tiffany dejó escapar un gemido.

Rafiq empezó a moverse, lentamente al principio, luego más deprisa. La besaba en el cuello, mordisqueándola suavemente, haciéndola temblar. Por un momento se sintió como suspendida en el espacio, donde no era ella misma, y luego, temblando, cayó en un mundo de puro placer.

Cuando por fin volvió a la tierra, se volvió para mirarlo, acariciando su cara.

Sin embargo, a la mañana siguiente no quedaba nada del juguetón amante de la noche anterior.

Tiffany se puso el vestido que había comprado en la tienda de *madame* Fleur, pero Rafiq apenas la miró mientras le daba una charla sobre cómo debía comportarse durante la rueda de prensa. Si no lo conociera bien, pensaría que estaba nervioso.

–No diremos nada sobre cómo nos conocimos –estaba diciendo mientras la comitiva de la que formaban parte giraba hacia la entrada del palacio, la residencia del rey en Katar–. Para el público, nos conocimos a través de un amigo común en la universidad.

Cuando las puertas de la limusina se abrieron Tiffany estaba lista para las cámaras y, con su mejor sonrisa, dejó que Rafiq la ayudase a salir del coche.

La conferencia de prensa empezó de manera más o menos normal, con Rafiq tomando el control. Después del anuncio de su matrimonio los periodistas empezaron a hacer preguntas que él contestaba rápidamente, posando con su esposa hasta que uno de los fotógrafos le pidió que la besara.

Con el corazón acelerado, Tiffany levantó la cara y Rafiq le pasó un brazo por los hombros y otro por la cintura. Pero entonces se detuvo.

Los paparazzi hacían fotografías y, por fin, en medio de la confusión, Rafiq la soltó murmurando algo en árabe que no pudo entender y tomó su mano para sacarla del auditorio, con un montón de empleados siguiéndolos a toda prisa.

Pero una sola mirada a su expresión le dijo que no era buen momento para hacer preguntas.

El misterioso momento había puesto nervioso a Rafiq. Cada vez que miraba a Tiffany, cada vez que rozaba su mano, una corriente eléctrica parecía sacudirlo.

Deseo, se dijo a sí mismo mientras recorría los pasillos del banco.

Un deseo que había despertado con el vestido del día anterior y la abrumadora pasión en la piscina.

No había querido besar a Tiffany delante de los periodistas, su

conservador padre jamás habría tolerado tal cosa. Y, sin embargo, había sentido la tentación.

Había estado a punto de hacerlo y eso lo sorprendía.

¿Dónde estaba su autocontrol? ¿Dónde estaba su sentido común?

Nunca jamás había perdido el control de sus emociones en público.

Enfadado, se volvió al sentir un golpecito en el hombro.

–¿Dónde está tu mujer? –le preguntó Khalid.

–Con Lily.

–Padre quiere investigar su pasado. Dice que no sabemos nada de ella y creo que le preocupa que te hayas casado impulsivamente.

–¿Y Shafir no lo hizo?

–Sí, pero eso es diferente. Padre sabía que Megan estaba siendo vigilada, ¿recuerdas?

–Es un poco tarde para eso. Además, ya sé todo lo que tengo que saber sobre mi esposa y hemos anunciado nuestro matrimonio a todo el mundo. ¿Qué espera conseguir con eso?

–Que seas feliz, seguramente –respondió Khalid, con una sonrisa–. Pero le diré que se olvide del asunto. Debería estar contento de que te hayas casado, eso es lo que quería, ¿no?

–Tú serás el siguiente –le advirtió Rafiq, sonriendo por primera vez.

Lily le había presentado a un grupo de mujeres antes de marcharse y Tiffany se daba cuenta de que sentían una gran curiosidad.

–¿El vestido es de *madame* Fleur? –le preguntó una de ellas.

Tiffany sonrió. Aunque llevaba un pañuelo sobre los hombros, sabía que incluso sin él el vestido era muy discreto. Eran el corte y el color lo que llamaba tanto la atención.

–Sí, lo es.

–No es del estilo de Rafiq –comentó una joven guapísima que acababa de unirse al grupo y que llevaba un vestido negro similar al que Rafiq había querido que comprase–. Me llamo Shenilla.

–Encantada de conocerte. Llevas un vestido precioso.

–Rafiq lo eligió para mí cuando… salíamos juntos –la joven pasó las manos por sus caderas en un gesto que le pareció extrañamente sinuoso.

Ah, era la chica del periódico. La hija del rico benefactor. Y, evidentemente, una antigua amante de Rafiq.

–Ah, ya.

Dos de las mujeres del grupo se excusaron a toda prisa, dejándola sola con Shenilla y la doctora Farouk, la ginecóloga a la que habían visitado para la prueba de ADN.

La estaban echando a los leones, o a las leonas en aquel caso.

Un empleado apareció entonces para decirle algo al oído a la doctora Farouk, que se disculpó con un gesto.

–Perdonadme, tengo que volver a la consulta.

–Sí, claro.

A solas con Shenilla, Tiffany no sabía qué hacer.

Debía admitir que sentía cierta curiosidad. Era una chica increíblemente guapa y elegante, hija de un millonario. Pero no se parecían en nada. La joven llevaba el pelo sujeto en un elegante moño, sus ojos delineados con *kohl* negro.

–Rafiq se cansa enseguida de las mujeres.

Tiffany la miró, sorprendida. Iba a recordarle que ella era su esposa, pero al ver que Shenilla tenía los ojos empañados decidió callar.

–Yo estaba tan segura de que se casaría conmigo… le di dos años de mi vida esperando que un día me pidiera en matrimonio, pero poco después de su viaje a Hong Kong me dijo que nuestra relación se había terminado –Shenilla se secó las lágrimas a toda prisa–. Lo siento, no debería contarte nada de esto.

Rafiq le había dicho que habían sido las presiones de las familias lo que hizo que rompiera sus relaciones y Shenilla se lo había confirmado.

–No te preocupes. Encontrarás a otra persona.

–Eres muy amable –la joven suspiró–. Espero que no te haga sufrir también a ti.

A Tiffany le hubiera gustado decirle que ella estaba inmunizada contra el amor, pero tenía el corazón encogido.

–El único consuelo que puedo ofrecerte es que Rafiq es fiel mientras dura la relación –siguió Shenilla–. Pero termina tarde o temprano. Aunque contigo tal vez sea diferente, al fin y al cabo te quiere lo suficiente como para casarse contigo.

Antes de que Tiffany pudiera decir nada, notó una mano en su

cintura.

–Veo que has conocido a Shenilla –había un tono sombrío en la voz de su marido.

–Estábamos admirando nuestros vestidos y comparando estilos. Shenilla me ha dicho que el negro es su color favorito.

Rafiq apretó su cintura un poco más y Tiffany tuvo que contener el deseo de apartarse. ¿Cómo podía ser tan insensible’? ¿No se daba cuenta de que Shenilla estaba sufriendo? Lo hacía deliberadamente, estaba advirtiéndole que no podía amenazarla y Tiffany no sabía si regañarlo o abrazarlo por mostrarse tan protector. Pero, por Shenilla, fingió no darse cuenta y siguieron charlando sobre moda.

Cada vez que miraba a Rafiq sentía una mezcla de emociones. Le gustaría abofetearlo y, al mismo tiempo, le gustaría besarlo. ¿Qué le estaba pasando?

Cuando él la miró con una sonrisa en los labios su corazón dio un vuelco dentro de su pecho.

«No, por favor, cualquier cosa menos eso».

Enamorarse de Rafiq sería lo más absurdo que pudiera hacer. Se habían casado presionados por las circunstancias y, sin querer, lo había atrapado. Y eso era lo que más temía.

¿Cómo podía Rafiq sentir por ella algo que no fuera resentimiento?

Capítulo 13

El sonido del móvil sobre la mesilla de noche despertó a Tiffany unos días después.

Medio dormida, alargó una mano para contestar, pero en ese momento dejó de sonar. Suspirando, se incorporó. Lo primero que notó fue que las náuseas que solía sentir cada mañana habían desaparecido. Lo segundo, el ruido de la ducha en el cuarto de baño. Rafiq aún no se había ido a trabajar.

Al comprobar que tenía una llamada perdida de su madre, Tiffany pulsó el botón de llamada.

–Hola, mamá. Soy yo.

–Cariño, ¿dónde estás?

–¿Cómo que dónde estoy? –murmuró ella, sorprendida–. ¿Dónde estás tú?

–Estamos aquí, en Dhahara.

–¿Qué?

–Tu padre y yo.

–¿Dónde?

–En el aeropuerto. Íbamos a tomar un taxi, pero no sabíamos dónde ir.

Tiffany oyó que se abría la puerta de la ducha. En unos segundos Rafiq estaría en la habitación…

Él sabía que echaba de menos a su madre, incluso había dicho que debería reconciliarse con su padre. ¿Los habría llevado él a Dhahara?

–Mamá…

–Acabamos de ver las fotografías en el periódico, pero no hemos podido leer el artículo porque no hablamos árabe.

–¿Por qué está papá contigo?

–Tenía que decirle que te habías casado, hija. Está preocupado por ti, por eso hemos decidido venir.

Tiffany suspiró.

–Pero deberíais haberme avisado. ¿Por qué no vais a algún hotel

en el centro de la ciudad? Yo iré a veros en un par de horas y seguramente podremos pasar unos días juntos. Incluso podríamos hacer una excursión al desierto.

–Pero lo que queremos es estar contigo…

El sonido de unos pasos hizo que Tiffany se despidiese apresuradamente.

–Ahora tengo que colgar, te llamo dentro de un rato.

Rafiq se detuvo bajo el arco que separaba el baño del dormitorio.

–¿A quién vas a llamar dentro de un rato? –le preguntó, levantando una ceja.

–A mi madre –suspiró ella–. Rafiq…

–¿Algún problema?

–Mi madre está aquí, en Dhahara.

–Ah, muy bien. Así no tendrás que tomar un avión.

–¿Tú has organizado este viaje?

–No, en absoluto. De hecho, ni siquiera tengo su dirección.

Tenía todos los recursos a su disposición para encontrar a cualquiera, pensó Tiffany. Pero no debería dudar de él, al contrario, debería confiar en su palabra.

–Mi padre también ha venido. Según mi madre, estaba preocupado por mí.

–Invítalos a cenar –sugirió Rafiq, entrando en el vestidor. Cuando salió se había puesto un pantalón oscuro y estaba abrochándose la camisa–. Pueden alojarse aquí, hay muchas habitaciones.

–Pero tú no lo entiendes… mi padre siempre espera que haga lo que él diga.

Rafiq se detuvo, levantando una expresiva ceja.

–Ahora eres una mujer casada.

–Para él siempre seguiré siendo una niña que no sabe qué hacer con su vida –dijo Tiffany, suspirando.

–Eres una mujer adulta. Estás casada y pronto tendrás un hijo, no puedes dejar que él dirija tu vida.

–Sí, lo sé, pero…

–No es que vayas a quererlo menos que antes. Al fin y al cabo, siempre será tu padre.

Tiffany sabía todo eso, pero sus palabras eran liberadoras. Se

había peleado tanto con su padre para tomar las riendas de su vida que, al final, se habían aislado el uno del otro. Pero no tenía por qué ser así. Le dejaría bien claro que aquélla era su decisión, su vida, pero que lo querría siempre.

Si no había hostilidad, no habría batalla, pensó.

Además, también su padre tomaba sus propias decisiones. Había elegido a Imogen, por ejemplo, y su madre ya había aprendido a lidiar con esa nueva realidad. Y ella tendría que hacer lo mismo.

Tal vez aún podía salvar su relación con él.

–Gracias, Rafiq.

–No tienes que darme las gracias –Rafiq sonrió, inclinándose para darle un beso en la mejilla–. Dile a tus padres que estoy deseando darles la bienvenida.

Y fue en ese momento cuando Tiffany se dio cuenta de cuánto lo quería.

Varias horas después, Rafiq atravesaba el gran salón del palacio real de Katar.

Pero cuando entró, el rey no estaba solo. Había un hombre sentado frente a su padre. Un hombre al que conocía bien.

Sir Julian Carling se levantó para ofrecerle su mano y mientras la estrechaba, Rafiq miró a su padre.

–Hijo mío…

–¿Ocurre algo?

Ocurría algo, estaba seguro. Lo supo cuando sir Julian apartó la mirada.

–Estoy preocupado por esa mujer con la que te has casado –empezó a decir el rey Selim.

–Ya hemos hablado de eso, padre.

–Me temo que lo hicimos a toda prisa. Y me temo también que debería haberla investigado antes de consentir que te casaras con ella.

–Padre…

El rey levantó una mano.

–Espera un momento, debes escuchar lo que sir Julian me ha contado. Es escandaloso.

Rafiq empezó a verlo todo rojo mientras paseaba de un lado a otro.

–No estoy interesado en lo que sir Julian tenga que decir sobre mi esposa.

–Me temo que no será tu esposa durante mucho tiempo. No tienes más remedio que divorciarte de ella.

Rafiq se volvió bruscamente y sir Julian debió ver la furia en su expresión porque dio un paso atrás.

–Un momento…

–¡Rafiq! –exclamó su padre–. Hijo mío, debes escuchar lo que sir Julian tiene que decir.

–Ya sé lo que va a decir.

–¿Tú sabías que esa mujer era una prostituta?

–¡Eso es mentira!

Esta vez, sir Julian dio dos pasos atrás y el rey lo miró entonces con expresión contrariada.

–¿Está seguro de lo que me ha contado?

–Claro que estoy seguro –dijo el hombre–. La encontró en un club en Hong Kong.

–¿Qué espera conseguir con esto? –le espetó Rafiq, airado.

–Tu padre y yo habíamos acordado que te casarías con mi hija, pero Elizabeth jamás se casaría con un hombre que ya tiene otra esposa. Tendrás que anular ese matrimonio…

La rabia de Rafiq amenazaba con consumirlo.

–Yo no voy a casarme con su hija, ya tengo una esposa. Y Tiffany no me ha engañado nunca. ¿Qué clase de trato has negociado, padre?

El rey lo miró, con expresión culpable.

–Tú siempre has sido un buen hijo y pensé que elegirías a una mujer adecuada, pero me temo que has elegido con los ojos cerrados. Tiffany te tiene embrujado…

–Eso no es cierto, padre. Mi mujer no es Mata Hari, aunque admito que no puedo separarme de ella.

Esa admisión liberó algo dentro de él. Tiffany era importante para él, más importante que ninguna otra mujer que hubiera conocido y no pensaba dejarla escapar.

–Esa mujer te está manipulando y quiero que te divorcies antes de que provoque algún escándalo –el rostro del rey parecía esculpido en mármol.

–¿Para qué? ¿Para casarme con Elizabeth Carling? Pues lo

siento, pero eso no va a ocurrir. No voy a divorciarme de Tiffany y no voy a casarme con otra. Mi mujer era virgen cuando nos conocimos.

La sorpresa en el rostro del rey Selim hizo que Rafiq apretase los puños.

–Esta información debería ser sagrada, algo entre mi esposa y yo. No debería tener que revelar esos detalles en una conversación tan sórdida.

–Hijo mío, si algo me ocurriera a mí y a tus hermanos, tú tendrías que sentarte en el trono.

Estaba intentando presionarlo, como había hecho siempre.

–¿Y por qué tendría que casarme con una mujer cuyo padre no sabe lo que significa la palabra fidelidad? –replicó él entonces, mirando a sir Julian–. No he sido yo quien ha roto sus promesas de matrimonio para acostarme con una prostituta en Hong Kong.

Sir Julian se puso pálido.

–No puedes hablarme…

–Claro que puedo –lo interrumpió Rafiq–. Me he casado con una mujer respetable que está esperando un hijo mío.

Entonces se dio cuenta de que era verdad. La creía. Estaba defendiéndola porque creía en Tiffany. En su corazón, siempre había sabido que no estaba mintiendo.

El niño era suyo. Ya no necesitaba una prueba de ADN para confirmarlo.

–Mi esposa está embarazada, sir Julian. Y no quiero volver a oír nada sobre un divorcio.

Un largo silencio siguió a tal anuncio. Y, al fin, su padre lo miró con un brillo de emoción en los ojos.

–¿Embarazada? ¡Mi primer nieto! Ah, cuánto me gustaría que tu madre viviera –el rey Selim miró a sir Julian y eso le dijo todo lo que quería saber: habían hecho planes para casarlo con Elizabeth Carling y si ella no hubiera puesto objeciones se habría convertido en su segunda esposa.

Pero él sólo quería una esposa y había elegido a Tiffany.

Y su sitio no estaba allí, discutiendo con sir Julian. Le debía lealtad a su esposa porque ella y su hijo eran ahora su familia.

Capítulo 14

Tiffany estaba deseando que Rafiq volviera a casa.

Sin duda él esperaría que diese el primer paso para reconciliarse con su padre pero, mientras charlaban en la terraza que daba al desierto, Taylor Smith no se lo estaba poniendo nada fácil.

–Si te hubieras quedado en casa nada de esto habría pasado.

Tiffany contuvo el deseo de levantar los ojos al cielo y recordarle que era él quien se había ido de casa.

–Taylor, Tiffany está muy contenta esperando el niño –intervino su madre.

–Pues claro que lo estoy.

–¿Esto es lo que quieres? –exclamó su padre–. ¿Vivir en el desierto, lejos de todo, en un país cuyo idioma no hablas y con un hombre al que apenas conoces?

–El desierto es precioso, papá. Sólo tienes que admirar los colores a la puesta de sol. Además, la gente es encantadora conmigo y puedo aprender el idioma… y sé lo suficiente sobre Rafiq como para estar segura de que es una persona decente.

–¿Decente? ¿Qué quieres decir con eso?

Tiffany recordó el gesto de disgusto de Rafiq cuando Julian estaba con Renate en el club y lo que Shenilla le había dicho, que cuando estaba con una mujer siempre le era fiel.

–Que él nunca me traicionaría con otras mujeres.

Su padre apartó la mirada, avergonzado.

–Por favor, no discutáis –les suplicó su madre.

Un empleado apareció entonces para acompañarlos a sus habitaciones y cuando desaparecieron en el interior de la casa Tiffany dejó escapar un suspiro. ¿Por qué tenía esa relación tan difícil con su padre? Sólo podía dirigir su vida si ella le dejaba y no estaba dispuesta a hacerlo.

De repente, deseó que Rafiq estuviera a su lado. Él la entendía mejor que nadie, pensó, sintiendo una ola de gratitud. Había encontrado a un hombre que la entendía, pero tenía miedo.

Quisiera o no, la noticia del embarazo lo había presionado para que se casara con ella y un día, tal vez no muy lejano, lamentaría esa decisión.

–Parece que tu marido lleva una vida de lujo a la que será fácil acostumbrarse –comentó su padre cuando volvió a la terraza–. Pero necesito saber si puedo dejarte a su cuidado.

Tiffany no le contó que Rafiq ya la había sacado de más apuros que él y que lo quería. Que quería estar a su lado durante el resto de su vida. O que lo último que su marido necesitaba era un padre exigente porque ya había tenido suficiente con el suyo.

Rafiq siguió el murmullo de voces hasta la terraza, donde su mujer estaba charlando con sus padres. A él le encantaba aquel sitio durante la puesta del sol, cuando dejaba de hacer calor y el desierto despertaba a la vida.

Pero se detuvo a unos metros, mirando a Tiffany.

Estaba sentada en un sofá, entre su padre y su madre. Si no supiera que estaba embarazada su rostro radiante y el brillo de su pelo la habrían delatado. Una mujer de cierta edad y rostro amable que debía ser Linda Smith estaba sentada a su derecha y a su izquierda había un hombre delgado, con barba.

Rafiq dio un paso adelante y los tres giraron la cabeza.

–Ah, ya estás aquí.

Tiffany se levantó para abrazarlo y Rafiq creyó notar cierta desesperación en ese gesto.

–¿Qué ocurre?

–Nada, nada.

Le presentó a sus padres con una sonrisa, pero era evidente que estaba tensa. Rafiq arrugó el ceño, preocupado. Al principio pensó que sus padres habían dicho algo que la había angustiado, pero Linda parecía hacer lo posible por suavizar la situación mientras el padre de Tiffany evidentemente no pensaba en nadie más que en sí mismo.

–Me gustaría hablar contigo un momento –dijo Tiffany entonces.

Su sombría expresión lo preocupó aún más.

Después de excusarse ante sus invitados, Rafiq la siguió hasta el jardín, por un camino rodeado de palmeras.

–¿Qué ocurre? –le preguntó, tomándola del brazo–. ¿Te duele

algo? ¿Es el niño?

La sensación de angustia que experimentaba era nueva para él y no le gustaba nada.

–No, no es eso –Tiffany suspiró.

–¿Entonces?

–Te he atrapado en este matrimonio.

–¿Qué?

–No te habrías casado conmigo de no haber estado embarazada. Te habían acorralado muchas veces para que te casaras, pero esta vez había un niño en camino y no pudiste echarte atrás.

–Eso no es verdad, Tiffany.

–Pero algún día lamentaras haberte casado conmigo e incluso lamentarás haber tenido un hijo…

–¿Qué estás diciendo? No estás hablando de cualquier niño. Estás hablando de mi hijo… bueno, de mi hija si tu intuición no falla.

Tiffany lo miró, sorprendida.

–¿Hablas en serio o sólo lo dices para que me sienta mejor?

–Lo digo absolutamente en serio –respondió él, sonriente.

–Pero yo pensé…

–¿Qué habías pensado?

–Pensé que me odiarías. Que algún día pensarías que te había engañado.

–Tiffany, yo quería casarme contigo.

–Para que el niño fuese legítimo.

–No, porque te quería. Porque no podía separarme de ti –le confesó Rafiq, abrazándola–. Me da igual lo que haga tu padre con su vida, te deseo a ti. Y nada, ni tu padre, ni el mío, podrán evitar que estemos juntos.

–Rafiq…

–Por cierto, acabo de ver que tu padre le ha dado la mano a tu madre –dijo él entonces, mirando hacia la terraza.

–¿Tú crees que ella lo aceptará? Mi padre es un adúltero. Yo creo que aún no se ha hecho mayor.

–Sí, ya me he dado cuenta. Pero, por favor, no me confundas nunca con él.

–No lo haré –le aseguró Tiffany–. Pero mi madre va a sufrir mucho si vuelve con él.

–Puede que lo haya echado de menos o puede que él quiera cambiar. En cualquier caso, su comportamiento no es problema tuyo.

–Pero yo pensé…

–¡Piensas demasiado! –Rafiq buscó sus labios y la besó apasionadamente, sin importarle que sus padres estuvieran mirando–. Le he dicho a mi padre que estás embarazada, por cierto. Sir Julian…

–¿Sir Julian está en Dhahara?

–Sí, bueno, es una larga historia. Pero lo importante es que le he contado a mi padre que va a tener un nieto y está encantado. Y creo que ahora es mi turno de hacer una confesión.

–¿Qué confesión? –preguntó ella, asustada.

Rafiq le entrego un papel que llevaba en el bolsillo.

–No pensaba seguir casado contigo después de hacer la prueba de ADN.

–¿Y qué pensabas hacer, salir corriendo?

–Pensaba divorciarme –le confesó él–. Si el niño era mío pensaba quedarme con la custodia y enviarte a casa…

–¡Pero eso es horrible!

–Lo sé, lo sé –Rafiq sacudió la cabeza, señalando el papel–. Ese contrato que tienes en la mano asegura que estarás a salvo, que nunca haré nada parecido. Sólo tienes que firmarlo.

Tiffany lo miró durante unos segundos y después le echó los brazos al cuello.

–Me decía a mí misma que estaba buscando un hombre normal –suspiró.

–Ese hombre es muy difícil de encontrar.

–No –dijo ella entonces, mirándolo a los ojos–. He decidido que no es ese hombre al que quiero. Quiero a alguien especial, alguien como tú. Ningún hombre normal hubiera confesado lo que tenía pensado hacer, como has hecho tú. Te quiero, Rafiq. No es fácil para mí decir eso… estoy empezando a pensar que no estaba dispuesta a querer a nadie, pero te quiero porque eres increíblemente especial.

El corazón de Rafiq dio un vuelco al oír esa declaración.

–Yo también te quiero. Eres la persona más importante del mundo para mí –susurró, apretándola contra su corazón–. Sólo

existes tú, Tiffany. Solo tú, para siempre.